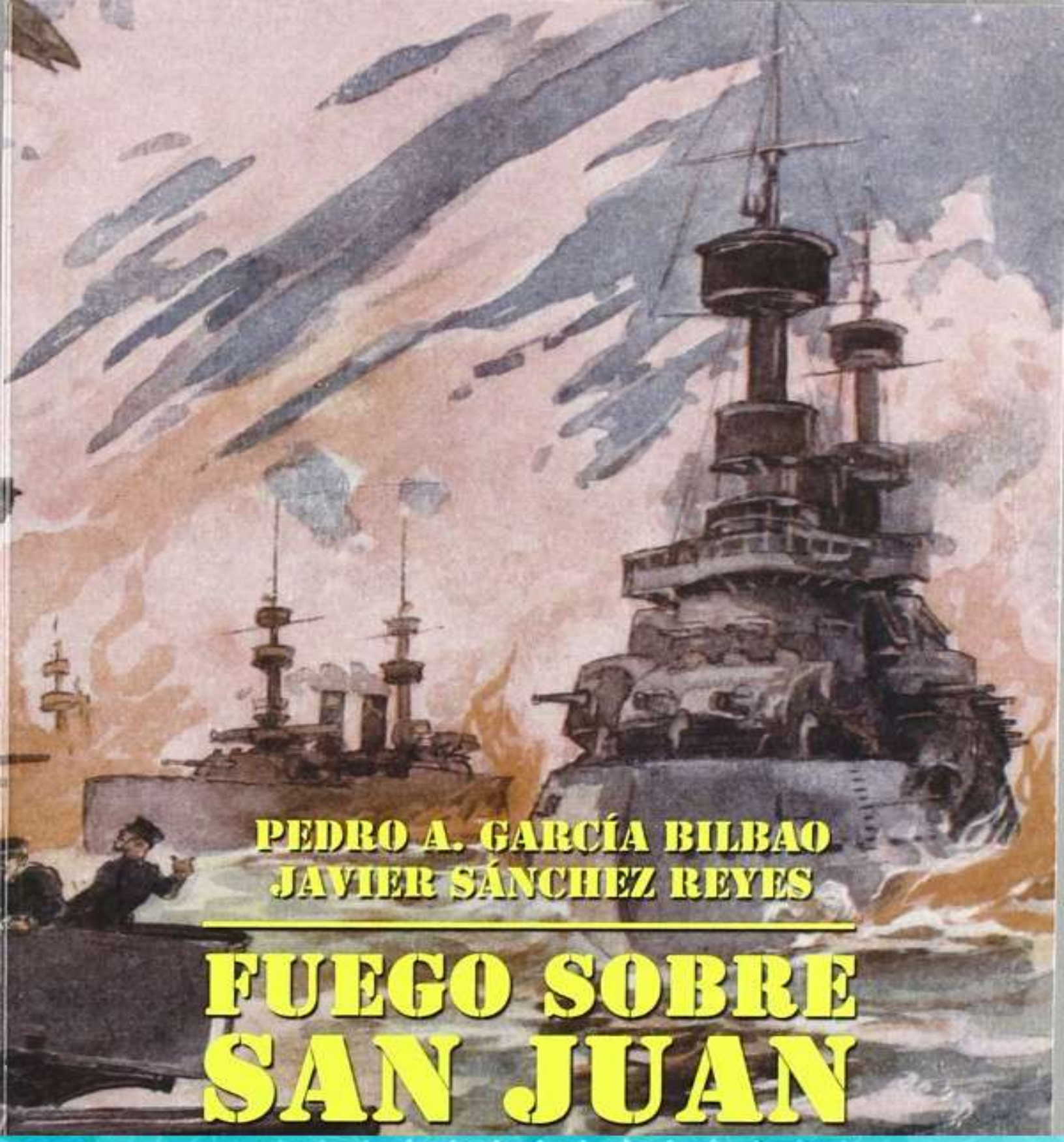
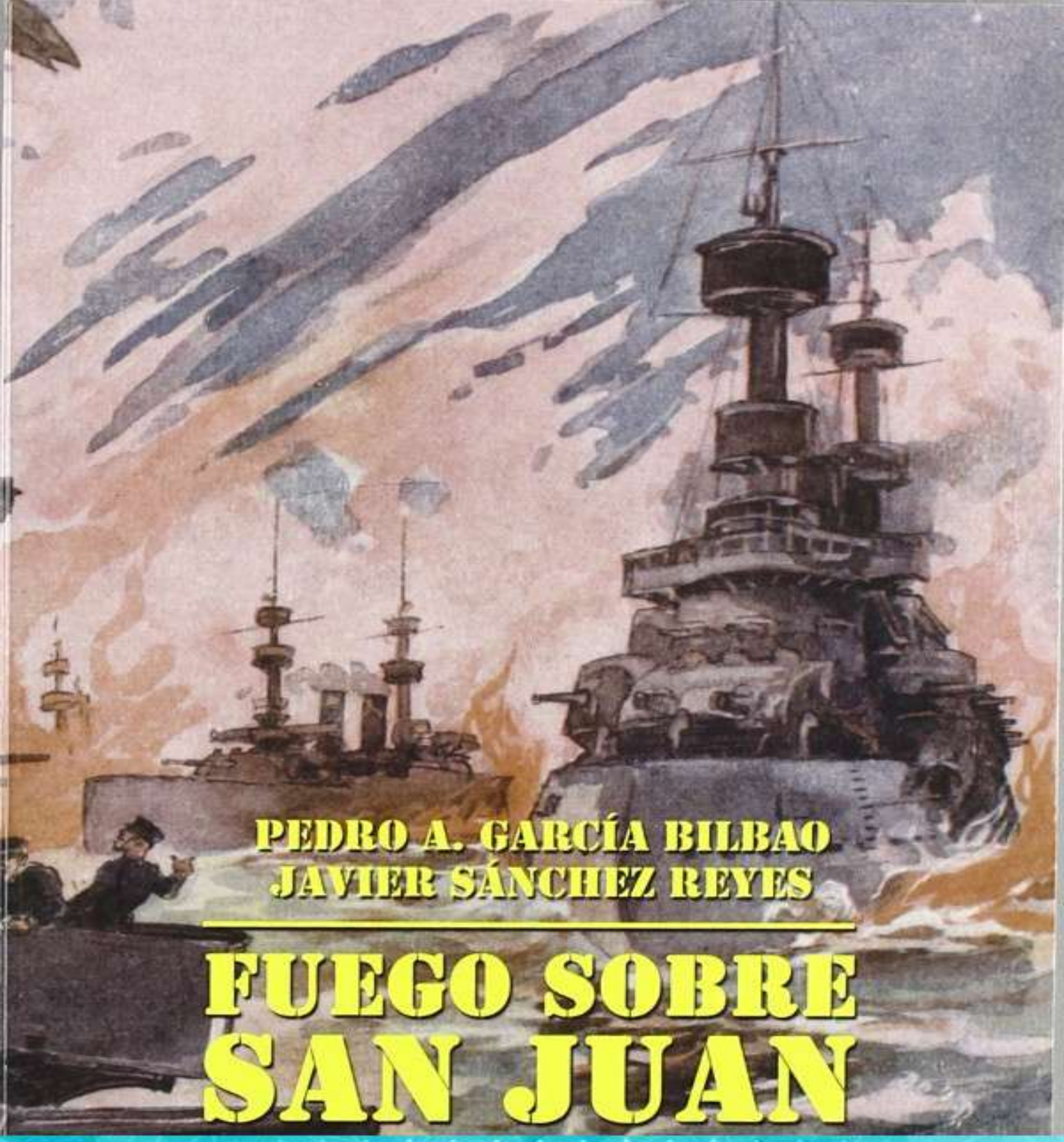


PEDRO A. GARCÍA BILBAO
JAVIER SÁNCHEZ REYES

FUEGO SOBRE SAN JUAN

DIGITAL



PEDRO A. GARCÍA BILBAO
JAVIER SÁNCHEZ REYES

FUEGO SOBRE SAN JUAN

DIGITAL

1898. Estados Unidos ataca España por sorpresa. Objetivo: iniciar un imperio mundial. La armada española y un puñado de valientes son la única barrera ante la barbarie.

Manila, 1912, pero nada es lo que debiera ser. De entrada, España, que conserva sus territorios de ultramar, es una confederación, y Filipinas, uno de sus estados. Aquí, en una peculiar reescritura del Desastre del 98, España sale de la crisis y le mete la crisis a los Estados Unidos de América.

«Fuego sobre San Juan» es una obra intensa y apasionada, que mezcla ciencia ficción, historia alternativa, acción bélica y viajes por el tiempo. Una ucronía sobre la guerra hispano-norteamericana, galardonada en 1999 con la Mención UPC de la Universidad Politécnica de Cataluña.

Javier Sánchez-Reyes & Pedro García-Bilbao

Fuego sobre San Juan

r1.1

27.02.2018

Javier Sánchez-Reyes & Pedro García-Bilbao, 1999
Retoque de cubierta: Darthdahar

1

Bahía de Manila

4 de diciembre de 1912, S/P (Secuencia Principal)

Bajó corriendo por el camino que llevaba desde los últimos bastiones de la batería hasta el embarcadero del río Pasig. Casi al pie de las murallas de la fortaleza que amparaba tanto a la ciudad de Manila como a los barcos puestos a su abrigo, el llamado muelle de San Rafael estaba muy concurrido; la zona de fondeo era muy amplia y podía uno perderse con facilidad. Un hombre alto y delgado, con el blanco uniforme de un alférez de navío de la Armada, se encaminó por el malecón hacia el extremo, donde las embarcaciones más ligeras buscaban su acomodo. A lo lejos pudo ver la airosa torre del faro que marcaba la desembocadura del río y la entrada a la zona portuaria; era realmente hermosa, un símbolo claro de la vitalidad y el desarrollo de la nueva Filipinas.

Abocó un largo pantalán lleno de gente; palos y jarcias de los barquichuelos de pesca que hacían cola para acercarse a tierra se amontonaban al lado de los numerosos veleros y vapores mercantes fondeados al abrigo de la fortaleza. El sol caía sobre todos, inmisericorde; el bosque de sus arboladuras no daba sombra alguna.

La mayoría de las personas que le salían al paso eran chinos o tagalos, portaban sus gorros cónicos de caña trenzada y apenas le miraban, demasiado atareados con sus cestas de pescado o sus fardos de volumen inconcebible. Se

veían, aquí y allá, los azules y blancos de los uniformes de marineros europeos venidos de los buques, la casi totalidad, civiles. Dispuesto a sumergirse en todo aquello, el joven, pues de un hombre en la raya de los veinte años se trataba, alzó su vista buscando la falúa del crucero.

Por entre la barahúnda de gentes, palos, chinos y fardos asomó una nube de vapor inequívoco. Al instante escuchó el silbato de la máquina de la falúa. Saltó al interior y emprendieron la marcha. En el pantalán quedaron los tres infantes de marina que, discretamente, le habían escoltado desde Capitanía; hizo un gesto a los hombres que le saludaban y luego se volvió hacia proa mientras la falúa se alejaba.

En el interior de la bahía numerosos buques de guerra se aprestaban para una salida inmediata. Las chimeneas arrojaban cantidades constantes de humo y se habían levado anclas; todo parecía dispuesto. Varios remolcadores ayudaban en la maniobra a los navíos, mientras avisos y falúas recorrían de continuo la formación, transportando quizá las últimas órdenes o llevando a sus destinos a oficiales rezagados. Desde las popas de los cruceros, casi rozaban el agua las enormes banderas de combate con los colores de la joven república que había traído la libertad y la igualdad para el pueblo filipino tras siglos de colonialismo. Los gallardetes eran legión y competían con las bandadas de gaviotas que llenaban los aires.

El buque insignia del almirante era un crucero acorazado de nuevo tipo, una mole gris oscuro realmente imponente: al abarloarse a su amura, la falúa recibió unas estachas para asegurarse y una escalerilla descendió hasta ella. Agarrando bien fuerte una cartera de cuero que portaba, el oficial trepó con rapidez mientras en cubierta una guardia de infantes de marina le hacía los honores. Les mandaba un curtido profesional, veterano, a la luz de las insignias de su hombro, de la campaña de Cuba. Silbaron su paso los contramaestres y por un instante se vio perdido; de inmediato le condujeron al castillo de proa y, abriendo las escotas blindadas, le hicieron pasar al interior de este. Un capitán de fragata, con los cordones dorados que indicaban su condición de ayudante de un alto jefe de la Armada, le salió al paso. Le

acompañó hasta una salita de espera; le indicó que el almirante estaba ocupado y que le recibiría en breve; después se marchó.

Desde la reforma naval que había seguido a la última guerra, la Armada había multiplicado el número de sus efectivos. Aquel crucero en el que se encontraba era buena prueba de la extraordinaria calidad de los nuevos buques: un modelo diseñado por un joven ingeniero italiano que había tenido que acudir al extranjero para poder llevar al mar sus proyectos. A decir verdad, no todos los mastodontes surtos en la bahía eran de estreno como el que portaba la insignia de la Flota del Pacífico; no faltaba algún venerable cascajo como el viejo *Charlestown* que luchó a las órdenes de Dewey, aunque, eso sí, modernizado varias veces desde entonces y relegado a tareas defensivas en bases como la de Subic o Cavite.

La tensión que acumulaba el oficial era grande; la espera, más que darle tiempo para tranquilizarse, le estaba poniendo nervioso. Ya no se trataba del desconocido contenido de aquellas órdenes llegadas a última hora y que a todos habían sorprendido; en realidad pensaba en que iba a estar ante el almirante; un hombre respetado y admirado por todos, una leyenda viva en la Armada. Su puesto en Capitanía le había permitido conocer a mucha gente, pero ahora se encontraba a punto de enfrentarse a un mito, un héroe de la última guerra, alguien que había sacrificado su puesto en el Congreso por asumir sus responsabilidades en la milicia, alguien que podría haber llegado incluso a presidente.

La puerta forrada de caoba que comunicaba con la sala de conferencias del navío se abrió. Un hombre mayor, con una barba rala pero aseada, de pelo cano y escaso, con un uniforme blanco en cuyas bocamangas se enroscaba la coca del almirantazgo, entró apresurado. Sus vivos ojos claros se volcaron hacia él.

—Muchacho, dígame, ¿es usted quien recibió el pliego del que me han hablado?

—A las órdenes de vuecencia, fui yo mismo, mi almirante.

—¿Lo tiene consigo?

El joven oficial abrió la cartera y sacó dos sobres: uno grande con los sellos del Ministerio de Marina y otro más reducido dirigido a la persona que ahora se lo reclamaba. Con un rápido ademán se los tendió.

El almirante tomó el sobre pequeño y lo sopesó por unos instantes; luego se volvió buscando un lugar donde sentarse.

—Ocúpese de que nadie me moleste. Y no se vaya, quédese aquí mientras reviso esto.

Pasaron unos minutos. Las puertas cerradas separaban la salita de la cámara donde aguardaba el mando de la flota reunido. El joven sintió un escalofrío cuando al cerrar atisbó al interior y se percató del pleno de mandos y jefes que allí había. Se estremeció al cruzar los ojos con los de su superior; este había dejado los sobres sin abrir sobre la mesa y le observaba con interés.

—Cuénteme cómo ocurrió, muchacho. Lo quiero todo —era firme cuando pedía algo; educado pero firme.

—A las órdenes de vuecencia. Estoy destinado en la oficina de claves de Capitanía desde hace seis meses. Hoy a las 07.00 de la mañana me encaminaba a mi despacho cuando me abordó un hombre con el uniforme de capitán de navío al pasar por el boulevard.

—¿Por qué dice usted eso de «un hombre»? ¿Acaso dudó de su condición de oficial?

—Bueno, me pareció muy joven, con su permiso, para tal empleo y jamás le había visto antes. Estando yo en el destino que tengo no se me hubiera despistado alguien así.

—¡Claro, claro! ¿Qué le dijo ese hombre?

—Me indicó que tenía instrucciones de entregarme a mí, como responsable de cifra, pliegos de órdenes llegados de forma urgente por un medio no revelado. Un material que debería hacerle llegar yo mismo. Me indicó también las palabras exactas que harían que vuecencia me recibiera.

—A fe mía que supo bien indicarle qué debía decirme. Dígame, hijo, ¿cómo era físicamente? ¿Le pareció a usted que pudiera ser extranjero? —el almirante le miró a los ojos.

—En absoluto, era claramente un compatriota. No me fijé mucho en estos detalles pero le calculo unos veinticinco años. Era alto, de pelo y ojos castaños, con un aspecto muy peculiar, así como su acento, que era bastante extraño, del norte, sin duda, muy leve, no sabría definirlo —respondió el joven con decisión.

Desde luego tiene que ser el mismo. ¡No ha cambiado en estos años!, dijo el almirante para sí.

—Pues para no haberse fijado mucho es una buena descripción, muchacho —sonrió—. ¿Es eso todo?

—Apenas me hizo la entrega de esta cartera y hubo ordenado hacerle llegar a vuecencia el mensaje oral que me indicó, dio media vuelta y se perdió entre la multitud. Informé de ello a mis superiores en cuanto llegué a Capitanía, le transmitimos a vuecencia el mensaje y aquí estoy.

El almirante no contestó.

—Me indicó también que sólo le proporcionara detalles del encuentro a usted.

—Ajá. ¡Vaya, vaya! ¿Y sus palabras fueron «La salvación estaba en la caldera»? ¿Qué le dice a usted esa frase?

—Pues nada en especial. Un contrasentido quizá.

—No crea, muchacho; yo mismo pensé de forma parecida hace unos años —suspiró— ante esa misma idea, pero fue lo más acertado que hacerse pudo —ahora parecía hablar consigo mismo, como en voz alta.

Sus manos rasgaron los sobres. Examinó con nerviosismo los documentos. El primero era una especie de carta personal que le causó una gran impresión; en el otro figuraban listas de buques e indicaciones de derrotas, cartas náuticas y otros materiales. Se aprestó a sentarse y con cuidado repasó el contenido, extrayendo aquí y allá notas que alguna mano había dispuesto para mejor guiar la lectura de los materiales allí reunidos. Pasaron unos minutos que al joven le parecieron inacabables. Finalmente:

—Bien. Hay cosas que no pueden esperar y otras que sí. No sé quién era la persona que le abordó —a la legua se veía que más de una idea al respecto tenía…—, pero el material que nos ha traído por mediación suya, muchacho,

es justo el que necesitamos en estos momentos. Desde ahora se queda usted aquí, en calidad de mi ayudante personal. ¿Me ha oído bien?

—A las órdenes de vuecencia.

—Bien. Ahora sigamos por donde íbamos —se puso en pie y penetró en la sala de al lado.

El joven alférez de navío, demasiado sorprendido para pensar nada, se incorporó y le siguió de inmediato. Se encontró en medio de la Sala de Guerra del navío. Allí estaba el pleno del Estado Mayor de la Flota del Pacífico y los comandantes de todos los buques de importancia de la División de Filipinas; unas treinta personas en un espacio válido para la mitad. El almirante puso sobre la mesa el contenido del sobre grande, todas las miradas se centraron en él y este, sin inmutarse, se dirigió a todos.

—Caballeros, la noticia ya está confirmada. La «Renzo Kentai», la Flota Combinada Japonesa, ha partido de sus bases en Corea y Hokkaido y se dirige hacia nosotros, estamos en guerra con el Imperio Japonés desde hace 10 horas.

La sala estalló con rabia contenida al oír eso; era algo que se consideraba posible desde hacía más de treinta años, pero la firma en el año anterior de los Acuerdos de Port-Arthur entre rusos y nipones alejaba el peligro de un enfrentamiento entre estos y, por contra, los volvía más reales hacia Filipinas, las Carolinas y las Marianas. La escalada de la tensión bélica era tremenda en los últimos meses y ello había llevado al gobierno a concentrar la flota en Manila, la llave del Pacífico oriental. Aquel pleno del Estado Mayor tenía por objeto trazar planes defensivos para el archipiélago, pero la confirmación de los temores era un duro golpe; el almirante se impuso, alzó algunos de los informes. Aquello era la guerra.

—Tenemos aquí, y no pregunten cómo, noticia exacta del despliegue enemigo. Hemos de estudiar estos documentos y tratar de adecuar nuestros escasos medios a lo que se nos viene encima.

2

A bordo del crucero *Prim i Pras*

Anochecer del 4 de diciembre de 1912, S/P

Caía el sol hacia el crepúsculo y la bahía de Manila se teñía de un azul oscuro bañada en las sombras de las colinas de poniente. Acodado en la baranda del puente descubierto, un joven alférez de navío miraba hacia la proa, envuelta en espumas con cada cabezada. El crucero de combate enfilaba la Boca Grande, a estribor de la Isla del Corregidor. En línea tras el insignia, la escuadra maniobraba para salir a mar abierto y desplegarse de acuerdo con las nuevas instrucciones recibidas. En la banda de fuera, la división de destructores basada en la cercana Subic les daba cobertura, esperándoles para iniciar juntos una singladura hacia lo desconocido. La marcha era regular y firme, las nuevas calderas de turbina transmitían a través del casco una sensación de potencia y firmeza; entre el ritmo continuado y la tibieza del aire marino podría uno hasta dormirse; la costa se acercaba y la altura verde de Corregidor pronto dominó la franja de mar a la que se dirigían.

—Mire hacia la costa de la isleta —el almirante se había acercado al joven y le tendía sus prismáticos—. ¿Los ve usted?

—¿Perdón? —dudó—. Oh, sí claro. Claro que los veo. Es casi lo primero que se nos muestra cuando llegamos aquí destinados. —El joven tomó, no obstante, los binoculares y enfocó con interés hacia la rompiente que se iba apartando ante ellos.

Semiocultos por la espuma de las olas y las sombras de la hora, con el sol a punto de ocultarse, se percibían los mástiles y cofas de dos pecios estrellados en la zona de marca. Formaban ángulos caprichosos con la superficie y, en plena pleamar como estaban, apenas sí surgían unos metros del agua.

—El que está más pegado a la costa es el *Olympia*. El otro es el *Baltimore*. No le ofenderé preguntándole si conoce la historia, pero sí me interesaría conocer su opinión sobre esos hechos.

Su joven interlocutor se sorprendió una vez más. Un hombre como aquel, con todo lo que su solo nombre ya decía, ¡pidiéndole su opinión! No era ese el trato que le habían enseñado a esperar de un mando.

—A su disposición. Es algo que no puede por menos de estudiarse en detalle en nuestra formación. —Este sí que iba a ser un examen, sospechó—. ¿Cómo empezar? Estaba yo preparando el ingreso en la Escuela Naval cuando acabó la guerra y ya entonces, todos, hasta los niños, conocían de memoria lo sucedido. Pero con el permiso de vuecencia —tenía que decírselo—, quisiera, antes, disculparme, pues con lo rápido que todo ha ido en estas últimas horas, no he tenido tiempo de expresarle mi reconocimiento por la confianza que me ha brindado al…

—No se preocupe que ocasión tendrá de mostrarse digno de ella. Necesito que esté usted cerca cuando aparezca de nuevo el hombre que le hizo llegar los planes de batalla enemigos —le cortó el almirante.

Aquello de nuevo. Se había quedado con la boca abierta cuando durante la reunión en la sala de operaciones se mostraron, ante todos, los cursos de las cuatro flotas niponas, su composición y objetivos asignados. Siempre se dijo que, en la victoria en la guerra del 98, la información secreta había sido el factor clave; y la extraordinaria valía de la Armada y sus hombres, no faltaba más. También se rumoreaba que el almirante había sido el nudo gordiano de la madeja de informaciones que a la postre permitieron luchar en condiciones de victoria pese a la desigualdad de fuerzas.

—Pero no todo es cuestión de información. —Parecía como si el almirante le hubiera seguido en sus pensamientos—. Esos restos, por ejemplo

—señaló levemente los mástiles ya casi perdidos por babor—, demuestran lo cerca que se estuvo del desastre en esas jornadas de las que me habla. *¿Sabe usted acaso que la escuadra del almirante Cámara estuvo a punto de volverse atrás y dejar Filipinas abandonada a su suerte*? Si así hubiese sido y si nuestros errores cometidos en las Antillas no hubieran contado con la desesperación norteamericana… ¡Nada hubiera podido salvarnos de una derrota atroz!

—Con todo respeto, eso es una suposición. La escuadra del almirante Cámara ya había cruzado el mar Rojo y disponía de bases de carboneo en la Eritrea italiana y en Siam. Nada podía impedir que alcanzara Filipinas y vengara a Montojo y a los suyos. La mal llamada segunda batalla de Cavite, pues se celebró ante Corregidor… —se cortó, ¡le estaba enmendando la plana a uno de los héroes de la guerra, a alguien que, por lo pronto, había sido el diseñador de los ingenios que reventaron a la mayoría de los barcos enemigos durante la más importante batalla de la guerra del 98!—… demostró que la mayor experiencia de nuestra gente…

—¡Nada, de eso nada! No se confunda —ahora sí que le cortó algo enfurruñado el almirante—. Si lo dice usted por el hecho de que la derrota del comodoro Dewey indicó a Estados Unidos que la guerra la tenían perdida, no debe usted dejarse llevar por un entusiasmo mal entendido. Lo único que demuestra es que las explosiones del *Olympia* y el *Baltimore* al ser alcanzados por la artillería gruesa del *Pelayo* y del *Carlos V* fueron tan formidables que se oyeron no sólo en el archipiélago, sino también a orillas del Potomac. Nos minusvaloraron, hijo, ¿sabe usted? Y con razón. Aquel 31 de julio de 1898 pretendieron impedir la entrada en la bahía de Manila a los buques de Cámara, como si este no mandara verdaderas unidades de combate. Dewey lo pagó con la vida de centenares de sus hombres. Olvidó que Montojo, a quien tan fácilmente aplastara, no había tenido barcos en condiciones con que hacerles frente, y que sus opciones habían sido muy escasas: emplazar quizá más artillería en Punta Sangley, haber dispersado los buques por las islas. Lo cierto es que no lo hizo y fue aniquilado en Cavite.

Oh, sí. Tenía razón. La noticia de la espantosa derrota en la primera batalla de Cavite había helado la sangre de todos; se llegó a temer que aquello se repitiera en el Caribe e incluso a dudar de las posibilidades de victoria, pero la historia había dictado su sentencia sobre los hechos: Montojo fue procesado por su negligente actuación; se salvó sólo por la vigorosa defensa que un héroe de Santiago de Cuba, el contralmirante Víctor Concas, llevó a cabo; logró demostrar que las unidades que aquel mandaba eran adecuadas para la lucha en una guerra colonial de baja intensidad, pero en modo alguno para enfrentarse a modernos cruceros. De todas formas, el almirante había dicho —era esa la sensación que tenía durante la conversación— *que Cámara y su escuadra estuvieron a punto de interrumpir su viaje*. ¿Qué hubiera tenido que pasar para una cosa así?

Pero el almirante proseguía con su disertación, ajeno a las reflexiones que despertaba en su interlocutor:

—… y con los dos barcos modernos tocados gravemente, el comodoro Dewey desaparecido, el buque insignia embarrancado para evitar su hundimiento y con la base más cercana en Hong Kong —sonrió con amargura, este puerto era neutral, pero Gran Bretaña apoyó a sus primos a despecho de lo que la ley internacional exigía—, ¿qué iban a hacer los norteamericanos? ¿Marcharse dejando a centenares de náufragos en la costa o en los botes? ¿Abandonar a su cuerpo de desembarco copado por nuestros hombres en la península de Batán? ¿Atacar en esas condiciones?

»Hicieron lo lógico: las unidades que no resultaron hundidas en Corregidor o Cavite y que habían escapado al primer envite, intentaron concentrarse de nuevo en Subic y atacar. Pero ¿por qué cree usted no obstante que se estuvo al borde de la derrota pese a la contundencia del encuentro? Porque no teníamos barcos suficientes para la labor de limpieza que se precisaba.

»Es cierto que Cámara penetró en la bahía hundiendo las unidades principales del enemigo, liberando a Manila de su cerco marítimo y que Cavite fue tomado por la infantería de marina aquel mismo día.

»Pero la noche siguiente a la entrada de Cámara, la del día 31 de julio al 1 de agosto, el crucero *Raleigh*, encabezando a las unidades supervivientes, intentó forzar de nuevo la entrada en la bahía y aprovechar su mayor movilidad frente a nuestros buques pesados. Si Cámara hubiera dejado en Port Said a los destructores como parece que se le indicó, ¿qué cree usted que hubiera pasado?

Eso… —pensó el joven—. *¿Qué hubiera pasado*? Pero era una duda retórica. Mil veces había leído las descripciones de los supervivientes, conocía de sobra el relato de los hechos y las sensaciones de quienes los vivieron. Pocos pudieron olvidar el espectáculo nocturno de las brasas del *Olympia*, encallado tras la explosión de por la mañana, y el grito de los náufragos en la orilla de Corregidor que acompañaron la acción. La sombra pesarosa del *Raleigh* se recortó muy bien contra el cielo estrellado y los destructores que tan trabajosamente Cámara había remolcado por medio mundo estaban al acecho. Los intrusos no pudieron encender sus reflectores ante el peligro de alertar a las unidades pesadas hispanas; cuando los torpedos les alcanzaron y la noche se iluminó ya fue demasiado tarde.

—El *Carlos V* abrió fuego contra ellos —continuaba el almirante— *cuando sus objetivos ya habían sido alcanzados de forma fatal por los torpedos* y su puntería se mostró bien certera. Después de aquello los que estaban acabados fueron los yankees.

Y tanto que sí. La aniquilación de las unidades enviadas a Filipinas resultó un golpe decisivo. La pérdida de los cuatro buques principales causó el hundimiento de la moral norteamericana; eran casi todo lo que tenían en el Pacífico. Centenares de muertos y heridos, de náufragos intentando trepar en la oscuridad por las escarpadas rocas de Corregidor. Un infierno, con el mar flameando en la noche al compás del incendio inacabable del *Raleigh* y los gritos que siguieron a su voladura.

El nuevo día tras aquel famoso 31 de julio del 98 trajo la derrota más contundente que hubiera sufrido Estados Unidos desde que en 1812 el ejército británico de Canadá tomara Washington y lo arrasara. Los buques que tocados por los obuses y los torpedos no se hundieron o embarrancaron

amanecieron llenos de supervivientes y de destrozos; no estaban en condiciones de luchar, aunque lo intentaron. El *Carlos V* los rindió y se les dio remolque hasta Cavite, luego que un trozo de presa los abordara.

En Batán y en Subic, varios miles de hombres de la fuerza de invasión yankee, llegados unos días antes, observaron horrorizados cómo quedaban aislados y a merced del enemigo en una tierra extraña, dando lugar a un cerco naval y terrestre que sólo pudo acabar con la rendición al acabarse los suministros.

Dewey, que había sobrevivido al hundimiento del *Olympia*, logró escapar hacia Hawai en el cañonero *Petrel* y se dice que volviendo la vista hacia las costas ensangrentadas de Filipinas, realizó su famoso juramento luego incumplido: ¡*Volveré*! Los hombres abandonados en el archipiélago parece que no le oyeron; cantaban, y se hizo famosa la cancioncilla durante las semanas que duró su copo…: «Somos los defensores de Batán y no tenemos ni padre, ni madre, ni Tío Sam.»

—*Un mediocre jamás se repone de un éxito…* —El almirante seguía pensativo y calló un segundo tras soltar tamaña frase—. Cuando llegó a Madrid la noticia de la victoria en Filipinas, ¿quiere usted creer que en la prensa se pedía…, qué digo se pedía…, *exigían*…, la marcha inmediata sobre las Hawai y la ocupación de Pearl Harbour? ¡Locos de atar!, eso es lo que teníamos por todas partes, locos y ciegos de estupidez. Hoy todos ven natural y lógico que triunfáramos en aquella contienda, pero estuvimos al borde mismo del mayor desastre que imaginarse pudiera…

Realmente el viejo está deprimido —se dijo su joven interlocutor. Tampoco había para tanto. ¿Cómo iba Madrid a haber abandonado las Filipinas?—. *Salvo, quizá, una derrota de la flota de Cervera…* —Sintió que se le erizaba el vello por todo el cuerpo.

Atravesada Boca Grande, las aguas de Manila quedaron atrás. La noche se acercaba vertiginosamente y el mar se oscurecía con espesas nubes. Solos en el alerón del puente descubierto de un crucero *sin miedo* —como era conocida la nueva serie—, dos hombres callaron, llenos de parecida emoción. El más joven estaba algo confuso, sin comprender cómo el escenario de lo

que había sido una gran victoria para su país pudiera despertar en uno de sus artífices tanta amargura contenida. Porque cuando el almirante hablaba, de sus palabras se destilaba la huella de un gran dolor, de una profunda herida. Tentado estuvo de interrogarle directamente, pero se dijo que eso no era algo que los alférez de navío hicieran normalmente a los almirantes, y prefirió callar: seguro que si el almirante le retenía allí y le había honrado con tal disertación histórica sería por algo.

Algo que a todas luces todavía no le había contado.

***

De la escota blindada que daba acceso al puente superior del buque salió un asistente. Cuadrándose ante el almirante y, sin prestar atención al joven, informó:

—A las órdenes de vuecencia. Don Juan Aznar le espera en la cámara de oficiales.

Saludando con brevedad, la pequeña figura del almirante se dirigió hacia el interior tras hacer una señal inequívoca para que el joven le siguiera.

—Es hora de recogerse, muchacho. Vaya usted al encuentro del capitán de navío Aznar y excuse mi retraso; he de hacer unas comprobaciones, luego me reuniré con ustedes unos minutos —le expuso mientras se retiraban.

Cuando a sus espaldas se cerraron los costados del navío y descendieron hacia la cámara indicada, fue como si lo hicieran a través de un formidable monstruo vivo; con las luces guía imprescindibles, en casi oscuridad, bajaron por las escalerillas interiores; el acero del Nervión y los remaches del Ferrol les envolvían por suelos, techos y paredes; el roce continuo de tantas piezas en movimiento, el de tantos hombres atareados y sudorosos, del mar, lejos, batiendo los costados, de los sordos pantocazos que agitaban arriba y abajo el conjunto, creaban allí dentro una atmósfera irreal.

La cámara a la que llegó era la misma sala de deliberaciones donde había tenido lugar la conferencia de por la mañana. Estaba vacía. Las cartas

náuticas seguían dispuestas por atriles y paredes, la gran mesa de cerezo aparecía libre. Observó una librería empotrada en la que no había reparado antes. Fotos, placas conmemorativas, libros y otros recuerdos personales la llenaban. Vida e historia se entrecruzaban de forma curiosa. Destacaban dos instantáneas aparentemente opuestas.

En una se veía al almirante recibiendo una condecoración de manos de la antigua reina regente, doña María Cristina de Habsburgo. La otra mostraba la entrega de la bandera de combate al crucero acorazado *Prim i Prats* en el que viajaban; el presidente de la Segunda República, don Francisco Giner de los Ríos, la oficialidad del navío y la imagen grave del almirante orlaban la enseña tricolor. Entre ambas fotografías no habría más de cinco años; un tiempo de la historia de España que había asombrado al mundo. De súbito, a su espalda…

—Veo que está usted muy interesado en esos recuerdos. —Quien hablaba era un hombre de unos treinta y cinco años, un capitán de navío, don Juan Aznar, sin duda—. ¿Y don Joaquín… cómo es que no está aquí? —Ahora le miraba inquisitivo tras cerrar la segunda puerta de la habitación.

—A sus órdenes. El almirante le pide se sirva usted aguardarle unos minutos pues debía resolver unas cuestiones —respondió el joven.

Aznar le observaba; era evidente que estaba muy intrigado con su presencia.

—… Me ordenó que me reuniera entre tanto con usted —se apresuró a añadir.

El corte del uniforme de su interlocutor era impecable; un sastre caro, sin duda. Tenía el pelo castaño y era de mediana estatura; sus ojos parecían serenos; su aspecto era distinguido, sin afectaciones, daba la sensación de ser alguien que había visto la muerte de cerca y que desde entonces vivía con naturalidad cada momento. Se descubrió, puso la gorra sobre un aparador lateral y buscó una de las butacas, a la derecha del sofá *chester* situado bajo el bronce de un ojo de buey.

—Pues si es así —dijo sentándose— se debe a que habrá algún tema privado que tratar. Venga para acá y acomódese usted también. Creo que

estamos todos fuera de servicio, en realidad es nuestro turno de descanso. ¿Desea acompañarme…? —Un pequeño mueble bar escondía unas botellas de cristal tallado y unas finas copas, como la usadas para beber oporto—. Vamos, anímese.

El joven, ya sentado, tomó la copa que se le ofrecía.

—Ha sido un largo día para todos. El fantasma de la guerra se ha materializado de la peor manera posible. ¿Usted qué opina? —le dijo Aznar.

De nuevo le preguntaban su opinión. Nadie creería aquello, pensó. En un entorno tan formal como el de la Armada, tamañas familiaridades con escalones inferiores en la cadena de mando no eran nada usuales.

—La situación se presenta complicada. Es terrible que la guerra haya estallado, pero todos la veíamos venir. Al menos se estaba alerta y con la flota aquí concentrada…

—Sí, por supuesto. Y esta flota no es la que teníamos en el 98, ciertamente. Pero lo que se nos viene encima tampoco es lo mismo. El almirante Togo dispone de decenas de buques poderosos y sus hombres están muy experimentados. No crea usted que vamos a poder frenarle…

—*Vaya* —se dijo—. *Otro optimista*. Primero el almirante y después este. Si ellos eran veteranos de la guerra con Estados Unidos y habían vivido peligros terribles, ¿cómo es que resultaban así de agoreros? Cierto que nadie como quienes han hecho de la milicia su oficio para odiar y temer la guerra como fuente de dolor y sufrimiento, sobre todo para la población civil. En el 98, recordó, el bombardeo de El Ferrol por una escuadra norteamericana —quizá la acción más estúpida de cuantas realizaron los yankees en aquel conflicto— causó centenares de víctimas inocentes al incendiarse la ciudad, entre ellas multitud de niños, como Paquito, el hijo de aquel contador de la Armada, Franco, que fuera amigo de su padre.

—En realidad… —Aznar continuaba con su charla— nuestra principal opción radica en la información que usted nos trajo hoy por la mañana. —Se le quedó mirando mientras sus palabras se arrastraban por el aire. Buscaba su reacción.

—Me he limitado a traer lo que un oficial superior me entregó, de forma, si se quiere, algo irregular —se apresuró a responder como para borrar su inadvertida digresión mental de hacía unos segundos.

—¡Claro, muchacho, claro! Escúcheme, hemos sabido minutos antes de la partida, y a través de un cable de nuestro agregado en Hong Kong, que un informe completo como el que usted nos trajo había salido en un barco rápido hacia Manila hace unos días. Barco del que nadie más ha tenido noticia, perdido en el Mar de China. Quizá la información no fuera tan exacta ni tan al día como la que ahora tenemos, pero sí lo que mejor pudo reunir nuestro sistema de información. Y sabe que contamos con la ayuda de otras potencias europeas para estas tareas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que es físicamente imposible que nadie pueda haber entregado hoy en Manila lo que tarda tantos días en viajar desde Hong Kong. Máxime si el correo se ha perdido, casi seguro, destruido por el enemigo. Estamos ante una incógnita.

—¿Teme usted un fraude? ¿Que la información sea falsa?

—No, eso no. En una situación similar, llamémosle así, fui testigo de algo parecido. Entonces la información y los consejos fueron correctos. Creo que estamos ante la segunda parte de aquello mismo —afirmó Aznar.

Ahora sí que tenía que ser él quien preguntara.

—Discúlpeme, pero no entiendo nada. El almirante me ha dejado entrever algo parecido a lo que usted señala —esa sensación tenía—, pero no acabo de comprender.

—Lógico, yo tampoco lo entiendo y es la segunda vez que lo veo. Dígame, ¿ha leído usted las memorias del almirante? Aunque la edición no se comercializó en exceso, ha estado presente en la biblioteca de la Escuela Naval. —Aznar se levantó y sacó uno de los libros de la estantería de la sala. Al volver a sentarse se lo tendió—. Tenga, léalo cuando pueda. Esta noche mejor que otro día.

El joven cogió el grueso tomo e hizo ademán de hojearlo. Lo conocía, pero no, no lo había leído. Se volvió expectante hacia Aznar.

—Escuche. El almirante y yo hemos llegado a la conclusión de que la persona que le entregó los documentos es la misma que se nos presentó a él y a mí en Santiago de Cuba la noche del 30 de junio de 1898 —aseguró vehemente Aznar.

Imposible, se dijo; no podía ser cierto. No tenía sentido. ¿Y qué era eso de que alguien se presentó de forma parecida la víspera de San Juan?

La puerta se abrió de nuevo y el almirante, don Joaquín Bustamante, uno de los artífices del victorioso combate de Santiago de Cuba, entró en la sala.

—Una conclusión que cada minuto que pasa es más firme… —dijo aquel hombre pequeño y fuerte; su pelo aparecía más cano aún que en la mañana; venía lleno de energía, como quien ha adoptado una determinación. Les indicó con un gesto que no se levantaran y tomó asiento con ellos.

—Los datos de la cartera —continuó— son coherentes, hasta lo que hemos podido comprobar, con las informaciones que la División Segunda recibió por cable desde Manila y Hong Kong antes de que se perdiera la comunicación; los detalles eran esperados por barco pero no han llegado a tiempo. Togo ha enviado cuatro flotas. Una ligera hacia las Carolinas y las Marianas, donde poco vamos a poder hacer, una fuerza de diversión compuesta por algunos cargueros y buques medios enviada hacia Filipinas rodeando el golfo de Leyte, como si fueran a invadirnos; una fuerza pesada, con lo mejor de la Flota Combinada y, finalmente, la verdadera fuerza de invasión.

El joven vio con claridad la importancia de la información que había portado en su cartera. Los documentos mostraban las derrotas de las fuerzas enemigas y sus planes secretos. Sabiendo eso se podía trazar una defensa adecuada, como de hecho se había realizado en aquella misma sala horas atrás.

—Es decir, que gracias a esta información quizá podamos frustrar la invasión de Filipinas —apuntilló Aznar.

—Esperémoslo. Hemos optado por jugárnosla. Ahora estamos dando un rodeo. Buscaremos un punto de intercepción con la Flota de Invasión y procuraremos destruirla antes de que Togo caiga sobre nosotros con sus

fuerzas pesadas y nos destruya. Si la información es falsa también seremos destruidos y nada impedirá la invasión —dijo el almirante dejándose caer sobre la butaca.

El joven se apresuró a intervenir. Las implicaciones eran evidentes.

—Si interceptamos los transportes, la invasión será un fracaso; que perdiéramos más o menos buques —se estremeció— sería secundario. Japón tardará meses en disponer una nueva fuerza y en ese tiempo la situación internacional jugará en su contra. A nadie en Europa le interesa el control japonés sobre Filipinas. Por el contrario, un rápido colapso español sería considerado un desastre para todos…

—No siga —cortó el almirante—. Es claro que una ocupación de Filipinas por parte de Japón en estos momentos cambiaría la historia del mundo. Nadie, España no, desde luego, está en condiciones de enviar a este archipiélago los centenares de miles de soldados necesarios para desalojar al Sol Naciente de estas tierras. En unos años se convertirían en la potencia hegemónica de todo Extremo Oriente. Filipinas es la llave del Mar de China y permite controlar Borneo, Malasia y el Pacífico Central, y desde ahí, Vietnam, Australia y el Pacífico Sur. Europa sería arrojada de este hemisferio. Y también América.

Sí. El almirante, don Joaquín Bustamante, tenía razón, aquello podría cambiar la faz del mundo. Una situación así sería la semilla de nuevas y terribles guerras en el futuro.

—Les he citado aquí —continuó Bustamante— para ofrecerles un pacto. No sé, no sabemos, quién trajo efectivamente esos documentos. Lo más seguro es que se trate de un agente de una potencia extranjera que desconocemos, interesada asimismo en impedir la hegemonía de países imperialistas como Estados Unidos y Japón. No lo sé con seguridad. Lo extraño es que parezca haber sido la misma persona en los dos casos. De cuantos han tratado con él, si estoy en lo cierto, ustedes dos y yo somos los únicos que no han muerto.

Aznar y el joven se miraron.

—Les pido que guarden silencio sobre estas sospechas. Nadie puede relacionar al desconocido que apareciera un día en Santiago hace años con el hombre del boulevard de esta mañana. Sólo quienes aquí estamos; si lo expresásemos públicamente se nos tomaría por locos. Y si algún día esa persona reapareciera o tomara contacto con cualquiera de nosotros deberemos avisarnos mutuamente. ¿Están ustedes de acuerdo?

Aznar miró de nuevo al joven. Seguidamente, dijo:

—Don Joaquín, ya lo sabe usted. Haré lo que me pide. Nadie nos creería. Me tiene a su disposición hasta el final.

—Hijo, su nombre… perdóneme, pero… —El almirante, entrecortado, le miraba.

—Camilo Molins, almirante. Alférez de navío Molins. Y como ha dicho don Juan Aznar, también a mí me tiene a su disposición. Estas informaciones me las hizo llegar un oficial desconocido, lo que es rigurosamente cierto. Y respecto de las coincidencias que tanto les alarman, pierdan cuidado, las mantendré en absoluta discreción en tanto resolvamos el enigma.

Los tres hombres se dieron la mano. Bustamante y Aznar temían que aquella misión en el golfo de Leyte acabara con la destrucción de la flota; pero confiaban en que su más que posible muerte permitiera salvar a Filipinas de una invasión y con ello retrasar el peligro de una guerra mundial. Molins, por su parte, veía claramente el porqué de la tensión de sus superiores y —se había sentido tratado como tal— amigos, pero confiaba en que todo iría bien y el peligro, conjurado. Se dijo que habría de leer las memorias del almirante, pero sospechaba que allí no encontraría razón de la identidad del misterioso desconocido. Quizá nunca lo averiguaran. *¿Quién era el hombre del boulevard*?

Hubo niebla aquella noche en el golfo de Leyte. Los siete cruceros acorazados clase *dreadnought*, la punta de lanza de la Armada Federal de la República Española, buscaron su amparo y se perdieron hacia el norte.

3

Manila

Mediodía del 4 de diciembre, 1912, S/P

La gente atesta el boulevard José Rizal. Nadie repara en mí; llevo horas paseando sin rumbo o sentado mirando a los viandantes. *El joven oficial aquel tardó en reaccionar*, me digo pensativo; le hice repetir la frase que debía abrirle la puerta del almirante y le entregué con gran énfasis la cartera de los mapas. El muchacho trataba aún de asimilar lo que ocurría cuando yo ya me había quitado de en medio. No me quedó ni el menor asomo de duda de que haría lo que le ordené.

El paseo central está flanqueado por grandes magnolios, de esos que con el tiempo llegan a ser esplendorosos. La avenida es de nueva traza, diseñada como eje del ensanche extramuros de Manila que sigue el modelo de Barcelona. La mezcla de modernismo con arquitectura y materiales orientales resulta pasmosa; me vienen a la mente los nombres de los arquitectos y artífices de esta operación urbanística sin precedentes. El informe que había tenido que estudiarme para la misión era completo hasta en esos detalles; me tiemblan las piernas, observar el entorno y disfrutar de su contemplación me ayudan a tranquilizarme.

Una manzana más allá se encuentra la representación comercial de la Generalitat Catalana; a la maraña de ramas y hojas que cubren el paseo se le debe sumar la de cables telefónicos y telegráficos que unen los edificios. Es

evidente que la ciudad acabará haciéndole la competencia a Hong Kong como centro comercial en Extremo Oriente. No acabo de ver qué pintan en esto los catalanes, ni qué importancia tendrá a la larga lo que observo, pero resulta patente el despertar de la ciudad y su entorno. Una banda de música de la policía autonómica filipina desfila por una de las calzadas laterales. El bullicio es inmenso.

Debe ser el momento de regresar, pero nada ocurre; estoy paseándome por entre las damas con sus frescos trajes de lino blanco y enormes pamelas. Los europeos y la burguesía hispano-filipina pasean arriba y abajo por la rambla, emperingotadas señoras con sus hijas, algunos matrimonios, muchos grupos de estudiantes de la universidad; hay varias terrazas llenas de público, la del Ateneo está a rebosar. Guirnaldas con la bandera tricolor de la República Federal Española y del Estado Federado de Filipinas adornan los árboles y la carpa que protege a los clientes. Beben grandes vasos de limonada, agua con azucarillos o té frío; el calor es atroz, pero a la sombra y con el fresco que recorre el boulevard se sobrelleva bastante bien. Unos críos vocean la prensa del día: los periódicos peninsulares sacan ahora una edición en Manila, con noticias y colaboraciones llegadas por telégrafo. *El Sol*, *El País* y *La Vanguardia*. Y también el *Katipunan* —¿quién lo diría unos años atrás?—, portavoz de la línea dura de los nacionalistas tagalos.

Los titulares son aterradores: *¡Guerra…, guerra…!; Ultimátum de Japón; Asegurada la defensa de Filipinas, el vencedor de Santiago en Manila. Aguinaldo y Giner dicen: ¡No pasarán!* Me estremezco al pensar en ello. ¿Qué está ocurriendo?

Tengo la boca seca. Pasear entre toda esta gente que nunca existió me produce gran inquietud.

***

—El señor Alberdi, supongo… —dice una voz femenina justo a mi lado; se ha acercado sin que reparase en ello.

Es una mujer joven de unos veinticinco años; lleva un traje deportivo, con pantalones de amazona en algodón beige; se cubre con un elegante panamá de ancha ala; debo poner cara de cierta sorpresa o algo así, pues sonríe y me mira divertida. Sus ojos verdes son evocadores, me gusta lo que veo en ellos.

—Pues claro que es usted… —Con un mohín gracioso me toma del brazo y se suma a mi marcha por el paseo—. Tranquilo, soy su contacto…

—¿Cómo conoce mi nombre? —le digo y al instante pienso que es la pregunta más estúpida que nunca he hecho. La he visto antes. ¡Claro que sí! Pero fue hace tiempo o, mejor, dentro de muchos años y en otro lugar realmente muy, pero que muy lejano. Sus ojos buscan los míos de nuevo.

—No, no me diga nada. Jamás hemos coincidido; nunca. Le he reconocido merced al informe previo de la misión. Es la primera vez que estamos juntos —dice con energía; me corto, *no puede leerme el pensamiento*, deben de haberla alertado de algo—. Recuerde esto: las paradojas temporales deben ser evitadas, olvídese de cuanto no sea la misión que le ha traído aquí… —añade.

Callo, creo que sé lo que quiere decir: nos hemos conocido antes en *mi pasado*, pero en un momento que para ella *aún es futuro*. Mejor calladito. Proseguimos nuestro paseo entre la gente. Un escalofrío me recorre al pensar en lo de las paradojas temporales. He saltado hacia el pasado y no sólo eso, lo he hecho, me dicen, para salvar una línea temporal que no es la mía propia. O sea: salto temporal y salto entre universos paralelos a la vez. Para un novato ya es bastante.

—Entregué el paquete. No sé qué contenía ni cómo puede provocar que los japoneses de esta línea temporal sean derrotados. La prensa de Manila de hoy cita las unidades de la flota federal española y son muy escasas. Si el Togo de aquí cuenta con la mitad de las fuerzas que el histórico de mi propio

mundo, nada podrá cambiar la historia… —le digo mostrando mi escepticismo. Me siento muy seguro en esta hermosa ciudad con esta mujer de mi brazo; lo extraño de la situación me permite distanciarme de los acontecimientos en cuya dinámica me estoy entrometiendo.

—Señor Alberdi, habla usted con la corresponsal de un periódico británico, soy una especialista en historia naval… Bueno, esa es mi cobertura en la estación de Manila de este período. Estoy enterada de cuanto debe o tiene que suceder aquí y ahora. Y algo que históricamente ocurrió no ha tenido lugar. Ayer debió haber arribado a Manila un aviso de Hong Kong con información secreta para la flota; pues bien, no llegó. Algo o alguien que pertenece a este universo tanto como usted o yo, lo interceptó en su camino hacia aquí y le aseguro que todos los sensores de Flujo Temporal de la estación saltaron la pasada noche y sólo han disminuido en su estruendo con su llegada de esta mañana. Si usted, señor Alberdi, no hubiera entregado hace unas horas ese paquete, la historia habría cambiado. Le aseguro que les hemos fastidiado la fiesta a esos viajeros temporales de ayer, *sean estos quienes sean*.

—Pero no entiendo ¿Qué puede ser tan vital que pueda cambiar la historia? —insisto—. ¿Y quién puede ser esa gente?

No me contesta. Quizá no desee seguir hablando de esto en la calle o esté cansada de esta conversación con un neófito en estas lides como es mi caso. Lo cierto es que hasta ahora me muevo casi sin respuestas.

Nuestro paseo nos acerca hasta la altura de una casa de tres plantas con grandes balconadas cubiertas. Son oficinas; mi impetuosa acompañante me conduce hasta una de ellas. Se encuentra en el principal. Suelos de madera noble, altos ventanales al boulevard con visillos blancos, dos escritorios clásicos, libros, papeles y revistas por todas partes, hay flores tropicales en jarrones que le dan a la estancia un aire fresco. En mi propia época y país, Estados Unidos del 2032, en una secuencia que según esta gente no es la principal, un sitio así sólo existe en los holos.

Si ella me pareció muy relajada y tranquila, incluso demasiado, ahora su actitud cambia de nuevo. Ha sido cerrar la puerta y ha pasado a ser otra

persona.

—Bienvenido a *Manila, 1912, Secuencia Principal*, señor Alberdi. En la estación estamos a salvo de miradas indiscretas. —Me lo dice como si acabáramos de conocernos.

—¿Estación? Parece una oficina normal y corriente, incluso más despejada y bien dispuesta que otras —contesto—. Y desde luego ni asomo de artefactos futuristas por ningún sitio.

Se echa a reír.

—¡Claro, hombre! ¿Qué esperaba? ¿Un desintegrador en el cajón del escritorio? ¿O un transponedor temporal junto a la puerta?

Me indica que me siente con un gesto. Cuelga su sombrero, se quita su chaqueta blanca de algodón y tras mirar a su alrededor se agacha para recoger un montón de cartas que han pasado por debajo de la puerta.

—Pues me crea o no, he estado intentando averiguar qué hizo saltar los sensores de *Control de Flujo*. La estación está aquí mismo, donde nos encontramos, pero desplazada unos grados de la secuencia principal —me dice mientras dispone el correo en uno de los escritorios.

Desplazada unos grados, ha dicho; no sé qué quiere decir, pero me lo creo. Cuando aceptas vivir una locura debes aceptar las cosas según salen.

—Hace unas horas la Central contactó conmigo para indicarme qué ocurría y su inmediata llegada. Todo ha ido perfectamente, fue llegar usted y el nivel de peligro descendió de inmediato. Hoy, es decir en estos dos días, hemos tenido un *Punto Jumbar* de Primera Magnitud que hemos logrado compensar pese a una intromisión extraña —me explica.

—¿*Punto Jumbar*?

—¿No le han explicado eso antes de enviarle en misión temporal? —pregunta. Parece sorprendida.

—Digamos que mi reclutamiento fue algo precipitado.

—Bueno, no importa. Lo cierto es que usted ha solucionado una alteración que pudo ser muy grave. Un *Punto Jumbar* es precisamente eso: una situación concreta en un momento histórico, donde la decisión o la acción de un pequeño núcleo de personas puede hacer bascular el proceso histórico

en sentidos muy diferentes. Es una terminología que proviene del siglo xx, cuando se comenzó a especular literariamente sobre las implicaciones del viaje temporal —aclara.

—Eso es lo que explicaron antes de mi partida. Y que ustedes le llaman *Secuencia Principal* a su propia línea histórica donde llegó a desarrollarse el viaje temporal —añado.

Cada vez está más intrigada, se nota.

—No exactamente. Otras líneas también lo han descubierto o lo descubrirán. La *Central de Control de Flujo* se creará dentro de unos ochocientos años en esta línea temporal. El viaje arriba y abajo de las propias líneas será descubierto también en otras secuencias paralelas, pero, ya que parece desconocer cosas básicas, le diré que la *Central* nació para impedir intromisiones horizontales…

—¿Horizontales?

—Claro, los cambios que se producen en la línea temporal normal son historia, ocurrieron. Lo que altera el Flujo son las entradas desde el exterior del *Sistema Dinámico de Cambio*. ¡Vamos, que lo que provoca alteraciones graves son intentos de cambiar las cosas desde otros universos paralelos! —Se agolpan las palabras en su boca. Ella viaja por la red de líneas temporales, lo suyo es eso, no dar explicaciones a novatos.

—Pero si los japoneses de esta secuencia descubren el viaje en el tiempo y se presentan ahora para matarnos o para destruir la escuadra del puerto, ¿no cambiaría la historia de esta línea temporal? —le digo.

—Por supuesto. Hay un pequeño detalle sin importancia: eso es algo que no ocurrió. Mi presente, señor Alberdi, pertenece al futuro, en él se sabe que históricamente Japón no logró invadir las Filipinas en 1912. Se sabía que hubo un intento de cambio temporal inducido en esos días, detectado por los sensores, pero también que se lograría anularlo. Y aquí es donde entra usted. El señor Alberdi sí que estuvo en 1912 en Manila. Se conocía esto en la *Central* y por ello le reclutaron o lo que fuera.

Muy bien, pienso, pero me está cansando todo este trajín temporal. Estoy tentado de soltarle mi formulario de quejas a la amable señorita que me

acompaña y que no ha tenido el detalle de decirme cómo se llama, pero sospecho que no sabe nada de mis problemas. Para ella soy un agente en misión y poco más.

—Bueno, vale. Si usted lo dice tendré que creerla. ¿Qué va a pasar ahora? —le pregunto.

—Enrique, ¿puedo llamarle así? Mi nombre es Victoria, creo que no se lo dije. Lo que debemos hacer es descansar un poco y comer algo, dentro de unas horas tendrá que dar su próximo salto y deberá estar suficientemente lúcido. ¿No le parece? —Sonríe.

La muchacha tiene razón. Una vez más.

***

El sol se ha puesto. La habitación se encuentra medio a oscuras. Me he quedado dormido. De las ventanas llega el ajetreo del boulevard. Busco una luz y lo único que encuentro es una especie de quinqué de petróleo. Afortunadamente hay algo parecido a las cerillas a su lado y lo puedo encender. Doy gracias a mi afición a los viejos holos del oeste que coleccionaba mi padre, gracias a ellos sé cómo utilizar algo así.

Victoria no se encuentra en la oficina. Después de comer no me resistí a la tentación de un lecho de sábanas de seda que hay en una habitación contigua y debo haber dormido unas seis horas. Me encuentro muy descansado; me preocupa el que esta mujer haya desaparecido. Ni se me pasa por la cabeza moverme de aquí o salir a buscarla. Bueno, sí que se me ocurre, pero tengo la certeza interior de que volverá en cualquier momento.

No hemos hablado mucho más. Sólo cosas intrascendentes, sobre la vida en esta hermosa Manila alternativa. La ciudad por la que me he movido esta mañana tiene un aspecto muy europeo, incluso diría que presenta indicios de poder crecer de forma equilibrada en un futuro. Victoria lleva viviendo aquí

casi dos años y me lo confirma; dice que le encantaría retirarse a un sitio como este, pero asegura que el viaje temporal sólo está permitido para tareas de estudio y control. Quizá el pasado que estoy ayudando a preservar sea mejor que el de mi propio universo.

Debo esforzarme en controlar la angustia. Me encuentro en una situación por la que no creo que nadie más haya pasado jamás. Y después de hablar con la gente de eso que ellos llaman *Central de Control de Flujo* lo tengo por más cierto todavía. A saber: en mi línea temporal la historia fue muy diferente. El *Punto Jumbar* que separa mi línea de esta otra parece estar en la guerra hispano-norteamericana de 1898. Mi país, Estados Unidos de Norteamérica, ganó con facilidad esa contienda, pero eso forma parte de un pasado que se me antoja prehistórico. Nadie lo recuerda en el 2032, el año en que salí de la Tierra. Mi mundo es muy diferente; tenemos otros problemas. Algunos muy graves.

Lo cierto es que estoy aquí solo. Náufrago por partida doble. Tendré que seguir hasta el final si algún día quiero poder regresar a casa.

Un zumbido surge a mi espalda y una luz intermitente proyecta mi sombra sobre las paredes. Me vuelvo y veo una esfera luminosa a un metro sobre el suelo en medio de la habitación. Súbitamente la esfera crece y se aplana formando un disco de unos dos metros. La luz y el sonido se estabilizan, aquello se queda allí como si fuera un mueble más.

Me quedo allí expectante. La ciencia y la tecnología, cuando son suficientemente avanzadas y separadas de lo que nos es usual, son lo más parecido a la magia. Pero esto no es magia, se está abriendo un portal temporal. Es una aplicación del *Campo Sánchez-Matteoti* que en mi línea temporal utilizamos para el salto hiperespacial; lo que ocurre es que allí no conocemos que también sirve para esto. Ya he visto, no obstante, el fenómeno antes de ahora: la primera vez cuando mi nave espacial, el Crucero interestelar *Jefferson Davis* de Estados Unidos de Norteamérica reventó al pasar al espacio normal en la frontera exterior del sistema de Épsilon Eridani a 7,5 años luz del Sol. La segunda vez, cuando la Central de Control me envió a *Filipinas, 1912, Secuencia Principal*.

Victoria sale del disco.

—Enrique, venga para acá, que hay una comunicación para usted —me dice.

Cierro los ojos del alma y entro *en la cosa*.

¡Vaya! Estoy en la misma habitación. El color de techos y paredes ha cambiado, en realidad parece que nos encontramos en el interior de una burbuja de vidrio que recubre como un guante la habitación. Pero hay unos paneles con numerosos controles y una gran pantalla de comunicaciones.

Victoria ha entrado conmigo.

—¿Creyó usted que me había ido, eh? —me dice—. Recuerde que le dije que la estación se encontraba aquí mismo pero desplazada unos grados. Eso significa que comparte este mismo espacio aunque situada en un pliegue respecto de…

—Victoria, déjelo, por favor. Me hago una idea, pero no me lo explique que es peor.

Se ríe con ganas al ver mi gesto al hablar.

—Olvidaba que usted no es precisamente un ingeniero de Física de Fluidos.

—Ahora sí que lo ha dicho usted. En mi época la ingeniería de Fluidos era algo que se ocupaba de perforaciones petrolíferas…

Se acerca a la pantalla de comunicación y la activa. Abre después un lateral de uno de los paneles y saca una bolsa transparente donde parece haber ropa blanca, unas botas y una cartera de cuero marrón.

La pantalla muestra una especie de carta de ajuste. Lo que quiera que ponga ahí no está escrito en ningún alfabeto del que tenga noticia, y sé de unos cuantos. Prefiero no preguntar. Con esta gente he podido hablar en castellano y en eusquera, las lenguas de mi familia, además de en inglés americano, mi lengua de uso normal. Me huelo que si les hablo en caldeo medio me contestarían con acento de Ur… ¿Cuál será su verdadero idioma?

Un hombre de mediana edad, vestido con una camisa de seda verde —esa impresión recibo— me está mirando; tiene el pelo blanco y una mirada gris,

pero inteligente. Victoria se sienta a mi lado y me ofrece una de las butacas que han aparecido con el mobiliario de la estación.

—Enhorabuena, señor Alberdi. Como coordinador de misiones quiero decirle que su acción de hoy ha sido un éxito —me suelta el tipo de la pantalla.

—Eso me han dicho —respondo—. ¿Puedo volver ya a casa?

—Ya sabe usted que queda un viaje pendiente.

—Eso me temo.

—Mire, Alberdi, cuando su nave resultó destruida durante un viaje regular dentro de lo que es la dinámica normal de su línea temporal, algunos de los restos, entre los que debemos incluirle a usted, fueron desplazados a un universo paralelo. El que nosotros llamamos *Secuencia Principal*.

—Lo sé sobradamente.

—Quiero decirle con esto que nosotros no le hemos elegido para estas misiones. Creo que Victoria le ha hablado del cometido de la *Central de Control*. Escuche, *alguien*, posiblemente el mismo *alguien* que destruyó su nave, está intentando cambiar la historia en varias de las líneas del tiempo en torno a la línea matriz. Debemos impedirlo. Lo quiera o no, está metido en el centro de esta vorágine y no tiene opción: debe seguir hasta el final. Y usted lo sabe.

—Lo que quisiera es la seguridad de que tras la siguiente misión podré regresar —digo sin mucha esperanza.

—Regresará al año 2032 paralelo al que usted fue desplazado tras su accidente, con las personas y en el momento en el que se encontraba. Si es preciso les ayudaremos para que su vehículo consiga llegar a la Tierra. Es lo máximo que podemos hacer por usted. —Su voz fue muy, pero que muy firme.

No me habían prometido otra cosa, así que no puedo protestar.

El hombre aquel continuaba con su perorata.

—… Victoria le ayudará con el material que precisa: la ropa, documentos, el informe de situación, la estrategia a seguir.

—¿Cuál es la misión?

—Es sencillo, Alberdi. Deberá bajar usted hasta 1898, a Santiago de Cuba. Actuará de forma decidida y contrarrestará una acción externa que busca provocar una victoria norteamericana en esa guerra.

Me estaba temiendo algo así.

—Pero eso es imposible. En mi mundo…

—Alberdi, usted estuvo allí…

La comunicación se corta tras algún comentario más. Me he quedado de piedra. No soy un especialista en historia, pero la tarea la intuyo imposible.

Victoria me muestra el dossier.

—Tranquilo, Enrique. La ventaja de trabajar para la Central consiste en que podemos disponer libremente del tiempo sin que luego lleguemos tarde.

ANEXO I

De la Restauración a la República. Memorias de un marino, Bustamante, Joaquín. Cádiz, 1907, pp. 37-42.

«(…) Cuando en 1896 regresé de París donde había estado haciendo las pruebas de un telémetro naval que diseñé durante mi etapa como director de la Escuela de Torpedos, la guerra contra los insurrectos cubanos llevaba ya dos años. Todavía era diputado por el distrito de El Ferrol ("O Ferrol", como decían mis electores aldeanos) y había mucha preocupación en todas partes con las noticias de América; entre los paisanos y la gente sencilla, por las levas continuas; entre los milites, por el reto terrible que se intuía acabaría produciéndose; y entre la clase política, por el temor a hacer o a no hacer lo correcto, que nunca se sabe. En los mítines en los que participé resultó muy difícil contestar las acusaciones que realizara Pablo Iglesias, el dirigente de los socialistas; concurría este en casa, era natural de aquella comarca, y denunciaba de forma implacable el escándalo que suponía la exención por dinero del servicio militar, lo que condenaba a las clases menos favorecidas a soportar el peso de las contiendas coloniales. En eso no podía menos que darle la razón.

»Tras una etapa difícil en la insurrección cubana, Weyler, el capitán general, la estaba venciendo día a día. En el Congreso de los Diputados todos sabíamos que la victoria militar no arreglaría nada sin la concesión de la autonomía en la isla; sin el fracaso de la reforma de Maura a causa de la

estupidez de los recalcitrantes de ambos bandos, lo más seguro es que no hubiera llegado a estallar aquella nueva contienda civil en Cuba; en la carrera de San Jerónimo, liberales, conservadores y republicanos coincidíamos plenamente, en los pasillos, claro; luego, en los debates, era otra cosa. Mi condición de militar era vista con dosis intercambiables de atracción y rechazo; unos se alegraban de que los milites acudiéramos a las lides electorales como los demás y otros, sencillamente, recelaban, no sé por qué. Era la época en la que, tras unos pocos años de estabilidad en la nación, nadie quería aumentar los gastos militares y mucho menos que nuestra influencia creciera. Eso podía tener sentido, pero no lo tenía mantener unas estructuras como las de la milicia sin dotarlas de medios para su función. Para nuestro país, un ejército grande era algo que no podíamos permitirnos, pero una Armada poderosa era una necesidad clara; piénsese que la situación estratégica de nuestra presencia en el mundo nos permitía controlar —si hubiéramos tenido los medios y el desarrollo industrial y económico preciso— el Caribe, los accesos al futuro Canal de Panamá, la costa del Sur de Estados Unidos y todo el Pacífico oriental y central, sin entrar a valorar nuestra situación en el Mediterráneo.

»La diferencia entre nuestra indigencia y las potencialidades que nuestras posesiones en el mundo nos brindaban era de tal cuantía que una sensación de fracaso y resignación a la decadencia eran moneda corriente.

»El mundo estaba cambiando deprisa; nuevas potencias querían derribar a las del Viejo Continente y España semejaba un riquísimo cadáver al que se podría despojar impunemente. En Madrid creía la mayoría que el resto del mundo no existía; ocurre que nuestro principal reto nacional es la modernización de nuestra patria, el desarrollo de su industria y el progreso de sus gentes en el orden de la cultura, la educación y la mejora de las condiciones de vida cotidiana; muchos veían en el mantenimiento del imperio más un peso sobre las débiles espaldas de la nación que una oportunidad para el desarrollo y el progreso de todos los españoles, peninsulares o ultramarinos. Tan grande era la extensión de nuestra soberanía, al menos de nombre, que

podríamos pasar otro siglo encerrados en nosotros mismos sin aburrirnos, tanto era lo que estaba pendiente por hacer.

»Pero aquello no era así. El temor a una guerra con Estados Unidos o con Japón estaba más que justificado. La Armada y el Gobierno lo tenían previsto, pero como un dato, como un hecho posible; inexorable quizá. Los presidentes del Consejo de Ministros de su Majestad, Cánovas, primero, y Sagasta, después, se comportaron como quienes sabiendo que el ataque se produciría bastaría con no intentar ofender para que el matón se aplacase. Tal era, se dijo, la única diplomacia posible en los que se saben débiles. Yo, tengo que decirlo, no compartía esa posición. "Si eres débil, hazte fuerte; si no puedes, busca alianzas poderosas, aprovecha tu margen de maniobra".

»Nada de eso se hizo.

»Lo cierto es que mal que bien se había construido una flota en aplicación del Plan del ministro Rodríguez Arias de 1884. No entraré en detalles. Era la flota de alguien modesto que ya tenía un imperio oceánico y que no quiere pegarse con nadie, no la de quien busca construirse uno a golpes con medio mundo. Apréciese la diferencia. Nuestra opción defensiva estratégica se basaba en un puñado de cruceros acorazados de diseño inglés, rápidos y con gran autonomía, capaces de ir a Filipinas desde Cádiz sin repostar. Bien utilizados podrían asegurar las comunicaciones y hacer guerra de corso a un enemigo poderoso. "Si eres débil en la mar, busca al enemigo donde no está, si eres fuerte búscale donde esté". O lo que es igual: requerían un uso audaz y decidido, caso de tener que luchar contra fuerzas superiores. Pero para la guerra colonial que teníamos entre manos en Cuba y Filipinas casi eran sobrados. Casi. Se optó por aquellos buques, dotar de torpedos y minas a los puertos y bases, mejorar las defensas y por un tímido programa de construcción de torpederos y destructores para ese mismo cometido. Como la estrategia francesa de la *Jeune École* (barcos baratos y pequeños con muchos torpedos frente a los torpes gigantes enemigos) pero en pobre, si me permiten.

»En realidad, si los norteamericanos no atacaron en la década anterior era porque el desnivel con nosotros no les daba confianza todavía. En la década

de los noventa ellos comenzaron su desarrollo naval y temían que pese a nuestra parquedad de medios lográramos construir buques modernos en cuantía suficiente para vender cara nuestra derrota, seguros como estaban de vencer. Por ello se decidieron a la escalada que llevó a la guerra; buscaban una guerra rápida, sin mucho coste, en lo que sería su primera aventura exterior desde la violación de México. Tenían que hacerlo antes de que nuestro propio programa de armamentos, aunque modesto, pudiera llegar a permitirnos una defensa digna. Nos enfrentábamos a una ideología racista y primitiva, basada en la supuesta moralidad del dominio de los fuertes, que les legitimaba en su intención de subyugar el continente entero y controlar a su antojo a nuestros hermanos de América. Se sabían poderosos: cuando el conflicto finalmente estalló, nosotros obteníamos 600 000 toneladas de acero por año en nuestros altos hornos; los norteamericanos, más de 9 millones. Era lógico que estuvieran confiados en nuestra pronta derrota.

»Los acontecimientos se precipitaban. El presidente Cánovas fue asesinado en un complot del que no fue ajena la plata de los independentistas cubanos y el estímulo indirecto de Washington; el general Weyler recibió la orden de volver a la Península y las operaciones militares se suspendieron; el nuevo gobierno deseaba la paz y el entendimiento con los insurrectos. En Madrid se quería lograr para Cuba una paz duradera basada en alguna forma de autonomía como la que tenía Puerto Rico con gran éxito. Era tarde, Estados Unidos buscaba la anexión o instalar un protectorado; que le diéramos la autonomía a la isla era para ellos peor receta que la continuación de la guerra civil allí: con la contienda siempre les quedaba la posibilidad de enmascarar su ambición imperial con un halo de humanidad. ¡Canallas!

»En febrero de 1898 la guerra era inminente. Estados Unidos ofreció públicamente un soborno millonario a quienes vendieran la isla de Cuba. El gobierno se negó; las amenazas y las provocaciones continuaron. Cuando estalló el viejo acorazado *Maine* durante una estancia en La Habana que nunca debió haberse consentido, nos acusaron de forma infame de estar detrás del hecho. La reina regente citó a todos los partidos y ofreció el nombramiento de presidente del Consejo de Ministros a cualquiera que

pudiera lograr la paz y asumir una negociación que cortase la escalada bélica; imposible aceptar la ignominia y la humillación que nos ofrecía Estados Unidos, nadie aceptó y todos expresaron la voluntad de resistir. La actitud de Washington era tan repugnante, tan impropia de una nación civilizada, que todo lo que ocurría parecía irreal, fruto de una pesadilla.

»Pronto se vio que nuestro gobierno no disponía de nada práctico para aprestar la nación y sus fuerzas armadas para la guerra. Weyler, el prestigioso general, futuro artífice de la República de Abril, quizá el mejor estratega y hombre de acción que hayamos tenido, rabiaba por los errores y la inacción, pero temerosos de su mala prensa en Estados Unidos le arrinconaron en un puesto de lujo, ministro de la Guerra, donde, paradójicamente, no tendría responsabilidades directas en las acciones. Don Valeriano había previsto durante su mando en Cuba la entrada en guerra con Estados Unidos y proponía una defensa avanzada. Según él, disponíamos de algunas ventajas estratégicas importantes. La primera era que contábamos con decenas de miles de hombres bien entrenados y con armamento moderno a 90 kilómetros de Cayo Hueso, Florida. Si estallaba la contienda, los yankees tardarían semanas en movilizar sus fuerzas de tierra, por otra parte inferiores en número, entrenamiento y calidad del material, al menos a corto plazo; en los primeros días se podría desembarcar en Florida con cincuenta mil soldados y marchar *a tierra quemada* hacia Tampa, donde se encontraba la base naval más importante de Estados Unidos en el Golfo de México. Su idea era llevarles la guerra a casa, atrincherarse, resistir y dar tiempo a los políticos y diplomáticos a preparar una paz negociada. Nadie le hizo caso en esa ocasión.

»Me incorporé a la llamada Flota de Instrucción basada en Cádiz. Reunía esta a los cruceros más modernos y rápidos, pero estaban faltos de pertrechos y entrenamiento artillero. La escasez del presupuesto lo había impedido. El mejor navío, el *Cristóbal Colón*, no disponía aún de sus torres principales. Con cinco buques como el *Colón* me hubiera comprometido a derrotar una por una las escuadras americanas. Pero no los teníamos.

»En abril salimos para Cabo Verde sin estar en condiciones de entrar en campaña. Una flotilla de destructores y torpederos al mando del capitán

Villaamil había recibido orden de ir a reforzar los puertos cubanos, pero la inmediatez de la guerra y unidades yankees en aguas portuguesas les llevaron hasta ese archipiélago africano en busca de refugio; pareció necesario nuestro concurso para recogerles y escoltarles hasta la Península. El contraalmirante don Pascual Cervera, comandante de la Flota de Instrucción, con quien ya había servido en el Pacífico, me nombró su jefe de Estado Mayor.

»Nuestra sorpresa fue enorme al llegar a la isla de San Vicente, se rompían las relaciones diplomáticas con Estados Unidos y se producía la declaración de guerra a las pocas horas. ¡Con el núcleo de nuestra flota a miles de kilómetros de sus bases más cercanas! Se nos comunicó el arribo inmediato de los dos cruceros desplegados en… América ¿A santo de qué se les ordenaba un doble cruce del Atlántico? ¡Ah… si el *Oquendo* se hubiera quedado en La Habana! ¡Cuántos sufrimientos nos habríamos ahorrado! Piénsese que también se ordenó al crucero *Vizcaya* acudir a Cabo Verde desde Nueva York. Otro error.

»Las unidades ligeras de Villaamil se dividirían en dos grupos: las más débiles y las averiadas volverían a Canarias o a Cádiz junto con el transporte *San Francisco*, las demás serían remolcadas por los navíos mayores en su paso del océano, pues el grueso de la flota —en realidad el de toda la Armada española— debería partir inmediatamente para las Antillas.

»Era una solemne estupidez. No estábamos en condiciones. Lo lógico era ir a Canarias a repostar, concentrarnos luego en Cádiz y ultimar todas las unidades para el combate de la forma debida. Esperar incluso al retorno de los arsenales franceses del *Carlos V* y del *Pelayo*, donde nuestros dos acorazados estaban en reparación. La simple existencia de la Armada bastaba para que el enemigo actuara condicionado. Pero partir al combate sin estar dispuestos era condenarnos al desastre seguro.

»Se reunió el Estado Mayor y la mayoría defendió esto que he expuesto. En mi opinión, lo mejor hubiera sido volver a la Península pero divididos, pasando los buques más rápidos y mejor artillados por la costa norteamericana. Así lo dije: una descubierta en el este de Estados Unidos, unos cañonazos a la costa, unas presas al corso ante Nueva York y luego ¡a

escape para casa! El revuelo resultante sería tal que el bloqueo de Cuba se cuartearía, desplazarían unidades al norte, a España. ¡Tomar la iniciativa, golpear… y correr!

»Inútil. Salvo Villaamil, nadie me hizo caso en mi propuesta ofensiva. Cervera defendió la obediencia ciega al gobierno, pero dejó que Víctor Concas, su segundo, redactara noticia de la disconformidad ante las instrucciones del ministro, el voto particular de buena parte de los oficiales del Estado Mayor contra aquellos planes absurdos. O volver, o marchar al matadero. Se eligió lo segundo. En realidad las órdenes nos daban libertad para acudir al lugar de las Antillas que mejor nos pareciera de acuerdo con la situación táctica; pero la imaginación y la audacia no nos gobernaban precisamente, ni en Madrid ni, siento tener que reconocerlo, en el puente del *Infanta María Teresa*.

»El resto es sabido. Cruzamos el Atlántico; estábamos todos, las unidades más rápidas y modernas, aunque con problemas de mantenimiento: los cruceros acorazados *Infanta María Teresa*, *Vizcaya*, *Oquendo* y *Cristóbal Colón*, más los destructores *Furor* y *Plutón*. Caímos sobre la Martinica y luego sobre Curaçao; perdimos a los carboneros con los que estábamos citados y el cepo de la diplomacia británica y el temor de los neutrales nos impidió repostar como era debido. La noticia horrenda del aplastamiento de la Flota de Montojo en Cavite nos produjo un efecto moral demoledor. Cervera estaba convencido de que acabaríamos igual.

»Casi sin carbón, marchamos hacia la boca del lobo; podríamos haber ido a San Juan de Puerto Rico —donde nuestra simple llegada habría reforzado la moral de forma decisiva y quizá obligado a alejar de Cuba las flotas de maniobra yankees— para repostar y volver después a Canarias o a la Península, pero se optó por intentar alcanzar la Gran Antilla. La orden de Madrid autorizándonos el regreso inmediato la perdimos por unas escasas horas. Cruzamos los estrechos entre Jamaica y el oriente cubano sin ser detectados; desaparecimos de la vista de medio mundo. Logramos llegar a Cuba, donde nos precipitamos a la muy escondida bahía de Santiago.

»Diez días tardaron en saber los norteamericanos dónde nos habíamos metido y dos semanas en bloquearnos allí. Y nosotros ¿qué hicimos entretanto? Vegetar, quejarnos de la falta de carbón, de suministros, del estado de los barcos. La segunda noche, cuando todavía nos buscaban lejos, podríamos haber salido hacia La Habana, donde nuestra flota, al amparo de los poderosos cañones del Morro, podría haber causado graves disturbios a los enemigos. No lo hicimos. Los días pasaron y pronto una poderosa escuadra enemiga cerró la salida. El enemigo tuvo hasta tiempo de variar sus planes y desembarcó una fuerza de veinte mil hombres cerca de Santiago al objeto de asegurar una base de aprovisionamiento cercano para sus buques y permitir un asedio terrestre de la plaza.

»Meternos en Santiago llevó el centro de gravedad de la guerra al oriente de la isla de Cuba, única región donde sobrevivía la insurrección. Aquello era para la flota una maldita ratonera. La única ventaja era que, mientras estuviéramos allí —intactos, claro—, fijaríamos a nuestra posición al grueso de las fuerzas yankees. No obstante, a medio plazo teníamos que escapar o sucumbir (…).»

4

Lomas de San Juan

3 km al este de Santiago de Cuba
1 de julio de 1898, S/P. 11.00

Las colinas se alargaban paralelas a la rada de la bahía; viniendo desde el este emergían de los campos de caña y las ciénagas. A su espalda, emparedada entre suaves alturas y las orillas, se extendía en un pequeño llano la ciudad de Santiago de Cuba. Viniendo desde El Pozo, los arroyuelos llamados Las Guamas y Aguadores formaban un pequeño valle cubierto de espesa vegetación que desembocaba al pie de las colinas en el río San Juan; unos centenares de metros hacia el norte, en la orilla izquierda de este, se encontraba la llamada Loma de la Caldera, desde la que se dominaba todo el territorio adyacente. Recibía ese nombre por la depresión en forma de cuenco de su cima, en la que existió un ingenio de transformación de caña algún tiempo atrás, ahora en ruinas. Desde lejos semejaba una cafetera y por ello los norteamericanos la habían rebautizado como Kettle.

Las laderas que conducían a los altos estaban cubiertas de hierba no muy alta; se habían dispuesto todo a lo largo varias hileras de alambre de espino cortando las subidas hacia las trincheras y blocaos que jalonaban las crestas; al ser una zona despejada y en altura se divisaba desde allí un amplio panorama, cubriéndose los vallecitos del San Juan y Las Guamas.

Miles de soldados norteamericanos avanzaban a orillas del arroyuelo o por una escueta trocha abierta por los mambises, envueltos en las altas cañas; con las botas metidas en el barro avanzaban penosamente bajo un calor atroz; nubes de mosquitos y de plomo les obligaban a hacerlo con la cabeza baja. Su avance había comenzado de forma silenciosa, intentando acercarse al pie de las Lomas que cortaban su marcha.

Un globo de observación artillera les había jugado una mala pasada; a los minutos de elevarse, el fuego certero de una batería española lo derribó. La metralla esparcida por las granadas alcanzó a numerosos hombres de los que trabajosamente se arrastraban a su pie y los gritos de dolor y la algarabía resultante reveló a las fuerzas que defendían las Lomas la ruta de acceso de los asaltantes. Desde entonces el fuego se volvió hacia ellos y sus bajas crecían. Baterías artilleras yankees contestaron de inmediato, usaban pólvora de factura antigua que dejaba grandes rastros de humo blanco: las dos piezas Krupp españolas del capitán Patricio de Antonio las localizaron con facilidad y las neutralizaron con granadas de *Shrapnel*. Los artilleros yankees cubrieron las bajas de sus compañeros varias veces y comenzó un duelo mortal en el que la escasez española de munición resultaría casi determinante.

Bajo aquel fuego cruzado los infantes avanzaban; tan reducida era la visibilidad de quienes lo hacían que las primeras oleadas de asaltantes no habían podido evitar estrellarse contra un muro de fuego empujados por sus propios compañeros, ansiosos por salir de la espesura. En la linde entre esta y la despejada ladera intentaban desesperadamente reorganizarse bajo fuego directo de las trincheras situadas en la cresta de las Lomas.

El griterío de quienes se veían envueltos ya en la refriega crecía y crecía; *el ruido…, el ruido era tremendo*. Un reguero inmenso de heridos y fugitivos desandaba el camino poniéndose a salvo hacia puestos de socorro improvisados, pero quienes llegaban de continuo por compañías y batallones no les prestaban atención; mientras esperaban su turno de asalto a distancia segura, lo que ocurriera allí en lo alto, allá al frente, era lo único que les centraba la atención. Otras unidades, los regimientos de caballería de la División del general Summer, se deslizaban de flanco hacia el norte sin perder

la protección del juncal concentrándose al pie de la Loma de la Caldera, donde, hasta el momento, el fuego firme de sus defensores también había segado todo avance significativo. Muy pronto les tocaría a ellos intentarlo de nuevo.

El sol había superado ya el mediodía; se podían percibir entre las tenues nubes de pólvora de las descargas trallazos de fuego, rojos como el infierno. Acompasada, regularmente, con un ritmo que helaba la sangre, los cada vez más escasos defensores vomitaban plomo por las aspilleras de sus parapetos; desde la retaguardia norteamericana se les podía ver como una cinta que circundaba las colinas en varias filas y que una y otra vez surgía de la tierra para arrojar un muro de plomo mortífero. La presión se mantenía, no obstante, a lo largo de toda la línea del frente, desde los blocaos y trincheras de la cresta principal de las Lomas hasta la elevación misma de la Caldera más al norte.

A mil metros de distancia de los primeros parapetos, los cadáveres y los heridos llenaban ya el suelo y centenares de hombres buscaban refugio. La fuerza del número y la concentración de fuego que se hacía desde abajo podrían acabar sofocando a los defensores —muy inferiores en efectivos—, pero el coste en vidas que ello supondría estaba siendo espantoso. Eran casi ocho las horas de lucha y la balanza comenzaba a inclinarse a favor de quienes contaban con la posibilidad de ir renovando a los combatientes y arrojar más fuego por más bocas.

Era aterrador, pero a los que llegaban al pie del último trecho las pendientes se les antojaban cortas y, viendo tan cerca la meta, sintiéndose poderosos por lo compacto de sus filas y animados por las explosiones de los obuses que destrozaban las trincheras enemigas, saltaban a la voz de asalto de sus oficiales y, gritando para ahuyentar su miedo, avanzaban a pecho descubierto. Los novatos descubrían entonces en su propia carne que a novecientos metros de distancia una bala de máuser podía atravesar de parte a parte a una persona; eran tantos y estaban tan cerca los asaltantes que ni tan siquiera era necesario apuntarles, caían a racimos, por filas completas. Compañías diezmadas se retiraban en desorden o se apiñaban en el suelo

entre los cadáveres de sus propios compañeros, mientras un atroz y certero fuego que surgía de aquellos tipos furiosos y locos, que debieran haber muerto mil veces, cruzaba de nuevo por encima de sus cabezas en busca de las nuevas oleadas de ataque que salían una y otra vez de la manigua. El estupor crecía entre los asaltantes, aquello no era posible, no podría durar mucho más.

***

Theodore Roosevelt —más conocido como *Teddy* en la prensa que le jaleaba— era, sobre todo, un temerario. Bocazas y fanfarrón, pero arrojado y despreciativo del peligro si este se le plantaba enfrente. No faltaba quien afirmaba que su supuesta valentía era simplemente la inconsciencia de aquel a quien todo le ha ido bien siempre en la vida y se sabe, además, respaldado; en aquella aventura cubana, una guerra que él se había ocupado casi personalmente de organizar, lo estaba realmente bien: toda la naciente potencia humana e industrial de Estados Unidos de Norteamérica se disponía a ocupar la porción del planeta que hombres como Alfred Mahan —el ideólogo naval del expansionismo norteamericano—, Randolph Hearst, el presidente MacKinley o el mismo Teddy Roosevelt habían afirmado que les pertenecían por derecho propio. Su persona representaba los intereses del naciente lobby militar industrial y estaba plenamente identificado con lo que algunos llamaron *el destino manifiesto* de Estados Unidos. Su nación era la más fuerte del hemisferio y países decadentes como España debieran ser arrojados al otro lado del Atlántico. *Eso para empezar*; se decía para sí.

Tras abandonar su puesto de Secretaría de Marina desde donde tanto intrigara para facilitar el estallido de la guerra, Roosevelt se incorporó al ejército, recibió el grado de teniente coronel y se puso al frente del 1.er

Regimiento de voluntarios de caballería, los pomposamente autodenominados *Rough Riders*.

Quienes les conocieron en los primeros días podrían haber pensado que iban a ganar la guerra ellos solitos. Un golpe a su orgullo fue tener que librarla sin caballos, pues la deficiente organización del novato ejército de Estados Unidos obligó a dejarlos en Tampa ante la dificultad de su embarque. Casi lo agradecieron aquel tórrido 1 de julio en su doloroso avance hacia San Juan bajo el fuego, pues de nada les habrían servido en aquel asqueroso terreno. En realidad lo accidentado de la zona y la vegetación tropical habían impedido en gran medida el despliegue en orden cerrado de las tropas; aquello sin duda les salvó en un primer momento. Si hubieran atacado de esa forma, confiados en su aplastante superioridad numérica, habrían cosechado casi con seguridad un sangriento fracaso ya en las primeras horas: unida a la inequívoca voluntad de resistencia mostrada en las trincheras aquella mañana frente a Santiago, la superior calidad del armamento de los infantes españoles devenía una fuerza letal; los máuser hispanos ofrecían potencia, alcance y una cadencia de tiro que convertía en obsoletas las carabinas Springfield y los fusiles Krang-Jorgenshen de los norteamericanos. Por parecidas razones, en 1870, ante los pueblos de Saint-Privat y Gravelotte, las tropas francesas hicieron pagar a los prusianos un aterrador precio en sangre por su victoria; nadie había aprendido todavía la lección. Era necesario romper por alguna parte el equilibrio de muerte ante las trincheras.

Los *Riders* llevaban varias horas esperando su momento y el mismo Roosevelt estaba ansioso por entrar en acción. El mando les tenía como reserva; en los días anteriores, cuando el ejército norteamericano avanzó desde la cabeza de playa de Daiquiri hacia el interior para tender el cerco a Santiago, habían descubierto de golpe que estaban en una guerra de verdad: llenos de estúpida suficiencia se arrojaron sin tomar precauciones sobre el desfiladero de Las Guásimas y los españoles, bien atrincherados, les cortaron en seco. Por alguna extraña razón después de aquello, los enemigos se replegaron. Roosevelt no había sabido qué pensar cuando vio al viejo general Wheeler picando espuelas y gritando ¡*Duro con los yankees, que se retiran*!,

confundiendo aquella campaña con las que viviera durante la guerra entre los estados treinta y cinco años atrás. Se dijo que chalados como Wheeler le darían color a la campaña si acababa en victoria —como no podía ser de otra forma—, pero en caso de sufrir una derrota serían un descrédito absoluto para Estados Unidos. Por lo que a él concernía, no estaba dispuesto a que ningún imbécil arruinara la espléndida victoria que tenían ante las manos si hacían lo que debían y no se dejaban desanimar por unas pocas bajas.

Teddy recordó los toques de corneta de los españoles llamando a reagruparse antes de perderse en la espesura camino de Santiago y se puso enfermo. Aquello transcurrió en escasos minutos, pero fue una lección que esperaba no olvidaran sus hombres; en una guerra, por muy torpe que sea el enemigo, si haces lo que no debes, te matan. *Bueno*, se dijo, *ahora los muchachos ya tenían algo personal con el enemigo*; en las ensangrentadas Lomas de San Juan, o en aquella asquerosa colina de la cafetera, iban a demostrar al mundo de qué eran capaces y él, Teddy Roosevelt, sería quien llegara primero a su cima y con ello al corazón de América, gracias a aquella maldita ciudad, de aquella maldita isla, de aquellos malditos españoles, en aquella maldita guerra.

A eso de la 13.00 del día 1 de julio, el teniente coronel Theodore Roosevelt salió de súbito de sus meditaciones y, de bruces sobre el borde de una zanja convertida en improvisada defensa, se volvió hacia un hombre presuroso que se acercaba a toda prisa; barro húmedo cubría todavía sus polainas y pantalones crudos, su guerrera había desaparecido y la camisa azul oscuro de su uniforme aparecía envuelta en sudor; parecía agotado. Le reconoció, era el capitán Mills, uno de los enlaces del Estado Mayor.

—¡Mensaje del mando, señor! —logró este chillar, entrecortado por el esfuerzo de una larga carrera—. ¡De manos del general Shafter para usted!

El baile va a empezar, pensó Roosevelt. Recogiéndolo, se sentó mientras rasgaba el sobre lacrado. Varios oficiales en su torno apenas disimulaban su excitación: unos seguían observando la cercana colina a través de sus prismáticos o pretendían dejar a su jefe que leyera sin molestarle, todos ellos preocupados.

—¡Ajá…! —Su exclamación logró que diez pares de ojos le miraran ansiosos—. Ahora nos va a tocar a nosotros caballeros… Shafter nos ordena que asaltemos y tomemos la colina de inmediato. —Y como quiera que tales noticias parecieron despertar cierta inquietud, insistió—: Se ordena a nuestra brigada que se concentre en el flanco derecho sobre la posición Kettle y que la tomemos al asalto.

Aquello sí tenía sentido, Kettle era una posición relativamente aislada que dominaba la cresta de las Lomas de San Juan. Sólo asaltarla podía resultar ya decisivo, al defenderse no podría cruzar sus fuegos con los de las Lomas, facilitando el ataque a estas. Si caía, las lomas se volverían indefendibles, un último empujón y ¡arriba todos! Santiago a la vista. *Alguien pensaba con la cabeza. Ya era hora*, se dijo.

Insistió, mirando a sus oficiales:

—La artillería enemiga hace fuego intermitente y la nuestra está redoblando su bombardeo. Dejaremos que ablanden un poco más a esos bastardos antes de ir allí y aplastarlos. ¡Y seremos nosotros, los del 1.º de Caballería quienes lo hagamos! —dijo olvidándose de las dos brigadas con seis regimientos que englobaba la División Summer a la que pertenecían.

Continuaba el fragor y el caos sangriento a unos mil metros al sur, en el frente de las Lomas. Salvo que parecía haber muchos más impactos en la cumbre, todo parecía igual, nadie lograba avanzar más allá de la mitad de la pendiente por mucho que unos lo intentaran por un lado o por otro.

Pero ante Kettle —en cuyo pie, algo retirados se encontraban— los regimientos de la División Summer a la que pertenecían se disponían al contragolpe decisivo.

—Mirad —señaló un capitán agitando sus prismáticos hacia una trocha cercana por la que unos esforzados infantes empujaban unas pesadas cureñas con grandes ruedas de radios. La forma de los tubos que sostenían permitía sospechar la naturaleza de las piezas.

—Parece… parece que están intentando acercar ametralladoras Gattling a la línea de tiro —dijo otro de los hombres de la plana mayor.

—Exacto —afirmó el teniente coronel Roosevelt—. En cuanto emplacen esas Gattling, y que nadie dude de que esos bastardos del ejército lograrán hacerlo, barrerán a todo bicho viviente que intente detenernos al subir a esa asquerosa colina. ¡Maldita sea! Vamos a movernos deprisa, caballeros. Marchen al encuentro de sus compañías e inicien la aproximación. No quiero que esos jodidos negros mestizos de mierda del 10.º lleguen arriba antes que nosotros. ¡Les quiero a todos en las posiciones de asalto dentro de quince minutos!

Guardando el mensaje en un bolsillo de su guerrera añadió:

—Cuando toquen carga espero que nadie se eche atrás o se las tendrá que ver conmigo. ¡Eso es todo, caballeros!

ANEXO I

(continuación)

«(…) Pasaron semanas de inacción. Las discusiones entre los mandos fueron continuas pero siempre actuamos con cohesión y unidad. En realidad nunca se perdió la conexión telegráfica submarina con La Habana; el cruce de informaciones y órdenes no cesó. Como era de esperar nuestra presencia fue el imán que atrajo al enemigo. No saliendo cuando pudimos haberlo hecho, ahora corríamos el peligro de vernos forzados a hacerlo si las defensas terrestres de Santiago de Cuba eran superadas. Sobre el 20 de junio celebramos una nueva reunión del Estado Mayor.

»(…) Cuando salí de la cámara del almirante Cervera la sensación de que todo estaba perdido era casi absoluta. Todas mis palabras, mis consejos, las aportaciones de Víctor Concas, su *capitán de banderas* —comandante del buque insignia—, y es de suponer que Cervera tendría especial consideración a sus planteamientos, todos nuestros esfuerzos, en fin, por encontrarle una solución a aquella ratonera se topaban con un muro de piedra: ni hablar de una salida por turnos, nada de intentarlo de noche, ni pensar en un ataque de los destructores como Villaamil propuso, cualquier otra cosa que no fuera hundir los buques —algo que el pundonor profesional de todos rechazaba— o salir cuando la ciudad cayera o Madrid lo exigiese, había sido negado por la mayoría del Estado Mayor de la flota; el pesimismo de Cervera era contagioso… Demasiados despropósitos los que se acumulaban, como si nos

hubiéramos resignado a la derrota, como si el vértigo del desastre y la muerte nos hubiera atenazado sin remedio. Estaba furioso y casi cegado por la rabia, le hubiera presentado mi dimisión, pero pude contenerme, aquello hubiera sido cobarde y estúpido; además, lo que a mí me rebelaba era tener que resignarme al fatalismo del que espera lo inevitable, cuando lo que todos deseábamos era luchar.

»Tras varios días de choques esporádicos con las fuerzas yankees desembarcadas en Guantánamo primero y Daiquiri después, nuestro ejército se estaba replegando por escalones hacia la ciudad. En Guantánamo la gente del general Pareja se había portado muy bien; sólo con los medios locales disponibles, habían contraatacado la cabeza de playa de los marines y les empujaron hasta el mar la noche siguiente al desembarco; sólo un asalto masivo de una columna cubana pudo salvar a los yankees de un desastre. Entre los ataques por retaguardia de los mambises y el fuego de los cañones pesados de la flota americana ante la playa, Pareja se vio obligado a soltar la presa y atrincherarse más en el interior.

»Desde aquello, los avances yankees hacia Santiago no cesaron. Seguían el Camino Real en la línea Guantánamo-Daiquiri, y, abandonando la costa, Sevilla, El Pozo y El Caney, tras el cual se encuentra la población de Santiago. El general Rubín de Celis les salió al paso en el desfiladero de Las Guásimas, entre Sevilla y la costa, pero aunque el encuentro y la posición resultaron favorables, la superioridad local resultaba pasajera: el Cuerpo Expedicionario de Estados Unidos era el que venía avanzando casi al completo. El gobernador militar del Distrito de Santiago, el general Linares, ordenó una retirada en escalón hacia una defensa avanzada que permitiera mantener los vitales campos de cultivo y las presas que surtían a la población; se formó una línea exterior con posiciones fuertes en las alturas que separaban Santiago del Camino Real, el eje enemigo. No era mala disposición, pues marchando el Camino en diagonal a las defensas, el enemigo debía atacarlas de frente o arriesgarse a dejar un flanco al descubierto. La pena estaba en que Linares no tenía fuerzas suficientes para asegurar la ciudad, contener a la

guerrilla cubana y luchar contra una fuerza de maniobra tan grande como la que le caía encima.

»En el perímetro defensivo de Santiago, los ataques de tanteo enemigos eran constantes, y el general Linares nos había comunicado que esperaban de forma inminente un asalto en toda regla, solicitando el concurso de nuestros hombres; cuando el almirante me encomendó el mando de las columnas de desembarco que enviaríamos a la lucha encontré en ello una liberación. Y creo que él también la tuvo al verme desembarcar aquel 21 de junio del malhadado año de 1898.

»La falúa que nos llevó al muelle iba llena de hombres de mi plana mayor, cajas de suministros y munición. El ambiente en la ciudad era muy tenso, tropa por todas partes, heridos conducidos a pabellones e iglesias convertidos; los civiles también se habían movilizado y se veía a muchos voluntarios haciendo todo tipo de tareas; faltaba de todo, comida, medicamentos, pronto hasta el agua. Si el cerco se estrechaba y nos arrojaban de la franja agrícola que rodeaba la ciudad no podríamos mantenernos. Aquello no era una fortaleza militar, sino una próspera, hasta entonces, capital provincial, con miles de habitantes civiles; familias, mujeres, niños. La agresión yankee estaba provocando terribles sufrimientos a la población y poco podíamos hacer por evitárselos. Mientras se concentraba el grueso de los hombres llegaron varios enlaces del mando y nos indicaron dónde podríamos establecernos. Todo fue rápido y tenso, pero era evidente que la actividad aquella de formar las compañías, avituallarnos, contactar con las fuerzas de tierra y disponerlo todo para un combate en el que por fin podríamos ver la cara del enemigo resultaba un tónico para la moral de mi gente, tan aplastada por la espera en el interior de los buques.

»En el tiempo que medió entre nuestro despliegue de apoyo y el comienzo de las maniobras enemigas encaminadas al asalto de la plaza, apenas tuve tiempo de organizar un centro de operaciones con varios oficiales y enlaces. Los marineros e infantes de marina estaban agrupados por los buques de los que procedían y fueron asignados a diversos puntos de las defensas. Por mi parte, la labor principal consistía en coordinar el esfuerzo de nuestra gente

con las fuerzas de infantería que constituían el grueso de la defensa, asegurar el contacto con la flota y, llegado el momento, marchar al frente con las compañías mixtas de infantes de marina y otro personal naval que había dispuesto como reserva.

»La tarde del 31 de junio de 1898 la tensión llegó a su grado máximo. El enemigo se concentraba para el asalto en dos puntos cercanos a la rada de la bahía en su ribera sur: la pequeña población de El Caney, donde un fortín protegía la presa que abastecía de agua la ciudad y las Lomas de San Juan, conjunto de colinas que separaban las primeras líneas de defensa de las ciénagas y los campos de caña situados más al sudeste. Desde allí se podría batir la ciudad y con mucho menos esfuerzo alcanzar la costa interior, la rada de la bahía. Estábamos obligados a reforzar aquellos puntos avanzados, pero también a mantener el grueso de las reservas cerca de la carretera de Manzanillo, al otro extremo del perímetro, por donde avanzaba a nuestro encuentro la columna del coronel Escario con tres mil hombres. Recibí órdenes de concentrar a mi gente en Dos Caminos, en las afueras de la ciudad, desde donde era fácil acudir a la defensa del fortín de La Canosa, primera línea tras San Juan, si las cosas se complicaban. Con los apenas 450 infantes y marineros de la reserva poco más podíamos hacer.

»Estaba intentando dormir algo en la caseta donde dispuse la plana mayor en espera de acontecimientos, cuando uno de mis ayudantes me hizo levantar. Salí de la habitación donde dormitaba y en la salita que nos hacía de sala de reuniones encontré a un hombre alto, de patillas algo canas; don Luis Baltar, capitán de los voluntarios cubanos que nos había sido asignado como enlace estaba allí plantado; parecía muy nervioso y cuando me miró no sé si noté alivio o temor en sus ojos. Nunca, nunca se me olvidará aquella conversación y lo que ocurriría a continuación.

»—Don Joaquín…, mi capitán. Nos han traído de la carretera de Manzanillo a un oficial de marina que intentaba cruzar las líneas enemigas y entrar en la plaza.

»—¿Cómo un marino? ¿Que intentaba entrar en Santiago dice usted?

»—Afirma pertenecer al Servicio de Información Naval y venir directamente de La Habana. Traía consigo unos documentos que insistió se los hiciéramos llegar a usted —me respondió Baltar, algo aprensivo por mi posible reacción, tan extraño era todo aquello.

»—Pero ¿dónde está ese hombre ahora? —dije. La verdad es que aquello era completamente inesperado.

»—Aquí —dijo, y volviéndose hacia la puerta, ordenó—: Martín, haga pasar al prisionero.

»Martín era un brigada cubano que había servido con Baltar desde hacía años; entró en la habitación dando paso a una escolta de sus hombres que traían consigo a un hombre alto, de unos veinticinco años, vestido con un sucio uniforme de campaña de la Armada. Los soldados que le rodeaban venían aferrados a sus fusiles máuser, cubiertos sus pechos por las cartucheras de cuero reventadas por el peso de la munición. Estaban tensos, sus rostros curtidos por el sol mostraban una determinación absoluta; era evidente que no sabían si aquel a quien traían era amigo o enemigo y también que confiaban hasta la muerte en sus mandos. Viéndoles allí, con sus gastados uniformes, su calzado destrozado, las huellas de las privaciones en sus cuerpos enjutos, me dije que si pese a todo aquello mostraban tal fortaleza de espíritu y voluntad de combatir a los yankees no todo estaba perdido. En toda aquella maldita guerra lo mejor, lo único que se salvó por nuestra parte fue, en realidad, la grandiosa capacidad de entrega y sacrificio de los soldados españoles, de esos hombres arrancados de sus casas y de sus sencillas vidas, llamados a defender una patria que bien poco había hecho por ellos.

»El desconocido miraba a su alrededor con los ojos llenos de curiosidad; detalle que no pasó desapercibido. El teniente de navío Aznar, del *Teresa*, y en tierra uno de mis ayudantes, expresó en voz alta lo que a todos nos asaltó:

»—Pero… ¿qué clase de espía es usted? —le dijo (…).»

5

Carretera de Manzanillo-Santiago

31 de junio de 1898, S/P. 22.30

Caigo en el vacío. Son unos segundos pero parece que me voy a matar. Un cenagal me frena. Chapoteo como puedo y me arrastro buscando tierra firme. Tallos y ramas me hieren; no veo nada, es noche cerrada y debo estar en una zona hundida donde todavía se ve menos. Gritos. A la derecha, a unas decenas de metros, voces recias. ¡*Alto, alto! ¿Quién vive? ¡Cabo de guardia*…! Son centinelas y, por su acento, peninsulares. Debo estar justo al lado de sus posiciones. Las cañas altas que bordean el fangal me indican que debo estar efectivamente en Cuba. El *flashazo* de la máquina me ha dejado a un metro de altura sobre un mar de barro. El susto que me ha dado la caída todavía me dura. Estoy sucio de tierra y agua por todas partes; mi flamante uniforme blanco de hace un rato, es decir, el de dentro de catorce años, está quedando destrozadito con todo esto. Corro peligro cierto de que estos tipos de ahí arriba me vuelen la cabeza, así que elevo las manos y les grito que estoy allí, que no tiren, que soy yo. Creo que estoy empezando a ponerme nervioso.

Un terraplén de tierra y arena; varias sombras caen a mi alrededor; empujones y gritos, un culatazo entre los hombros me derriba; me arrastran, me llevan en volandas hasta la trinchera cercana, atrás resuenan disparos, uno,

dos, luego un montón. Los de enfrente se han despertado con todo este lío, pero ya estamos a salvo. Por ahora.

Paso unos momentos de angustia, los soldados están más asustados que yo; es una de esas situaciones en las que te pueden matar a la mínima y sin preguntas. El uniforme y mi acento me salvan. El cabo de guardia me traslada al mando cercano; atravesamos una red de trincheras y nos alejamos del frente. Tras una línea de sacos terreros y alambre de espinos, ante una casa de una planta junto a la carretera de tierra batida que sale de Santiago (no me queda duda alguna al respecto), se encuentra un oficial rodeado de soldados. La luna destella en sus bayonetas y en las insignias regimentales que llevan en los cuellos. Es un tipo alto, con bigotes y patillas «a lo Francisco José», su guerrera de rayadillo está muy bien cortada y porta una especie de quepis negro y blanco con insignias doradas; un fino tahalí escarlata sostiene su sable; la funda de cuero del revólver me recuerda de inmediato las usadas por los oficiales de Ming en la serie *Flash Gordon*. ¡Estoy desvariando! Le llaman; es el capitán Baltar, oficial de los voluntarios cubanos, un gallego de La Habana, muy respetado entre sus hombres. Los datos del informe previo vienen a mi mente a borbotones; debe ser el miedo. Pero Baltar es uno de los que se nombran como actores en esta historia, así que todo va bien, no va a fusilarme. No, no creo.

—Bien, ¿qué tenemos aquí, Martín? —dice el capitán dirigiéndose al brigada que manda mi escolta.

—Un desertor, mi capitán —suelta el sujeto.

Todos me miran…

—Le cogimos cuando saltó nuestras líneas, los centinelas le dieron el alto y huyó, pero los hombres se tiraron a por él y le hemos pillado —sentencia.

¡*Será cabrón*!, pienso. Ahora es cuando si me callo acabo ante un pelotón. Recuerdo las palabras de Victoria, mi instructora: «*Usted fue convincente, estuvo allí y lo hizo, la prueba es que estamos aquí*». No acabo de creérmelo, pero ahora no tengo tiempo, si no digo lo que debo estoy acabado, y Victoria también, donde quiera o cuando quiera que se encuentre.

—Capitán, exijo que me desate. Sus hombres no han atendido a mis razones. —Les devuelvo la mirada a todos, mis ojos acaban en los de Baltar —. Soy el teniente de navío Enrique Alberdi del Servicio de Información Naval, vengo desde Manzanillo con noticias y órdenes importantes para la flota y la defensa de la ciudad. Mis documentos están en la cartera. —Señalo con un gesto al brigada, quien se la entrega al capitán.

Baltar, asombrado, cambia de expresión al reconocer los sellos en los documentos. *La falsificación es perfecta*, me digo. ¡Como que es auténtica! Les digo que vengo en avanzadilla de la columna Escario, quien se encuentra a dos días de marcha; al oír esto les brillan los ojos. Mi escolta ha caído en una emboscada y yo trataba de llegar aprovechando la noche a las defensas de Santiago y cruzarlas sin que me matasen ni los insurrectos ni los leales. Así que le pido que me lleve lo antes posible con el mando de las fuerzas navales desembarcadas. Se lo exijo.

Parece que ha colado, pero los tipos no se fían. Baltar ordena que me conduzcan a Dos Caminos. Bien, allí está Bustamante. El gallego viene con nosotros.

Una hora más tarde, en un carro de mulas, llegamos ante una casa de planta baja con un elegante porche cubierto. Hay vivacs de marinos por todas partes. Los fuegos tiemblan ante el fresco nocturno y tiñen las lonas de las tiendas de campaña. Debe haber aquí más de doscientos hombres, parte de la reserva que entrará en combate mañana. La última noche para muchos.

Baltar se atusa los bigotes y entra; de inmediato me hacen pasar a mí.

Él está allí.

Es el mismo de hace unas horas, el mismo de dentro de 14 años. Su foto venía en toda la prensa de Manila. Es don Joaquín Bustamante, capitán de navío, jefe de Estado Mayor de la Flota de Cervera, comandante de las fuerzas de infantería de marina y de marinería que han acudido a la defensa de Santiago. Casi parece más viejo ahora, tiene menos canas, está más delgado pero acusa la tensión del momento. El hombre que tengo ante mí vive la víspera de su muerte, está desesperado; recuerdo a mi hermosa instructora de nuevo: *«Cuanto propuso* [Bustamante] *para que la flota se librara de su*

destino de destrucción fue desoído; si el desembarco de sus fuerzas no hubiera contado con todo el material necesario y presente en los barcos, aquella acción habría acabado en fracaso y posiblemente este hombre se hubiera hecho matar en el frente. Tu presencia y el mensaje que le vas a transmitir le darán la esperanza que necesita».

Un oficial joven de los que estaba dentro de la casa sorprende mi mirada de curiosidad y me pregunta qué clase de espía soy. Sonrío y le miro a los ojos. *De los suyos, señor teniente*, le digo. De inmediato les cuento la historia preparada, que si hay noticias llegadas por cables, que si el mando de La Habana me ha desplazado con información vital, todo eso; consigo que se fijen en la cartera con los informes, allí están los mapas del dispositivo americano y la relación de fuerzas: pasan de preguntarse quién soy a considerar si deben tomar en cuenta esta información. Coincide con lo que ellos saben, lo complementa. Bustamante pide a todo el mundo que se retire a excepción de Aznar —así se llama el teniente— y Luis Baltar.

Van a interrogarme, todavía no saben si fusilarme por desertor o darme un mando. Decido adelantarme.

—Capitán Bustamante. Es imprescindible desmontar cierto material de los barcos, apenas restan unas horas de esta noche para hacerlo y poder llevarlo al frente —digo.

—¿Desmontar el qué dice usted? —Bustamante me toma por loco, está a punto de pedir al brigada que entre y me conduzca a algún agujero.

—Sí, capitán, los barcos no pudieron partir de Cádiz con toda su dotación de pertrechos y el Ministerio de Marina ha sabido que en algunos de los casos se trató de sabotaje. En la batalla que se aproxima, la diferencia entre victoria y derrota puede estar en que se le hayan negado a nuestros hombres medios para su defensa. —Digo esto muy convencido; con mis manos, ya libres, busco y saco una relación. Se la entrego.

Bustamante la mira con detalle.

—Esto se ha debatido ya, caballero, y se optó por no desmontar ningún material más… —Me fulmina con la mirada.

—Capitán, no lo entiende usted. El Ministerio le está haciendo llegar datos sobre el dispositivo de ataque enemigo. En Canadá y en Washington hay compañeros que se están jugando la vida para recabar estas informaciones. Mañana se atacarán estos puntos, es preciso que se les espere allí con todo lo que se tenga y si por un sabotaje repugnante faltaran medios decisivos, tarea suya es poner remedio a eso y asegurar la victoria.

He acertado. La mención a la red de espías españoles en Canadá les ha supuesto un choque; si yo conozco ese dato es que debe ser cierto lo que afirmo, todos se han quedado muy sorprendidos, no deben saber nada de esa red canadiense. No, Bustamante ha dado un respingo al oírme, sabe de qué hablo, él sí. Discuten entre ellos. Ahora sí que me han escuchado. Es evidente que estas opciones que les propongo las han valorado, pero ahora se ven obligados a retomarlas.

Mañana, las Lomas de San Juan, la Colina de la Caldera y El Caney serán duramente atacadas, ¿qué hará Bustamante?

¿Tomará una iniciativa que será decisiva, como parece que alguien está intentando frenar, dejando sin dientes a sus fuerzas?

¿Se quedará quieto cumpliendo órdenes y se pondrá a la cabeza de un contraataque suicida cuando la batalla se encuentre ya perdida como ocurrió en mi propia línea temporal?

6

Colina de la Caldera

1 de julio de 1898, S/P. 12.20

El cabo Lertxundi escupió sangre mientras caía al fondo de una trinchera atestada de humo, disparos y barro. Se retorció de dolor hasta conseguir recogerse contra la pared contraria del parapeto. La bala le había alcanzado en el fusil y este, al partirse, le golpeó con dureza en la cara. El susto había sido espantoso. Durante unos minutos se quedó como paralizado, mirando sin ver la danza de sus compañeros con la muerte que entraba y salía de la posición.

El asalto enemigo había cesado hacía una media hora, pero el hostigamiento era continuo. La mayoría de los hombres de la compañía de Lertxundi aprovecharon para acurrucarse a cubierto; una persona por sección mantenía la vigilancia en su porción del frente de trinchera. Y en una de estas el disparo aquel le reventó en las narices.

El capitán Sánchez se inclinó sobre el herido y pronto se dio cuenta de que estaba simplemente conmocionado, sin herida alguna salvo el choque. El navarro Lertxundi era el mejor tirador, con diferencia, de la compañía. *Había que echarle una mano*, se dijo el oficial. De inmediato, ordenó a dos hombres que le llevaran al puesto de socorro.

—Esto se le cura con un cubo de agua en la cara. Lleváoslo ahora mismo al sanitario. Y procurad estar de vuelta con él antes de que empiece el baile

de nuevo —dijo.

Tomás Lomba y Luis García, soldados del regimiento *Asia*, tomaron a Lertxundi y le ayudaron a levantarse.

—¡Venga, coño! Que no hay pa' tanto —le animaba García mientras recorrían el ramal hacia el centro de la Colina.

Se le llamaba a esta «de La Caldera», por tener una depresión en lo más alto, donde en tiempos hubo eso, una caldera de tratamiento de la caña de azúcar. Ahora consistía en un montón de chatarra rodeado de pertrechos militares, armas y decenas de heridos y cadáveres. El llamado puesto de socorro no era más que un espacio a sotafuego donde recoger a los heridos en espera de su traslado a la retaguardia. La situación en la que se encontraba la posición, sufriendo asaltos consecutivos desde hacía seis horas, volvía eso imposible. Dos camilleros con insignias de la Cruz Roja intentaban remediar en algo el sufrimiento de los heridos con vendajes, torniquetes, algo de yodo y mucho ron de caña.

Lomba se acercó a un tonel de agua y tomando un cubo lo arrojó como quien baldea una cubierta sobre el rostro de Lertxundi. Pingando, este se echó atrás y estalló en toses.

—¡Pero qué haces, desgraciado! —exclamó.

—¡Vaya, cabo, si resulta que está usted vivo!

—¡Vivo y revivo, rediós! ¡Ag! Qué me habéis hecho… —Escupía y sacudía la cabeza.

El revuelo que causaron con todo aquello hizo que muchas miradas se volvieran hacia ellos. Luis García empujó a sus compañeros hacia el borde terroso de la hondonada convertida en fortín donde se encontraban y logró que se sentaran.

—Cabo, si está usted mejor deberíamos volver a la trinchera —dijo. Estaba más temeroso de que uno de los estúpidos oficiales que por allí pululaban les dijera algo que de afrontar las balas enemigas.

—¡Eh, mirad eso! —Lomba señaló a un grupo de marineros que arrastraban una especie de pequeña pieza de artillería.

Efectivamente. La depresión de la caldera no sólo reunía los heridos del sector, era el depósito de la unidad, pero ahora parecía todo un fortín. Allí se había estado trabajando a destajo, decenas de marineros estaban colocando sacos terreros en todo el perímetro superior de la hondonada y protegiendo especialmente algunos puntos. Pesadas cajas de munición y piezas de extraña forma eran allí conducidas.

—¿Qué es todo eso, cabo? —preguntó Lomba.

El novedoso panorama espabiló a Lertxundi.

—Eso, muchacho, son ametralladoras *Maxim* navales. ¡Parece que se va a animar un poco más este baile! —respondió.

Luis García golpeó su cantimplora y dijo a sus compañeros:

—Un traguito de ron con miel al estilo canario nos vendrá muy bien antes de regresar al matadero…

—A saber dónde conseguiste la miel, ladrón… —rio Lomba al tiempo que tomaba un buche.

Eran muy buenos amigos. Lomba era un federal convencido y le caía muy bien Lertxundi, cuyo padre también lo había sido. Ninguno de ellos se pudo librar del reclutamiento obligatorio; habían ido a parar a Cuba cuando estalló la insurrección tras el fracaso de la propuesta de la autonomía de Maura. Tomás siempre decía que la culpa de la guerra la tenían los opuestos a la autonomía plena, los que él llamaba «los reaccionarios»; era un apelativo que no se le caía de la boca; como buena parte de la oficialidad se había formado en la lucha contra el carlismo tradicionalista, no era algo que le causara muchos problemas. El navarro, su cabo, siempre le pedía que cerrara el pico «por si las moscas».

Sánchez, el capitán, que era masón y republicano, conocía las simpatías de su subordinado; cuando Estados Unidos entró en guerra, comentó varias veces en voz alta lo ingenuo que había sido Pi i Margall al defender como modelo de democracia la estadounidense. *Serán muy federales, pero estos vienen a Cuba para quedársela*, no se cortaba en decir a quien quisiera oírle.

Desde hacía tres horas, y con mayor intensidad durante el tiempo muerto empleado por el enemigo para concentrar sus fuerzas para un nuevo asalto,

los defensores de La Caldera recibían la llegada de numerosos refuerzos: casi trescientos marineros e infantes de marina. No se les reconocía solamente por sus uniformes azules y sus Lepantos con el nombre de sus buques en el frente; se les notaba también mejor comidos y descansados que los sufridos miembros de la infantería. En otra circunstancia esto quizá hubiera causado suspicacias, pero ahora todos veían con alivio su llegada.

—¡Eh, ustedes! —Un oficial de la Armada se dirigía a ellos. Era… ¡un capitán de navío!—. ¿Qué demonios hacen aquí?

Se cuadraron los tres ante él. El cabo, ya repuesto, contestó:

—Hemos evacuado un herido y regresamos a la posición avanzada, mi capitán.

El padre de Lertxundi había sido marinero durante los asedios carlistas de Bilbao, incluso sirvió con Sánchez-Barcáiztegui; desde niño, aprendió a distinguir por la *mayonesa* de las bocamangas los empleos de marina. Por su parte, Lomba se quedó con la boca abierta de la sorpresa, reconoció de inmediato al marino; no recordaba su nombre, pero era el tipo aquel que se había presentado a diputado por Ferrol y batido en las urnas a Pablo Iglesias. *Con pucherazo, seguro*, pensó. Se dijo, no obstante, que por muy «reaccionario» que fuera, si había dejado las Cortes para venir a hacerse matar en aquella asquerosa colina merecía un respeto.

—Muy bien, pues ya tenemos guías —dijo el marino exdiputado. Era pequeño de cuerpo, pero enérgico. Llevaba una breve barba y sus ojos claros eran muy expresivos. Volviéndose hacia otro grupo de marineros exclamó—: Avisen a la compañía del *Oquendo*, ¡nos vamos a la posición!

Fue gritarse aquello cuando una granada estalló a unos metros del borde de la hondonada y un montón de tierra y polvo cayó sobre todos.

—¡Vamos, vamos, hemos de llegar allí antes de que comience el próximo asalto! —apuraba a todos el capitán.

Al poco, Lertxundi abocó el ramal que conducía a las trincheras y salió el primero. Con él, sus compañeros; detrás, un centenar de marineros con los fusiles cruzados y las bayonetas caladas. No sabía cómo acabaría la historia esta; el capitán Sánchez era un profesional, todos le respetaban, pero los

oficiales del Cuerpo General de la Armada…; su padre siempre dijo que «por marina tratas con más mulas que si vas por artillería de montaña».

El fuego artillero arreciaba por momentos. Dos tercios del perímetro de la colina estaban expuestos al enemigo y se recibía un tiro incesante. Agachados, avanzaron y avanzaron por entre los parapetos. La trinchera de la compañía del capitán Sánchez estaba destrozada. Los recién llegados se distribuyeron, cubriendo de nuevo la línea de tiros maltrecha por las numerosas bajas habidas en las últimas horas. Sánchez estaba muerto, caído de espaldas sobre otros tres cadáveres; media cara permitía reconocerle, la otra media estaba dispersa sobre un metro de barro repugnante. Incluso sin oficial al mando, la tropa mantenía la línea, pero apenas quedaba ya gente.

El capitán de navío se encontró con que era ahora el único oficial superior en la posición y dudaba. Lertxundi se puso a su lado y echó una mirada por encima del parapeto.

—Si atacan debemos marcar las rondas de fuego de los hombres con un silbato, mi capitán —comenzó a decirle. Al tiempo, dirigió su mirada hacia el campo enemigo, unos seiscientos metros ladera abajo—. ¿Tiene usted prismáticos?

El capitán sacó unos de una funda de cuero. Echó para atrás su quepis blanco para que la visera charolada no le molestara y se puso a observar.

Era tremendo. Abajo, fuera de la línea de tiro preciso de los fusiles, se veía una masa grande de tropas enemigas. Incluso se divisaban banderas regimentales por encima de las altas cañas que ocultaban los detalles. Tenían ante sí a los seis regimientos de las dos brigadas de la División Summer concentrándose: más de cuatro mil hombres. Cuando llegaron los marinos a La Caldera, no quedaban más de trescientos defensores ilesos.

—Dígame, cabo, ¿puede decirme si reconoce eso…? —El capitán señaló a unos hombres que arrastraban penosamente hacia el pie de la colina unas grandes cureñas de madera con ruedas de radios.

Tomando los gemelos, el cabo observó:

—Sí, creo que sí. Las hemos visto en el combate de Las Guásimas. Son ametralladoras Gattling. —Se le heló la sangre—. Si las emplazan estamos

acabados…

—Puede usted jurarlo. Cabo, toque ese silbato maldito. —De inmediato, comenzó a gritar volviéndose a un lado y a otro de la trinchera—. ¡Fuego, fuego, muchachos, fuego sobre la primera línea enemiga…!

La situación se había tornado muy peligrosa. Las trincheras seguían un trazado regular, circunvalando la parte media y superior de la colina. Eran rectas para asegurar una frecuencia y densidad de tiro defensivo mayores; incluso seguían el llamado modelo *carlista*, con la arena excavada esparcida por detrás del borde para marcar este menos y mimetizarse mejor con el entorno; pero frente a un ataque con ametralladoras ese trazado era mortal. Una sola máquina podría barrer la posición por completo, destrozando las cabezas de los defensores que osaran asomarse para hacer frente al asalto enemigo. Quedaban unos minutos hasta que las Gattling fueran dispuestas. Después…

Los estallidos de las granadas enemigas retumbaban. Arreciaba el granizo ardiente que recibía La Caldera, pero sus defensores continuaron el fuego; pronto la totalidad de las bocas de sus fusiles se volvió hacia los ametralladores enemigos que arrastraban sus máquinas, pero estaban fuera de tiro. Las baterías artilleras yankees comenzaron a concentrarse en la Colina para cubrir la acción decisiva. Abajo, a unos metros tras la primera línea enemiga, el 10.º de Caballería y el 1.º de voluntarios *Rough Riders* esperaban su momento para encabezar el asalto definitivo.

Tres silbidos casi fundidos en uno cruzaron sobre las cabezas de Lertxundi y sus compañeros. Tres estallidos tremendos casi acallaron el fragor general. Luego otros tres y otros tres más. Pronto, una nube completa. Sobre la posición enemiga, en el sector en el que se comenzaba a emplazar las Gattling, explotaban granadas a unos metros sobre el suelo, dejando caer millares de bolas de acero. Una lluvia de *Shrapnel*, las cargas de metralla antipersonal de fabricación alemana usadas por la artillería de campaña, devastó el área bajo los estallidos. Pronto la Colina dejó de recibir disparos de artillería. Estos se volvieron ahora hacia el origen de aquel fuego salvador.

La batería del capitán Patricio De Antonio.

—¡Bravo, bravo! Así, así, muchachos… —Lertxundi y sus compañeros gritaban. Volviéndose hacia el capitán de navío le dijo—: Nuestros cañones dejaron de disparar hace dos horas. Todos pensábamos que habían agotado la munición, pero… ¡No era así! ¡Nos han salvado!

El capitán de navío calló. Ocultó su rostro incluso. Sabía muy bien lo que sus hombres de confianza, como el alférez Aznar y otros, habían tenido que hacer para robar la reserva de munición y hacerla llegar a primera línea.

Pero la suerte de la jornada aún no se había decidido. Con un puñado de hombres maltrechos deberían resistir un asalto masivo. La sombrilla artillera enemiga se había desplazado, pero podría volver en cualquier momento.

Las baterías yankees redoblaron su pulso con las tres piezas Krupp del capitán De Antonio y sus artilleros.

Hacían fuego. Fuego sobre San Juan.

7

El Pozo, Camino Real Santiago-Daiquiri

Noche del 1 al 2 de julio de 1898, S/P

La noche cae en los trópicos con gran rapidez, de golpe, sin un crepúsculo digno de tal nombre: ahora es de día y de repente es de noche, sin más. Cuando la luz del sol se retiró sobre el campo de batalla, los combates ya habían acabado: desde su puesto de mando en El Pozo, una aldeíta en el camino entre Siboney y Santiago, el general Shafter intentaba en vano enterarse de qué podía estar ocurriendo en el frente. El coronel MacClernand, su ayudante de campo, trataba con los oficiales de la reducida plana mayor, despachaba con los enlaces que llegaban de continuo y les informaba de las novedades: Shafter era un hombre mayor, de unos sesenta y cinco años, y el calor espantoso, la angustia de la jornada y una malaria inmisericorde le tenían al borde de la postración absoluta. Sobreponiéndose como buenamente pudo, vio llegar a su tienda a cuatro generales del ejército expedicionario.

Faltaba Summer, desaparecido desde hacía horas, pero sintió el hablar fuerte del viejo Wheeler, el veterano sudista de la Guerra de Secesión y se sintió mejor; estaría algo ido —como se decía— pero tenía más experiencia de combate que todos los demás juntos; y Lawton. ¿*Cómo estará este hombre*?, se dijo Shafter, preocupado sobremanera, pues durante aquel terrible día había tenido que amenazarle con el fusilamiento para que le obedeciera.

Kent y Bates también estaban allí; todos llegaron dispuestos a informar sobre lo sucedido y a valorar la situación, y sus caras no reflejaban nada bueno; el brigadier Hawkins se sumó minutos después.

En las derrotas —se dijo Shafter mientras se abotonaba la casaca y se levantaba de su camastro— es cuando se tiene que actuar con mayor valor, pues de lo contrario un simple revés se puede convertir en un desastre irreparable.

Nubes grises de humo formaban barreras en el horizonte, tapando la luz de la luna y ocultando las estrellas. Algunos incendios tachonaban la manigua y se escuchaba el estallido de cajas de munición artillera; esporádicamente, un proyectil de grueso calibre salía zumbando del cubierto cielo nocturno para reventar en las ciénagas o en los campos de caña.

Por entre la noche y las trochas que atravesaban la revuelta llanura, miles de figuras escapaban, una multitud inmensa se alejaba en regueros del lugar donde el infierno se había mostrado.

Las noticias comenzaron a llegar, primero como rumores, después mediante los despachos portados por atribulados mensajeros enviados desde las diferentes unidades en retirada: *Tal Regimiento, tal brigada, nos encontramos a tantas millas del cruce de tal y cual, donde nos estamos reagrupando: muchas bajas; roto el contacto con el enemigo: solicitamos órdenes*.

La mayoría de los mensajes eran de ese tipo. Poco a poco, la información se fue completando, pero aquella noche ya había avanzado mucho para cuando en El Pozo comenzaron a tener una idea clara de cuál era la situación real.

Shafter y sus generales llevaban ya casi una hora reunidos intentando conocer las dimensiones del desastre, cuando MacClernand entró en la gran tienda bajo la que se había dispuesto una enorme mesa con mapas.

Las lámparas de petróleo que colgaban de los soportes oscilaban y la lona de paredes y techo se inflaba y batía con las ráfagas de húmedo viento que traía la noche tropical.

—Mi general… ¡Señor! —reclamó la atención de todos, casi gritando—. Tenemos noticias de Roosevelt. —Y volviéndose—: Pase usted, capitán Bradley.

Parecía que nadie le podía haber escuchado, tal era la algarabía de voces, pero por un instante se hizo el silencio, mientras un hombre joven con el uniforme destrozado se cuadraba ante Shafter.

—Díganos, capitán… ¿quién es usted? ¿Qué se sabe de los *Riders*?

—Soy el capitán Bradley; me envía el coronel Wood. Hace dos horas que llegó hasta la posición de nuestra brigada un superviviente de los *Riders* que afirmó tener noticias de lo sucedido al teniente coronel Roosevelt.

MacClernand interrumpió al agotado capitán.

—Parece cierta la información, señor. Por los datos que me han dado se trata del mismo hombre que se envió esta mañana como enlace, el capitán Mills —dijo el ayudante de Shafter mientras le miraba con preocupación.

«Esta mañana» era hacía más de catorce horas en las que el universo parecía haberse hundido.

—¿Por qué habla en pasado? ¿Dónde se encuentra ese hombre? —interrumpió Wheeler.

—Porque ha muerto. Llegó herido grave, pero traía con él un mensaje del teniente coronel Roosevelt y noticias terribles que confirman las peores informaciones.

—Caballeros, basta, ¡por favor! Cuéntenos qué ha pasado o lea ese mensaje de una vez.

Bradley sacó un pequeño pliego de papel fuerte e hizo ademán de entregárselo a Shafter. Este le indicó con un gesto que se dejara de dilaciones y que lo leyera de una vez.

—Está escrito en la parte de atrás del que se le mandó. Parece escrito con toda urgencia en primera línea. Dice: «*Para Gral. Shafter de Th. Roosevelt: Dispuestos los* Riders *para asalto. Órdenes de ataque dadas. Artillería enemiga vuelve a disparar con nuevo brío. Baterías propias neutralizadas o disminuidas. Pérdidas por lluvia de* Shrapnel*, las ametralladoras Gattling dispuestas ante Kettle. Enemigo muy mermado parece recibir refuerzos. Ordeno*

ataque inmediato. 13.30 h. Nos veremos en Santiago». Acaba con unas palabras de despedida, mi general…

Todos se miraron. O sea que las Gattling no llegaron a disparar ni un tiro, aunque no por ello se suspendió el asalto. La debacle comenzó poco después de esa hora. Al pasar el centro de gravedad del ataque a la posición Kettle, se confiaba en romper el dispositivo enemigo. La división Summer estaba menos castigada y sumaba casi cuatro mil hombres frente a los no más de trescientos cincuenta que podrían tener enfrente.

¿Qué demonios ocurrió?

Cuando parecía estarse luchando ya en lo alto de la colina y sus defensores ahogados por un asalto masivo del 10.º de Caballería y los *Rough Riders*, todo cambió de pronto. Desaparecieron las banderas que habían subido por la ladera y el asalto se hundió. La desbandada de los *Riders* fue contagiosa y la mayoría de las unidades que se habían pegado al terreno en el pie de las colinas emprendieron una retirada en desorden que sólo acabó cuando se dieron cuenta de que los españoles no les perseguían.

—Moribundo, el enlace nos aseguró que el teniente coronel Roosevelt cayó delante de sus ojos en el transcurso de la lucha. —El dolor y la sorpresa arrancaron murmullos a los oyentes y cada uno pareció encerrarse en sí mismo para poder soportar el relato de Bradley.

»Parece ser que la artillería enemiga —prosiguió este— no había sido destruida, comenzando un tiro demoledor cuando los regimientos 10.º y *Riders* se desplegaban para el asalto. La metralla segó a los sirvientes de las ametralladoras que iban a cubrir el avance y entonces el teniente coronel decidió lanzar de inmediato a sus hombres hacia Kettle conjuntamente con los hombres del 10.º.

Aquello era lo que sin duda había pasado. El enemigo estaba agotado y su fuego artillero de última hora, quizá las últimas granadas, no iba a frenar un asalto decidido. La decisión fue acertada. Pero…

—En un frente de varios centenares de metros de ancho los muchachos del 10.º, los *Riders* y numerosos cubanos atacaron de frente y comenzaron la

subida. Hubo muchas bajas, pero la embestida no perdió fuerza hasta llegar a las alambradas donde quedaron atascados…

Claro, como que a nadie se le había ocurrido proporcionar alicates y cizallas al ejército expedicionario. Pero todos callaron mientras Bradley parecía reponerse al rememorar lo sucedido.

—En un punto, varios hombres —continuó explicando— atravesaron un sector de las alambradas enemigas y todo parecía ganado cuando de repente comenzó un fuego cruzado de ametralladoras que segó a los que subían por decenas. Esto es algo que pudimos observar nosotros mismos desde el puesto de mando de la brigada. Los defensores supervivientes parece que se habían concentrado en torno a las ametralladoras y cañones y dejado acercarse a nuestros hombres. Es increíble pero retuvieron el fuego hasta tenerles a escasos metros, cuando se encontraban indefensos y sólo podían seguir hacia delante o morir. Los que habían logrado entrar entre las alambradas quedaron aislados y recibieron una invitación a rendirse…

Ahora sí que la sorpresa y el horror atenazaron a todos.

—Pero aunque los *Riders* se replegaban a la carrera, muchos reaccionaron al ver agitar nuestra bandera en medio de la ladera; Roosevelt y otros la clavaron entre las alambradas y se aprestaron a defenderla. Pudo verse que el fuego enemigo les cubría. Les dispararon a bocajarro y nuestro testigo afirmó que infantes de marina españoles venidos de Santiago aplastaron toda resistencia. Roosevelt murió arrojándose sobre las bayonetas enemigas sable en mano cuando hubo agotado sus municiones.

—¿Es… es cierto eso? —balbuceó Shafter.

—Todo parece indicarlo. Rechazados y diezmados los *Riders*, los que sobrevivían entre las alambradas destruidas y los cadáveres quedaron perdidos a su suerte y sucumbieron.

»Un último intento de asalto desde abajo fue igualmente frenado en seco y diezmado por la metralla enemiga, a la vez que el rumor sobre la muerte del teniente coronel y la masacre de sus hombres se extendió rapidísimamente, causándonos casi tanto daño como el plomo español. Cuando estaban reponiéndose todavía los supervivientes del encuentro, varios centenares de

infantes de marina españoles nos contraatacaron a la bayoneta, expulsándonos incluso de nuestras posiciones de partida; fue allí donde perdimos al general Summer y donde se produjo el hundimiento de ese sector del frente. Les mandaba un oficial de marina muy enérgico…

Y tanto que debía de serlo. La debacle ante Kettle causó una ola de pánico. Si los infantes de marina españoles que mandara aquel tipo desconocido hubieran sido unos pocos más, habrían llegado hasta El Pozo y cortado la retirada al grueso de las fuerzas que todavía aguantaban ante las Lomas.

Shafter tuvo que amenazar a Lawton con fusilarle si no abandonaba *ipso facto* el asedio de El Caney, unos cinco kilómetros al norte, para que acudiera con dos de sus brigadas a recomponer las líneas frente a Kettle. A todo esto Lawton, como todos los demás, callaba.

—Pero ¿cómo escapó el testigo? —preguntó Shafter.

—Fue herido por una bayoneta y dado por muerto. Cuando se puso el sol se deslizó entre los muertos hacia la manigua y se escabulló hasta nuestras líneas. Varios soldados le condujeron al puesto de mando del coronel Wood, que sustituyó a Summer tras su muerte. Fue allí donde nos refirió esta historia, pero llegó casi desangrado y le perdimos. Señor, creemos su testimonio fuera de toda duda.

—Esto no debe trascender ni recibir confirmación alguna; hasta que el cuerpo del teniente coronel Roosevelt no sea recuperado, la versión oficial debe ser que se encuentra desaparecido o prisionero…

—Creo que puede ser demasiado tarde, varios corresponsales estaban presentes, entre ellos Sylvester Scovel del *New York World*, así que me temo que la noticia puede estar ya en casa.

—Lo que nos faltaba —dijo Shafter, haciendo una pausa. *A ver qué escriben ahora esos plumíferos a sueldo de ese tipejo Hearst, con Roosevelt muerto y el ejército en derrota*, pensó—. Caballeros, si esta es la situación —insistió— estamos ante una crisis más grave de lo que pensábamos. No se trata de que hayamos sufrido un rechazo en una jornada de combate,

pudiendo reemprenderlo al día siguiente con nuevos bríos frente a un enemigo agotado…

Era evidente que no.

—Se trata de que tenemos a la casi totalidad de las unidades que han luchado frente a San Juan retirándose en un frente de varios kilómetros, prácticamente desorganizadas. Las bajas efectivas entre muertos y heridos —mostró con la mano abierta los estadillos que le estaban haciendo llegar— superan ya los tres mil quinientos hombres y quién sabe cuántas en esta noche aciaga; esto es más del 25% de todo el Cuerpo Expedicionario y no quiero ni pensar en la proporción entre los oficiales. Pero lo peor es que la moral ha sufrido un grave quebranto con todos estos hechos. No estamos en condiciones de atacar mañana, ni pasado tampoco. Necesitaríamos días para reorganizarnos e intentarlo de nuevo. Y en estos días el enemigo podría continuar reforzándose.

—Con todo respeto, señor. Eso es imposible —afirmó categórico MacClernand—. Santiago está cercado. Faltan víveres y municiones: la guarnición está agotada, sin apenas equipos: tienen miles de civiles que alimentar y hasta el agua les hemos quitado al tomar las presas de El Caney… No podemos ceder ahora. Esto ha sido el canto del cisne de la resistencia española. Reorganicémonos y ataquemos cuanto antes, están acabados…

Lawton, cuya unidad se había desangrado sin lograr nada, le cortó secamente:

—Eso de que tomamos las presas de El Caney vamos a dejarlo. Teníamos ordenado el asalto final a la posición cuando nos llegó la noticia del retroceso ante Kettle y la orden directa de acudir con las brigadas disponibles a tapar el hueco, así que en estos momentos sólo mantenemos allí un cerco más o menos efectivo. Todos los hombres muertos ante esa asquerosa aldea lo han sido en vano… —Estaba muy enfadado, pero se contenía. Prosiguió de inmediato—. ¿Y qué es eso de que están acabados? ¿Cómo explica usted el derroche de fuego artillero que han realizado? —dijo—. Por lo que sé, han estado a punto de perder la batalla en San Juan cuando sus cañones enmudecieron a mediodía, dejaron que les golpeásemos durante varias horas y

todos habíamos creído que habían agotado sus últimos obuses. Sin embargo reanudaron el tiro y acallaron nuestros propios cañones, dejándonos sin apoyo en el asalto final; cuando llegamos desde El Caney recibimos un fuego muy certero que nos clavó en las posiciones que ahora ocupamos. Y además han emplazado ametralladoras, cuando suponíamos que el ejército español no las poseía. Yo pensaba lo mismo que usted, pero después de lo que hemos visto en el día de hoy, no sé ya qué pensar.

—El ejército de tierra no, pero sí la Armada, y las Maxims que usan son de mayor calidad que nuestras anticuadas Gattling. El refuerzo viene de la Armada. Obuses, ametralladoras, infantes de marina, refuerzos.

»¿De dónde creen que parte el fuego de hostigamiento que estamos recibiendo desde hace horas? De los buques surtos en la bahía. Parece claro que la flota es el factor clave. No sabíamos a ciencia cierta si los barcos de Cervera habían llegado con fuerzas de infantería de marina y suministros o no. Pero lo de hoy nos demuestra que sí. Tanto podrían estar a punto de ceder como encontrarse con nuevos bríos si esos barcos resulta que traían esos apoyos —continuó pensativo el general Bates.

Aquello sí que tenía sentido. La defensa menos expuesta que el ataque y si había con qué defenderse se podrían causar muchas bajas al asaltante. Si Santiago tuviera realmente con qué afrontar un asedio, estaba comprobado que tomarlo por tierra no sería tarea fácil.

Pero con las bajas que ya se les había infligido a los asaltantes se había sobrepasado el cupo admisible con creces, reflexionó Shafter en silencio mientras proseguía la discusión. Con la gente maltrecha, millares de heridos, pérdidas importantes en oficiales y forzados a atrincherarse en un entorno agobiante por la humedad y un calor pavoroso, la moral se cuartearía por momentos. Quizá lo peor era la extensión de la malaria y la fiebre amarilla causantes de más bajas que los propios combates. Si el ejército expedicionario quería sobrevivir debía tomar Santiago cuanto antes o retirarse de inmediato a Sevilla, Siboney, Guantánamo y Daiquiri, donde reorganizarse, pero tal decisión sería reconocer una derrota ante los españoles. Washington no lo

permitiría, y además sería estúpido hacerlo cuando todavía contaban con múltiples bazas a su favor, ¿o no?

Si tales eran la opinión y los temores de Shafter, pronto encontró eco entre sus generales. El espectro atroz de una derrota en toda regla comenzaba a tomar cuerpo ante ellos. De súbito, la tela de la tienda se infló con un golpe de viento cargado de humedad y un trueno tremendo rasgó la noche mientras un pequeño diluvio tropical rompió a caer sobre la manigua. Poco iban a descansar en las horas que faltaban hasta el amanecer, pues la suerte de la campaña podía depender del acierto o error de las decisiones que tomaran.

Washington ordenaba no ceder, pero tampoco aprobaría un desastre, la mayoría de los generales opinaban que lo mejor era desistir de nuevos choques directos y mantener las posiciones o retirarse hacia las bases de partida, donde reagruparse, recibir refuerzos y llegado el momento intentarlo de nuevo. Se percibía el horror causado en todos ellos por las elevadas bajas; aquello era nuevo, luchaban en ultramar, no había una retaguardia amiga más o menos cerca y si se retiraban en derrota una debacle y la aniquilación eran posibles; otro día como aquel y todo habría acabado. Shafter tuvo que emplearse a fondo y recordarles a todos que pese a la inferioridad numérica y el estado desastroso de su ejército, los españoles combatían con decisión; sería totalmente indigno retirarse sin haber luchado mientras fuera posible hacerlo por la victoria.

Kent expuso con vehemencia la necesidad de un repliegue para evitar males mayores y contar con la posibilidad de un nuevo intento más adelante. Shafter sabía que aquello no era más que una ilusión; sin una victoria rápida, es decir, sin la toma inmediata de Santiago, el ejército expedicionario quedaría destrozado por las enfermedades y la extensión del desánimo.

—¿Y nuestra flota? ¿Dónde está la flota? ¿Por qué no entran en esa bahía y barren de una vez esos buques? —bramó el brigadier Hawkins, quien había escuchado en silencio todo el rato hasta entonces.

—Eso es. Debemos combinar un ataque con la flota. Mientras ellos fuerzan la entrada, nosotros atacamos por tierra. Es más, si lo logran Santiago

caerá sin combatir; con nuestros cañones en la bahía la plaza no tiene defensa —apoyó Lawton.

—No es tan fácil. Si entran tendrán a todos los cañones y torpedos enemigos esperándoles y dadas las características de la boca deberían ir pasando de uno en uno. Las fortalezas de la entrada de la bahía tendrían que ser destruidas o de lo contrario podría ser un desastre —avisó el propio Shafter.

—Pero tardaremos varios días en poder intentar un nuevo asalto. Precisamos concentrar toda nuestra fuerza para romper el perímetro… —dijo Bates.

—Me temo que no será sencillo: San Juan y El Caney solo eran posiciones avanzadas, las verdaderas defensas están detrás… Además, he recibido noticias de la llegada a Santiago a la caída del sol de una fuerte columna procedente de Manzanillo, posiblemente varios miles de hombres. Los cubanos aseguran que les han hostigado durante el trayecto, pero lo cierto es que han llegado en gran número. —Lawton sabía de qué hablaba.

Aquello fue definitivo. ¡*Miles de soldados de refuerzo, después de una jornada como aquella*!, por muy cansados que vengan, aquello era un notable refuerzo para los sitiados. ¡Valiente asedio en el que entran miles de hombres! La mayoría de los generales pidieron a Shafter la retirada. Este mismo estaba convencido de que lo mejor era replegarse ahora, y retrasar el siguiente ataque para no arriesgarse a una nueva derrota; otra masacre como la sufrida el 1 de julio aquel y la fuerza expedicionaria perdería su capacidad ofensiva al menos en el grado aplastante que aún mantenía. Si aflojaban el cerco —no obstante— era innegable que los sitiados serían reforzados a su vez. Si los de Manzanillo habían llegado, había muchos miles más en el resto del distrito militar de Santiago que también podían hacerlo, pero se suponía que el corte de las comunicaciones y las guerrillas cubanas habían ayudado a impedirlo. A su retaguardia, aislados en el campo atrincherado de Guantánamo, fijando a numerosas fuerzas yankees, estaba el general Pareja con varios miles de hombres que no habían cedido ni un metro en sus posiciones. Si retrocedía el Cuerpo Expedicionario, los españoles moverían piezas y la victoria rápida se

esfumaría. Con estas y otras razones, Shafter habló a la junta de generales y logró un compromiso.

—Vamos a replegarnos a las posiciones en torno a El Pozo y a lo largo del Camino Real, haciéndonos fuertes en el área de Sevilla-Las Guásimas y Siboney: en medio de la manigua y hostigados desde posiciones en altura no podríamos mantenernos. Así que eso será lo mejor. Deben todos ustedes hacer lo imposible por reorganizar sus unidades y concentrar cuantos medios ofensivos puedan. Se retirarán hacia la costa las unidades más castigadas con todos los enfermos y heridos… Y solicitaremos que la flota ataque de inmediato, en… sí, en cuatro días como máximo, que fuerce la entrada, hunda esos barcos y bombardee la ciudad. Si lo logran avanzaremos contra Santiago de nuevo con todas las fuerzas disponibles, podremos entrar y con ello habremos ganado una batalla que puede decidir esta guerra. —Shafter añadió—: Si tardan más de cuatro días o no se pueden comprometer a hacerlo por lo que fuera, daremos orden general de retirada hacia una línea entre Siboney y Guantánamo. —Aquello era igual a levantar el cerco, pero todos callaron—. Voy a entrevistarme con el almirante y transmitirle esta petición, pero quiero la unanimidad de todos ustedes.

Wheeler, Lawton, Kent, Bates y los demás se alzaron.

—La tiene, mi general. —Lawton miró a su alrededor buscando los ojos de sus compañeros, luego estrechó la mano de Shafter—. Creo hablar en nombre de todos al decirle que haremos cuanto esté en nuestras manos por asegurar la victoria y también para evitar un desastre. Recompondremos las líneas entre esos ejes y —calló un segundo— y en cuatro días, cuando nuestros buques entren en la bahía, marcharemos de nuevo sobre Santiago…

***

Caía la tarde del día 2 de julio y volvía a llover cuando sacaron a Shafter del coche que le llevó a Siboney; el pequeño puerto servía de enlace con las fuerzas navales que bloqueaban la entrada de la bahía de Santiago; no era población situada a demasiada distancia de El Pozo, pero el estado del camino y del propio Shafter eran deplorables. Vencido por el cansancio, la preocupación y los baches que agitaban el coche de caballos que le transportaba, su viaje en la amanecida había sido una tortura; se sintió morir cuando le bajaron y mientras le buscaban acomodo en una casa ocupada junto al puerto. No estaba en condiciones físicas para seguir al frente, debía pedir el relevo inmediato, apenas podía moverse con su pierna vendada por la gota, sus muchos kilos de sobrepeso y el sufrimiento añadido de la fiebre que había contraído, pero una extraña lucidez se había apoderado de él. Si renunciaba ahora, si tenían que relevarle, sería una prueba más de la derrota. Y no podía aceptarla. Además, el ejército de tierra ya había hecho cuanto estaba en su mano; era la flota la que tenía que entrar en juego, era su turno. Sabía cual sería la respuesta del almirante Sampson. La flota cumpliría con su deber; el ejército había pagado con mucha sangre el intento de victoria y se precisaba de una acción decisiva que salvara la campaña. No iban a escurrir el bulto.

El puerto estaba lleno de tropas recién llegadas que no tenían dónde refugiarse del aguacero que todo lo inundaba. Chorreaban bajo sus gorros canadienses de fieltro, incluso portaban mantas de lana en bandolera sobre sus gruesas camisas azules de reglamento; estaban empapados por completo; cuando cesara la lluvia, el sol les cocería en su propio jugo. En unos días, su vitalidad se escurriría entre las miasmas del trópico, si no se topaban antes con balas enemigas. Pero aquellos hombres, el 34.º regimiento de Voluntarios de Michigan y el 9.º de Massachusetts estaban todavía en buenas condiciones, y muchos más regimientos estaban por llegar; con ellos y las unidades ya fogueadas del Cuerpo Expedicionario podría lanzarse un ataque por la costa que tomara las fortalezas que guarnecían la entrada a la bahía.

El *Maine*, había comenzado aquello, pensó con amarga ironía, y ahora le iba a pedir a la flota que hiciera una carga suicida frente a los cañones enemigos como hiciera la brigada sudista de Pickett en Gettisburg durante la guerra civil. Aquello acabó en una horrenda masacre; entonces fue la nordista *Brigada Maine* la que aguantó el tipo. Ya habían tenido un segundo Gettisburg en las Lomas de San Juan. *¿Habría uno nuevo, esta vez naval*? ¿Sufrirían una derrota sangrienta que les marcara una segura derrota como les sucediera a las fuerzas de la Confederación? Él, Shafter, y quizás el difunto teniente coronel Roosevelt, habían fracasado; ahora todo dependía de una acción desesperada.

Recordando la multitud de enfermos, las nubes de mosquitos y el calor espantoso de la manigua, supo que era cuestión de días el pasar de ser un ejército a la ofensiva a volverse un cuerpo inerte. Vencer o sucumbir; la retirada era una posibilidad no prevista por nadie, pero se dijo que su deber era salvar la vida de sus hombres si todo salía mal. Le crucificarían a su regreso si volvía con una derrota, lo sabía de sobra. Aunque lo más probable era que muriera de enfermedad si se obstinaba en seguir allí. Bueno, le diría a Sampson en persona lo que tenía que decirle, informaría al presidente MacKinley y, ¡*joder*!, MacClernand debía tener razón, si ellos que tenían cuanto suministro deseaban estaban como estaban, los españoles debían encontrarse en las últimas. Cuatro días para recomponerse, un asalto decidido de la flota y Santiago caería…

Todavía no había acabado el juego.

8

Lomas de San Juan

Amanecer del día 2 de julio de 1898, S/P

Juan Aznar provenía de una familia de ilustres marinos y jamás pensó que se vería envuelto en un combate típico de la infantería; estaba en la Armada por vocación y siempre creyó que si llegaba el momento de una acción de guerra, la viviría en algún lugar de un navío y no en una trinchera llena de lodo y sangre. Pero allí estaba; desde las 10 de la mañana del día anterior, junto con un centenar de marineros e infantes reforzando las posiciones mantenidas por el ejército de tierra. Bueno, por los soldados de infantería de los regimientos regulares *Asia* y *Constitución*, además de los voluntarios de Puerto Rico y los propios cubanos, incluida una compañía de bomberos de Santiago. Tras las bajas del día anterior, no más de setecientos supervivientes mantenían las posiciones. A su alrededor, los hombres velaban penosamente; sentíanse, todos, agotados hasta lo más profundo; se hubieran dejado caer en cualquier parte, dejado morir sin que nada les importara de puro cansancio como sufrían. Dos días casi sin dormir, una batalla librada durante horas contra fuerzas superiores y casi sin esperanza, un tercio de bajas que no se habían podido cubrir. Sin embargo allí estaban todavía; habían aguantado lo indecible pero ya no se podía más.

El capitán Patricio De Antonio, único oficial artillero ileso, le había confesado a Aznar que sólo le quedaban municiones para dos horas de fuego,

¡sin que en Santiago quedara ni un solo obús o granada más para sus piezas! Para los máuser de los defensores la cosa no era demasiado mejor, habían saqueado las cananas de los muertos y recibido unos paquetes extra durante la noche, pero no se podría aguantar una jornada como la del día anterior. Las ametralladoras Maxim de los barcos, y que fueron la clave de la derrota enemiga, estaban casi peor: cuarenta minutos de fuego por pieza. Las condiciones en las que la tropa se encontraba eran pavorosas; rendidos de sueño y cansancio, sin un rancho caliente que llevarse a la boca, con la ropa destrozada, buena parte de los hombres con el calzado hecho trizas, sin un lugar donde guarecerse de la lluvia o del sol.

En pocas palabras: si se producía un asalto de las dimensiones del sufrido el día 1, la línea podría aguantar una hora, quizá dos, después ya no habría nada con qué detener al enemigo salvo las bayonetas. Santiago estaría a merced de los yankees.

Aznar y Antonio oteaban la manigua desde los parapetos; el sol subía y comenzaba a disipar la niebla matinal. Ante ellos las laderas peladas que descendían hasta los campos de caña y los fangales que orillaban los arroyuelos del San Juan y el Aguadores; el espectáculo era penoso, decenas de cuerpos inmóviles tachonaban todo el espacio a la vista; en su frente nadie había logrado acercarse con vida a menos de treinta metros de la defensa. A un lado, a algo más de un kilómetro, la posición de la Caldera estaba cubierta por una neblina húmeda que parecía surgir del propio suelo; los combates allí también habían sido muy duros. El cañizal del fondo del valle ante ellos, más allá de las laderas, aparecía a trozos carbonizado, desde arriba ofrecía una imagen casi pictórica, con sus amarillos y verdes velados por la niebla, el agua y el fuego. Nada se movía; lo que sobrecogía a los dos hombres —y a cuantos aguardaban a su lado— era el silencio. En comparación con el amanecer del día 1, con su fragor terrible, con los miles de gritos, de roces, de estallidos y explosiones que vinieron en oleadas hasta sumergirlo todo, el silencio que vivían se les antojó sobrenatural.

El canto de un pájaro rompió el aire. Un cuco, o algo por el estilo. Aznar se quedó mirando estúpidamente a Antonio.

—Son exploradores nuestros, Juan —dijo el artillero respondiendo a su mirada—, si el sonido ese viene de abajo es buena señal, muy buena.

Pronto fueron varias decenas de hombres los que se abalanzaron sobre el parapeto en aquel sector; ansiosos, buscaban confirmar lo que el capitán Antonio había apuntado. Desde las trincheras otros cantores respondieron a los que se emboscaban en la manigua y se estableció un diálogo que a los marineros presentes se les antojaba imposible.

Tres hombres aparecieron abajo entre las alambradas y comenzaron la subida con tranquilidad. Sus uniformes eran españoles, los fusiles los llevaban en bandolera y parecían muy tranquilos, uno de ellos se volvió y animó a otros, aparentemente detrás, a que salieran al descubierto. Poco a poco surgieron de la espesura muchos más hombres, estos con las armas a la mano.

Era increíble. Unos veinte o veinticinco soldados del regimiento *Constitución*, inconfundibles, aparecieron escoltando a un nutrido grupo de norteamericanos prisioneros, la mayoría heridos. Formaban una columna en la que quizá cincuenta o sesenta hombres se ayudaban unos a otros a avanzar; muchos portaban sacos, cajas y mochilas. La tropa aquella se fue acercando, sortearon las alambradas y la multitud de cadáveres; llegaron a un tiro de piedra de las trincheras. Pronto se reconocieron los rostros y las sonrisas: no había engaño alguno, era lo que parecía, los fusiles cayeron.

Incontenible, un grito de júbilo estalló en centenares de pechos. Los defensores gritaban su alegría y su sorpresa; sin que nadie pudiera evitarlo, hombres desfallecidos unos segundos antes saltaban y bailaban de alegría, algunos marcharon al encuentro de los que venían y pronto aquello fue una fiesta. Pistola en mano, varios oficiales se vieron obligados a reconducir la situación; se formó un pasillo que permitió a los que llegaban del campo enemigo entrar en la posición.

Algo más tarde, Aznar recibió una visita. Un teniente del *Constitución* se acercó a su puesto, venía buscándole.

—Teniente Aznar, como ha visto, una descubierta ordenada esta noche por el general Linares ha regresado con algo más que buenas noticias.

El tipo aquel estaba disfrutando.

—El general le pide que regrese al mando de la flota con algunos de los prisioneros. Por lo visto se ha capturado a algunos hombres que pueden tener información vital sobre la situación en el campo enemigo.

—Pero ¿qué está pasando si puede saberse? Porque hace unas horas temíamos un ataque…

—Pasa, amigo mío, que los yankees se han retirado durante la noche hasta El Pozo y la línea del Camino Real. ¡Se ha roto el contacto con ellos!

Aznar y Antonio, quien se mantenía a su lado, cruzaron sus miradas Y se contuvieron; estaban a punto de abrazarse.

—El dogal se ha soltado, el hueso de ayer fue demasiado duro para ellos —continuaba el teniente—. El cerco se mantiene, pero a distancia, y si la descubierta ha sido tan fructífera sólo puede ser por una razón…

—Claro —terció el capitán Antonio—, que no es otra que la retirada de anoche resultó más desordenada de lo que suponemos. Ya no es previsible un ataque en las próximas horas o días. —Se volvió hacía Aznar—. Tuvo usted razón: al estrellarse su línea principal de avance con las posiciones que reforzamos ayer con sus hombres y material, les causamos más bajas de las que podían soportar en una sola jornada. Mereció la pena utilizar las reservas de obuses, han sido la diferencia entre estar aquí para contarlo o no…

Ese era el tema de conversación de todo el mundo. Aznar estaba ya cansado de oírlo. Recordaba que días atrás, Bustamante se jugó un Consejo de Guerra por desobedecer órdenes y marchar al frente con hombres y material que no le correspondían. Lo hizo y triunfó. A un general se le perdona la desobediencia si triunfa, si pierde… Sin Bustamante y sus ametralladoras Maxim navales, la Colina de la Caldera hubiera caído y con ella todo San Juan. *Algo lógico, ¡cómo no haberlo hecho, cómo haber dejado las defensas sin el concurso de ese moderno armamento*!, pero Aznar sabía que si no hubiera sido por el apoyo de Víctor Concas, Bustamante no habría conseguido de Cervera autorización para desmontarlas.

La noche que el mensajero llegó con las noticias del despliegue enemigo fue clave, sin aquella información y el empuje de las propuestas que realizó el

desconocido sobre la necesidad del despliegue de armas quizá no se hubieran atrevido.

Pero lo hicieron y ganaron.

***

Aznar marchó hacia Santiago. Con una columna de marinos y prisioneros americanos, bajaron por las laderas que daban a la ciudad; a unos ochocientos metros se encontraba el fortín de La Canosa, última línea defensiva; tras ella se encontraba ya el caserío urbano. Atravesando el terreno entre las posiciones sufrió un escalofrío. Era un escenario endiablado, descubierto, en cuesta; muy difícil. Si San Juan hubiera caído, a ellos, a los marinos, les habría tocado intentar recuperar las Lomas desde allí. *Imposible tarea*, suspiró.

La noticia de la retirada americana dio nueva vida a la moribunda ciudad, los planes de evacuación de los civiles se suspendieron. La prioridad era ahora aprovechar el respiro, conseguir alimentos y reforzar las defensas.

Los hombres que llegaron de Manzanillo ese mismo día 2 eran unos tres mil y habían avanzado por doscientos kilómetros de terreno lleno de guerrillas cubanas, abriéndose paso a la bayoneta en una marcha que, ya se decía, había sido épica; lo cierto es que arribaron agotados y con pocas municiones. El mando de la plaza todavía no se creía que la fuerza enemiga se hubiera retirado del perímetro y retrocedido varios kilómetros, pero todo así lo indicaba.

Por su parte, sobre las dos de la tarde, el general Vara de Rey y sus hombres llegaron a Santiago tras haber sido relevados por unidades del *Asia* y el *Constitución*. Fueron recibidos con entusiasmo; los trescientos supervivientes del combate de El Caney resumían muy bien la posición de los defensores de todo Santiago. Mientras hubiera posibilidad de resistir lo harían

con entereza y determinación. Vara de Rey no estaba dispuesto a rendir Santiago; antes de eso —y se ocupó muy bien de decirlo en público delante de Linares— hubiera evacuado a los civiles y tratado de forzar el cerco con todas las fuerzas disponibles. Su llegada fue un refuerzo moral tremendo.

Si las defensas terrestres habían aguantado el golpe y obtenido un respiro, el mando supremo de la flota no se había percatado todavía del cambio en la situación. El contraalmirante Cervera seguía empeñado en que su situación era desesperada. Tenía razón. A La Habana y luego a Madrid llegaron de inmediato las noticias de las victorias en las Lomas y en El Caney, pero el gobierno les dio poca importancia, no se apercibían del grado del desastre que acechaba al Cuerpo Expedicionario de Estados Unidos. Fue por ello que las órdenes de sacar los barcos de Santiago para evitar un vergonzoso hundimiento sin lucha o su apresamiento al caer supuestamente la ciudad se le hicieron llegar a don Pascual Cervera de inmediato. Las calderas fueron encendidas y los hombres llamados a bordo.

Cuanto se ganara en tierra, estaba a punto de perderse por mar.

***

En Dos Caminos, el puesto de mando de las fuerzas desembarcadas, comenzaron a concentrarse todos los marinos. Bustamante y Aznar se encontraron en el porche de la casa. Por encima de la graduación, don Joaquín se abrazó con su subordinado. Aznar tenía los ojos empañados por las lágrimas y cuantos contemplaron la escena tenían el corazón maltrecho. Todos allí habían viajado al encuentro de la muerte sin otra esperanza que cumplir con su deber, dispuestos al sacrificio último; ahora regresaban victoriosos, a tiempo de sucumbir inexorablemente en la nueva prueba que el destino les impondría al día siguiente a bordo de sus buques.

***

—Es hora, don Juan, de que el espía nos cuente cómo pudo saber con tanto detalle los puntos de avance enemigos… —dijo Bustamante.

—El capitán Baltar le mantiene arrestado en una casa de las cercanías de nuestro puesto. Ordené que se le internara allí la noche en que se acudió a los barcos para desmontar las ametralladoras —respondió Aznar.

Pocos hombres quedaban ya en tierra y Dos Caminos había sido ya evacuado. En unas horas tendría lugar la última reunión del Estado Mayor de la flota y en las primeras horas de la mañana siguiente la salida de la bahía. Pero algunos asuntos estaban todavía pendientes.

—No comprendo cómo podía estar tan seguro de cuándo y cómo. Es imposible, sólo los locos hablan con la certeza en sus labios de cosas que desconocen. Y también que nadie supiera lo que iba a ocurrir en la Colina de la Caldera —aseguró Bustamante.

Aznar no dijo nada. Había allí más de un loco, eso seguro. Por la convicción con la que habló un hombre desconocido, don Joaquín Bustamante se había jugado la carrera y la vida. Tras escuchar los argumentos de aquel que se presentara con el nombre de Enrique Alberdi, su jefe había adoptado como propia la estrategia propuesta. Se decía, comenzaba a extenderse el rumor, que Bustamante había sacado su revólver y amenazado a Cervera con pegarse un tiro en su presencia si no le autorizaba a desmontar las ametralladoras. Incluso parece —esto no es que lo pareciera, es que Aznar sabía seguro que era cierto pues él mismo lo había protagonizado— que soldados y marineros robaron la reserva de proyectiles de las piezas Krupp; las llevaron a la batería del capitán De Antonio en la misma colina de San Juan cuando el ataque americano estaba en su punto crítico. Al resistir los ataques La Caldera, el acceso a San Juan no estaba batido y se les pudo

municionar sin peligro. Antonio no preguntó de dónde salieron aquellas cajas, las utilizó, ¡y de qué forma!

—Cuando salió ese hombre… —comenzó a decir Bustamante.

—Discúlpeme, pero ¿no cree usted en su historia, no cree usted que sea un oficial de marina venido con ese cometido tan…, tan especial? —le cortó Aznar.

—No sé qué pensar. Por su graduación deberíamos conocerle, no somos tantos en la Armada. ¿Le suena a usted su cara? No me creo esa parte de su historia, lo que no quita que no conociera la situación mejor que nosotros y que su estrategia, como se ha demostrado, fuera la única recomendable en estas circunstancias. Pero lo que le decía es que cuando salió de aquí me miró a los ojos y me dijo: «Recuerde: la salvación está en la Caldera».

—Pues tenía toda la razón. Tampoco yo sé a ciencia cierta quién es, pero desde luego no trabaja para Roosevelt. ¿Sabe usted que se ha recuperado su cadáver frente a esa posición? —Aznar comprobó que su jefe, pese a haber luchado allí, no estaba al tanto de los últimos detalles.

—¡El exsecretario de Marina de Estados Unidos! Comprendo ahora que se hayan desfondado como lo han hecho. Esto es muy importante amigo mío, tenemos que informar a Cervera ahora mismo. Algunos de los oficiales prisioneros han asegurado de forma amenazante que su flota va a forzar la entrada en Santiago y a hundirnos. Con Roosevelt muerto y las fuerzas terrestres en retirada es muy probable que le pasen la papeleta al almirante Sampson. ¡Pero no se da usted cuenta de lo que le digo! —comenzó a gritar.

—Por supuesto. Debemos centralizar los interrogatorios de los prisioneros y estudiar el material y los documentos ocupados. Y eso incluye a Alberdi o como quiera que se llame.

—Pues venga, ocúpese usted mientras me voy a la reunión del mando. —Bustamante se dio la vuelta—. Y mándeme noticia de lo que vaya sabiendo.

—A sus órdenes —respondió Aznar cuadrándose.

Tendría que apresurarse. Se dijo Aznar que quizá lo mejor sería recoger al prisionero y llevarlo a bordo del *Infanta María Teresa*. Allí se le podría interrogar; además, seguro que Cervera y los demás jefes desearían poder

hablar con el que inspiró la acción táctica que permitió la victoria de San Juan. Reunió unos hombres y tomaron algunas monturas de la fuerza de voluntarios cubanos acuartelados cerca de allí. La casa donde Baltar había internado a Alberdi estaba cerca de la zona del frente donde se desplegaba su unidad y el trayecto era bastante largo.

Las campanas de la catedral de Santiago tocaban a fiesta. Celebraban las victorias de San Juan y El Caney para dar ánimos a los habitantes y defensores de la ciudad. Con amargura, Aznar pensó que la alegría aquella duraría pocas horas, pues si la escuadra salía como se proponían Madrid y Cervera sin duda sería destruida. La boca de la bahía era tan estrecha que los barcos solamente podrían salir de uno en uno haciendo frente a los fuegos concentrados y cercanos de la fuerza bloqueadora.

Asomaba ya la casa donde estaba Alberdi al cabo de un recodo del camino cuando les golpeó el retumbar de una explosión. De la casa se elevó una columna de humo tremenda.

—¡Ha volado la casa! —gritaron todos. Picaron espuelas y al galope se acercaron a las ruinas envueltas en polvo.

Martín, el brigada, vagaba lleno de desesperación entre los restos.

—¡Han muerto el capitán y el marino, los dos han muerto! —sollozaba.

***

El capitán Baltar había llegado una hora antes a la casa donde se encontraba el prisionero. Le acompañaba una reducida escolta de su batallón, pero en la puerta les pidió que se quedaran fuera. La guardia interior se reducía a un hombre que permanecía en el vestíbulo. Cuando este vio llegar a Baltar, tiempo le faltó para ponerse en pie y balbucear que todo iba bien y sin novedad. Cuando se le ordenó que saliera lo hizo sin chistar.

—Alberdi, ¿está usted ahí? —preguntó.

Sacó un manojo de llaves y se acercó a una de las puertas abriéndola. Alberdi estaba de pie tras un camastro que allí había.

—No sé si alegrarme o asustarme por su visita —le dijo este.

—Pronto podrá juzgar… —La puerta se había quedado abierta y Alberdi pudo comprobar que el capitán estaba allí solo.

El viajero temporal llevaba preso casi dos días. Apenas había tenido noticias de lo sucedido en ese tiempo. Intuía que si se habían olvidado de él era porque tenían otras cosas que hacer; antes de que le encerraran, supo que Bustamante había asumido sus propuestas. Eso entrañaba esperanzas para su destino inmediato, en realidad nunca llegó a temer por su vida. De todas formas habían sido unas horas de sufrimiento. Ahora, Baltar, su sombra desde su llegada al Santiago de 1898, estaba ante él sacando de un maletín los documentos que trajera para identificarse y un paquete envuelto en tela.

—¿Qué ha ocurrido? No deberían haberme encerrado… —le dijo.

—Tranquilícese, Alberdi. Ahora no se asuste. —Desveló el paquete y sacó varios cartuchos de dinamita—. Apártese, voy a poner esto junto a la pared.

Su interlocutor se quedó con la boca abierta y se apresuró a apartarse. Iba a decir algo pero el gesto y la acción rápida del otro le llevaron a callar.

—Póngase junto a mí. —Alberdi se arrimó a él—. Nos vamos, amigo mío.

Baltar agarró la funda de su sable y lo elevó hasta su pecho. Alberdi le miraba como si viera visiones. Baltar tomó con las dos manos la parte de la empuñadura y se aprestó a girar la cazoleta del sable. Así lo hizo y…

… Una esfera luminosa se expandió hasta englobarles. De nuevo, como en Filipinas, Alberdi se encontró en el interior de un espacio situado fuera del *continuum* temporal normal; a diferencia de la estación de Manila, en vez de encontrarse en una habitación transformada se hallaban en el interior de una especie de vehículo de dos plazas.

Baltar le empujó a una butaca.

—Se adapta usted muy bien a los cambios rápidos —le dijo.

Alberdi sentía vértigo. En unos segundos había pasado de una habitación cerrada y oscura a un artilugio mecánico salido de la nada. Sentado en una butaca envolvente cerró los ojos y trató de relajarse.

—Es usted un miserable, me ha hecho pasar un miedo atroz. ¡Podía haberme informado de quién era! —farfulló.

—Creo que tiene derecho a protestar lo que desee. Pero le pido que nos comprenda, se ha necesitado de toda su fuerza de convicción para convencer a Bustamante, y toda preocupación extra era contraproducente.

—¡Claro! —dijo irónico Alberdi—. La sensación de náufrago y de títere que tengo ahora es despreciable. Estoy harto de todo esto. Por mí como si revienta el planeta. Mire, cuando le he visto sacar la dinamita pensé que me la iba a poner en el cuello.

Baltar le dejaba hablar. Su aspecto no podía ser más chocante. Con sus patillas del XIX, su uniforme —que a Alberdi le recordaba el de un oficial sudista como los de las películas—, el sable y las botas altas, era un anacronismo viviente allí en medio, manejando los controles del vehículo.

Alberdi se animó a mirar alrededor.

Las butacas estaban puestas en paralelo sobre una plataforma metálica reducida. Al frente y en el centro había una complicada serie de controles y una pantalla de comunicaciones. Las paredes, por llamarlas de alguna forma, eran completamente opacas, eran oscuras, como vidrio polarizado. Era como si se encontraran en el interior de una enorme bola de billar.

—Voy a mostrarle dónde estamos —dijo Baltar. De inmediato, las paredes esféricas se tornaron transparentes, con un ligero efecto óptico.

Flotaban a unos cincuenta metros de la casa en la que había sido retenido. Fuera estaba todavía su guardián, charlando con la escolta de Baltar. A unos centenares de metros, desde Dos Caminos, venían al encuentro de la casa un grupo de jinetes. La superficie interior de la esfera se focalizó en ese cuadrante y aumentó la escena. Eran marinos de guerra; uno de ellos, el teniente de navío Aznar.

—Amigo Alberdi, hemos actuado justo cuando debíamos. Un poco más y habría sido tarde. Vienen a por usted. Resolvamos esto de una vez. Observe…

—Le mostró la casa con un gesto.

De súbito una explosión sumió el edificio en una nube de polvo; cascotes de todo tipo saltaron al aire; los hombres del exterior cayeron por tierra pero comenzaron a levantarse y a huir.

—Buena forma de borrar huellas. Dos por el precio de uno; nos darán por muertos.

—Mejor. Por desaparecidos.

—Significa esto que hemos finalizado la misión ¿Tan pronto? ¿Qué va a pasar ahora?

—¡Qué pregunta! Alberdi, usted con su intervención ha contrarrestado el sabotaje que otros viajeros temporales cometieron. Los defensores de Santiago emplearon sus recursos de la mejor manera y vencieron. Sobramos aquí.

—Pero es imposible que la flota española que está en esa bahía gane a la que acecha en mar abierto.

—¿Usted cree? Deje que la historia siga su curso. Hemos superado el *Punto Jumbar*, si hubiéramos fracasado, la batalla por las colinas habría sido distinta y los barcos se hubieran visto obligados a salir a combatir en muy malas condiciones. La flota hubiera sido destruida y con ello la historia quedaría alterada gravemente.

Alberdi estaba harto de esta monserga. No había forma alguna de que una formación naval como la de Cervera, inferior en blindaje y artillería, pudiera escapar a una encerrona como aquella. Tampoco tenía nada claro cómo o por qué aquella estúpida guerra podía alterar tan gravemente la historia mundial. Lo que estaban tratando de evitar era lo que en su propia línea temporal formaba parte natural del pasado; y tampoco había ido tan mal.

—Escuche, este artefacto es un cronomóvil. Podemos utilizarlo para casi cualquier forma de desplazamiento que imagine. Si lo desea, podemos ir hasta la boca de la bahía y asistir al combate…

—No, por favor. Nada de guerras. No deseo otra cosa que regresar a casa… o por lo menos con los amigos que me acompañaban cuando ustedes

me recogieron. —Alberdi recordaba lo que el coordinador de la Central le había dicho en Manila: su condición de náufrago no podía ser alterada.

—Nada más fácil. Yo he de regresar, mi misión ya ha acabado. —Baltar accionó algo en los controles y la ciudad de Santiago desapareció.

El cronomóvil partió para la Central, donde quiera que esta se encontrara. Alberdi recordó por un momento las emociones vividas, las caras y la expresión de los que habían sido sus interlocutores durante su aventura en 1898 y se dijo que algún día trataría de enterarse de qué llegó a pasar con todos ellos y qué hizo que la historia del mundo cambiara tanto por culpa de aquella estúpida y olvidada guerrita. *Pero ya es el momento de que me saquen de aquí. Tengo que regresar a casa*, se dijo.

Quienes, entre tanto, respiraban la brisa húmeda y cálida de la bahía de Santiago de Cuba, aquella tarde del 2 de julio de 1898 no era una posibilidad alternativa: era la realidad, pura y dura. Vivían sus vidas como millones de personas la han vivido desde que el mundo es mundo, sin poder escapar a su trágica progresión Y para muchos, embarcados o no, el amanecer que se avecinaba vendría cargado de muerte.

9

A bordo del crucero acorazado New York

2 de julio de 1898, S/P

La papeleta que se le presentaba al almirante Sampson no era fácil. Su entrevista con el general Shafter le permitió hacerse una idea del estado del Cuerpo Expedicionario; le había visto a primera hora de la tarde y quedó impresionado por el abatimiento físico y moral en que le encontró.

Un fracaso en la toma de la ciudad de Santiago se estaba convirtiendo en una trampa mortal muy rápidamente. El clima del Oriente cubano y las enfermedades tropicales comenzaban a causar más bajas que las operaciones militares. Y estas ya eran muy altas. Una nueva derrota ante las defensas terrestres de Santiago y podría ocurrir cualquier cosa. El gabinete de guerra del presidente Mackinley evaluaba de igual forma la situación. En Washington la primera noticia del revés de San Juan fue a través de la prensa, la muerte del antiguo secretario de Marina, Roosevelt (*Pobre bastardo, murió en su experimento*…, pensó Sampson), causó conmoción, les avisó de la horripilante posibilidad de un desastre.

Le tocaba a la U.S. Navy lograr salvar la situación. El gobierno le transmitió un mensaje inequívoco. Con las fuerzas navales a su mando deberá neutralizar o destruir la escuadra enemiga de inmediato, pero esto era sencillo de formular y complicado de realizar. El enemigo ya estaba neutralizado desde hacía semanas al único precio de situar la propia flota a la entrada de la

bahía de Santiago en un efectivo bloqueo cercano. El peligro de destrucción que sufría el Cuerpo Expedicionario era lo único que podría llevar a cambiar esa segura estrategia por una acción más arriesgada.

Sampson estaba siendo obligado a actuar impulsivamente para salvar al ejército desembarcado y con ello la campaña.

En vez de apostarse en la boca, a una distancia prudente y fusilar a los que fueran saliendo, ¡le exigían que entrara en una ratonera! Llena de ratones, por otra parte.

La mesa de derrotas del puente del *New York* estaba cubierta por una gran carta de la costa del área de Santiago. La bahía de esta ciudad era muy especial. Las estribaciones de Sierra Maestra se internaban al llegar a ella en el mar Caribe. La boca era muy estrecha, no llegaba a un kilómetro de ancho, flanqueada a ambos lados por imponentes masas rocosas. El canal de entrada serpenteaba varios kilómetros entre montañas e islas hasta desembocar en el amplio seno interior. Guardando la entrada, en el morro mismo de la bahía, una antigua fortaleza colonial con metros de espesor en sus muros. Las escasas piezas que la guarnecían no habían podido ser desmontadas pese a las toneladas de proyectiles que se les habían disparado. Las costas interiores del canal de acceso estaban protegidas por diversas baterías dispuestas con sus fuegos cruzados; se suponía, asimismo la existencia de varias líneas de torpedos o de minas.

Si se lograba sortear esa red de peligros, quienes entraran lo tendrían que hacer de uno en uno, con lo que la flota enemiga podría concentrar su fuego y… ¡Todo aquello era ridículo!

—Caballeros, incluso las estupideces tienen que ser previstas con antelación. Veamos el plan de entrada… —dijo el almirante Sampson a su Estado Mayor.

El encargado de operaciones del reducido gabinete de mando sacó unas hojas escritas y una serie de esquemas.

—Desde el inicio del bloqueo se elaboró un plan alternativo que incluía el entrar por la fuerza —dijo.

—Como una hipótesis no deseable, supongo —farfulló el comandante del *Texas*.

—Como paso previo se contemplaba el asalto por tierra de las fortalezas que guarnecen la boca, pero ya se nos ha indicado que en este momento eso es inviable.

Sampson tomó la palabra. Aquello tenía que aclararse cuanto antes.

—Vamos a ver. Como esa parte no es posible, realizaremos fuego contra la fortaleza hasta callar sus defensas. Intentaremos también alcanzar la ciudad y los muelles disparando por encima de las alturas. Durante esta noche aprovisionaremos los pañoles de nuestros buques al máximo y antes del amanecer comenzaremos el bombardeo. Continuaremos todo el día de mañana, turnándonos para mantener el fuego. Se trata de impedir que reparen o sustituyan las baterías dañadas. Si se hiciera factible un desembarco en algún punto de la boca lo haríamos con nuestras propias fuerzas. Mañana por la noche, víspera del 4 de julio, los barcos de menor calado atravesarán el canal de acceso y darán batalla a los que están en el interior, de forma que las unidades más lentas puedan tener cierta cobertura en su paso.

»Los buques que por calado no puedan entrar, se acercarán a la boca lo más posible para apoyar con sus piezas pesadas la acción.

»¿Alguna pregunta?

Hubo muchas. El plan de entrada no era tal. No se puede entrar en un sitio si no cabes por la puerta. El Bajo del Diamante, a unos centenares de metros de la boca, era una laja de granito situada a unos ocho metros y medio de profundidad, calado máximo de quien desee entrar en la bahía. La mayoría de los buques americanos del escuadrón bloqueador superaban esa cifra.

En realidad, Sampson proponía aniquilar las defensas con un bombardeo como nunca antes se viera; aterrorizar e incendiar la ciudad, hostigar a los buques ante ella fondeados con tiro indirecto y, cuando no quedara piedra sobre piedra en la entrada, sacrificar un par de buques ligeros haciéndoles entrar por el canal. Si lo lograban, perfecto 4 de julio. Si no, el hundimiento más que seguro de los valientes que forzaran la entrada taponaría la salida; la flota española quedaría embotellada por semanas y el escuadrón de Sampson

tendría las manos libres para moverse por la costa de Cuba para reforzar el bloqueo, atacar La Habana o lo que fuera.

Cuando concretaron los detalles, las órdenes y los horarios, los comandantes retornaron a sus buques. Si Cervera saliera de Santiago todo sería más sencillo, se le destruiría con relativa facilidad; pero si no salió cuando la ciudad fue sitiada, ¿iba a hacerlo ahora cuando sus armas triunfaban en la batalla defensiva?

***

A las 05.30 de la madrugada del día 3 de julio comenzó un bombardeo sobre la fortaleza del Morro. Los tiros alcanzaban también la batería de la Socapa en la otra vertiente del canal de acceso. Durante varias horas los barcos de Sampson concentraron su fuego en las defensas, sin que las escasas piezas enemigas lograran neutralizarlo.

Sobre las 07.30, un pequeño cañonero español, el *Alvarado*, realizó una exploración del canal. Víctor Concas, segundo en el mando de la escuadra, pudo comprobar la gran concentración de buques enemigos y los efectos del tiro sobre las defensas. Pronto el bombardeo alcanzó también la costa interior de la bahía, al disparar los cruceros acorazados por encima de las montañas que la separaban del mar abierto.

Concas informó de ello al contraalmirante Cervera. Todo estaba dispuesto para la inmediata salida de la flota, pero el impetuoso ataque yankee había alterado el escenario. Reunido de urgencia el Estado Mayor, Cervera consultó a sus oficiales sobre la mejor estrategia a seguir. Era partidario claro de la salida inmediata, si acaso aceptaría un retraso de unas horas; las órdenes de Madrid las interpretaba en ese sentido y parecía resignado a la destrucción de la escuadra.

Bustamante estuvo muy convincente en la reunión. Si el enemigo destruía las defensas exteriores se confiaría y trataría de forzar el paso con buques menores. Si esto hacían podrían destruirles en el interior de la bahía; el plan de fuegos que protegía la salida interna del canal así lo aseguraba. El único riesgo sería que este quedara bloqueado. Pero si el canal quedaba libre…

En primer lugar, propuso resistir durante el día y hacer frente a lo que viniera. ¡Qué remedio!

En segundo lugar, la noche siguiente, una hora antes del amanecer, los destructores *Furor* y *Plutón* saldrían aprovechando la oscuridad y atacarían con sus torpedos los buques pesados enemigos, buscando crear el caos en la línea enemiga: el crucero *Cristóbal Colón*, el más rápido de las dos escuadras, saldría después en dirección este hacia Guantánamo, donde fondeaban decenas de transportes y barcos auxiliares yankees; esto —se esperaba— provocaría que buena parte de la flota bloqueadora acudiera en su persecución de forma desesperada. El insignia *Infanta María Teresa* más los cruceros gemelos *Vizcaya* y *Oquendo* tomarían rumbo oeste, el camino más corto para llegar a La Habana.

El plan era una síntesis del realizado por Cervera y por Villaamil. Contaba con la oscuridad para facilitar el ataque de los frágiles destructores y buscaba dividir la flota contraria.

Su objetivo era impedir la aniquilación, lograr que alguno de los barcos lograra salvarse llegando a La Habana. Agotado, Cervera lo aceptó, pero haciendo que todos siguieran la estela del *Colón*. Bustamante visitó cada buque y revisó personalmente las cabezas de los torpedos, un material que él mismo había contribuido a diseñar, impartiendo órdenes que aseguraran su uso.

Villaamil y Bustamante asumirían el mando de los dos destructores. Ambos sabían que marcharían en una cabalgada suicida hacia los cañones enemigos, pero no habiendo otra opción que diera oportunidades a los barcos grandes, lo afrontaron con valor y voluntariamente.

Durante todo el día 3 continuó el bombardeo enemigo. Los daños infligidos en El Morro y la Socapa fueron considerables, pero en la obra

muerta; las baterías sólo sufrieron algunas bajas. Al anochecer, el buque auxiliar *Gloucester*, un yate artillado, fue enviado a reconocer la entrada del canal sin que se le hiciera fuego. Desobedeciendo órdenes, el *Gloucester* penetró camino de la bahía. Ni una sola batería abrió fuego, pero tras pasar el Bajo del Diamante y virar en Punta Gorda, se encontró de frente con el crucero *Cristóbal Colón*. Sus piezas de 150 mm lo destruyeron rápidamente, embarrancando fuera del acceso. La estratagema de Bustamante dio resultado.

10

Combate de Santiago de Cuba

Madrugada del 4 de julio de 1898, S/P

La noche del 3 al 4 tuvo lugar el enfrentamiento decisivo. Exasperado por la destrucción del *Gloucester* y la imposibilidad de hacer pasar los buques mayores por los problemas de calado, Sampson ordenó aproximar estos a El Morro lo más posible para facilitar el uso de los cañones pesados. A distancia eran muy poco precisos —no disparaban por salvas que permitieran la corrección sistemática de tiro, algo que sólo se podría hacer con la puesta en servicio de los *dreadnoughts* años más tarde—, por lo que se optó por acercarse.

Esa misma noche, el mando de la escuadra española ordenó a las defensas costeras que no ahorrasen munición y que procuraran apagar los reflectores enemigos que se encendieran.

Sobre las 05.00 del día 4 de julio, los cruceros acorazados *Indiana* y *Oregon* se encontraban a tres millas de la fortaleza del Morro, disparando sus torres a bocajarro contra las piezas defensoras. La noche tenía a la luna velada por una niebla espesa, el humo y el polvo de decenas de explosiones la ayudaban.

A veinticinco nudos por hora, el *Plutón* salió del canal, seguido de inmediato por el *Furor*. En sus puentes, Fernando Villaamil y Joaquín Bustamante y un puñado de valientes. Sin otro amparo que la falta de luz,

enfilaron sus proas contra las sombras oscuras de los grandes barcos y aumentaron la velocidad. Tras meses esperando un ataque torpedero que no llegó, se habían relajado en algo las vigías de los acorazados. Además, nunca antes habían sufrido un ataque así. Todo ello explica, escribiría posteriormente Alfred Mahan, los minutos que se tardó en divisar la amenaza.

A novecientos metros y de noche, la banda de babor del crucero acorazado *Indiana* semejaba un muro. Entre las salpicaduras de los cañonazos que ya le empezaban a caer alrededor, el *Plutón* realizó una maniobra perfecta de lanzamiento de sus dos torpedos de 350 mm. Fue como Villaamil, diseñador del primer destructor del mundo, siempre imaginara que debía hacerse.

A los treinta y cuatro segundos, el costado del *Indiana* recibió dos mazazos bestiales. Las cabezas explotaron tras perforar los torpedos el casco blindado y los pañoles de municiones lo hicieron a su vez quince segundos después. A los dos minutos de la salida del primer destructor, un crucero acorazado saltaba por los aires con un estruendo atroz que retumbó sobre los muros de la fortaleza y los acantilados rocosos de la costa.

Acallado el *Indiana*, el *Furor* al mando de Bustamante avanzaba a toda velocidad aprovechando la zona de sombra que los restos del buque le ofrecían. Sobre el *Oregon* cayeron numerosos restos del que fuera su acompañante sin que conocieran todavía la causa de la explosión.

El *Plutón*, pese a haber agotado la munición de sus tubos siguió adelante a toda máquina, Villaamil sabía que desde fuera nadie podría distinguir un destructor con los tubos vacíos de otro con ellos cargados, cada granada que le dispararan a él era una menos que le caería a su compañero. Los vigías del *Oregon* le detectaron escapando por la proa del ardiente *Indiana*. De inmediato decenas de piezas le buscaron en la noche. Apenas podían verle, pero procuraron saturar de cañonazos la zona por la que avanzaba. A plena presión de sus calderas buscó ofrecer el menor blanco a los disparos y comenzó a virar para mejor protegerse.

A cuatro y cinco millas, los cruceros acorazados *Iowa*, *Texas* y *Brooklyn*, ya alertados, comenzaron a acercarse a la zona de combate y a disparar. Sus granadas se acercaban peligrosamente a los dos barcos atacados por los destructores y entorpecían la marcha del *Oregon*.

Bustamante, de forma simultánea a la escapada de Villaamil, viró por la popa del *Indiana* y atacó al *Oregon* por su estela. Un guiño de timón del ágil *Furor* y, de nuevo, dos cabezas de 350 mm, embutidas en dos torpedos de cuatro metros propulsados por aire comprimido, saltaron al mar con su carga mortífera.

Un nuevo estallido rasgó la noche y también acalló todos los demás; alcanzado en la sala de máquinas y en los pañoles de la torre popera, el *Oregon* se partió por la mitad.

A bordo del *Plutón* la tripulación apenas podía mantenerse en pie por los saltos que la velocidad le hacía dar al pequeño buque. El fuego sobre ellos cesó de golpe al ser alcanzado el *Oregon* y Villaamil viró de nuevo aproando su buque otra vez hacia la batalla. Bustamante, a su vez, maniobró el *Furor* para quedar a la sombra de las gigantescas nubes de humo que señalaban el lugar donde los dos buques enemigos se hundían entre llamas y explosiones secundarias.

El *Cristóbal Colón* salió en ese momento. Su comandante, don Víctor Eulate, se encontró con un espectáculo imprevisto. Hubo de decidir qué hacer, si seguir a ciegas las órdenes o adaptarlas a lo que encontró. No dudó: ordenó avante toda hasta sobrepasar la altura de los buques alcanzados y luego virar a babor para ofrecer sus baterías laterales trazando la barra de una «T» imaginaria al frente de avance de los buques enemigos restantes. El *Infanta María Teresa*, el *Vizcaya* y el *Oquendo* siguieron su estela en el primer trecho con un intervalo de escasos minutos entre ellos.

Al desaparecer el extremo de la línea de bloqueo, la flota yankee se encontró con un problema importante. Los cruceros acorazados restantes debieron avanzar sus posiciones para perseguir a los buques que salían por el canal. Por lo pronto, la escapada había sido un éxito, pues con la acción de los destructores pocas bocas de fuego pudieron dedicarse a hostigar la boca. El

Brooklyn, a plena presión de sus calderas, buscaba la distancia de tiro de su torre proel cuando una andanada del *Colón* le alcanzó en el puente. Las granadas de 150 mm provocaron graves daños, matando a cuantos allí se encontraban. Sin gobierno efectivo durante unos minutos, el *Brooklyn* siguió la persecución tan sólo por la marcha que ya llevaba.

Pero hasta entonces la suerte había estado toda del lado español; pronto empezó a repartirse a partes iguales. El *Colón* cayó a estribor para aproar al oeste a revientacalderas. Tenía carbón prensado de alta calidad para cuarenta minutos más y recobró su rumbo marcado camino de Guantánamo seguido por los cruceros acorazados yankees, mucho más lentos que él.

El *Infanta María Teresa*, insignia del contraalmirante Cervera, había rebasado ya el área del *Oregon* y marchaba paralelo a la costa a toda máquina cuando vieron surgir la línea del *Brooklyn* por babor a escasa distancia. Cervera ordenó de inmediato fuego sobre él y buscar su costado para embestirlo. Pero un fuego tremendo cayó sobre el insignia, batiendo sus costados y cubiertas. El blindaje lateral hacía temblar todo el buque con cada impacto. Pronto se desataron numerosos incendios en las partes no protegidas, la metralla barría las baterías secundarías causando gran mortandad entre los artilleros. Pero, tercamente, el insignia español mantenía su rumbo de intercepción como si cuanto le tiraran no le hiciera daño; era cuestión de minutos alcanzar su objetivo. Nada impediría que se llevara por delante a su verdugo.

Las conducciones de vapor de la máquina principal, resentidas por el martilleo, se rompieron. Cayeron súbitamente las revoluciones de las hélices y la velocidad punta. En las cubiertas inferiores, marineros, artilleros y maquinistas morían con los pulmones abrasados. En el puente, Cervera y Concas se miraron, todo estaba perdido para el hermoso buque que un día, apenas cuatro años atrás, recogieran en los astilleros británicos que lo botaron.

Concas y el teniente Aznar —tercer comandante del navío— salieron al alerón lateral para evaluar el estado de las cubiertas. Súbitamente, una explosión interna destruía la torre delantera. Un defecto de los casquillos de la

munición había provocado el estallido de una granada y la deflagración de las cargas de pólvora prensada que las impulsaban. La onda expansiva y los restos destruyeron el puente de mando matando a Cervera, a MacCrohon, su segundo, y a todos los demás. Concas y Aznar fueron proyectados al agua.

Los dos buques heridos, el *Infanta María Teresa* y el *Brooklyn* continuaban aproximándose. En el puente secundario del buque americano no lograban hacerse con el timón y seguían imperturbables su marcha.

Tres millas, dos, una milla…, desde el agua, acogido con varios de sus hombres a diversos restos flotantes, Aznar y Concas vieron que ambos cascos proseguían sus rumbos convergentes de forma inexorable.

Nunca se supo quién dio la orden o quién se mantuvo en su puesto hasta el final, pero al llegar a la distancia de ochocientos metros y justo cuando el *Brooklyn* comenzaba a virar recuperado el gobierno, los cuatro torpedos de la cámara de babor del *Infanta María Teresa* saltaron al agua y vertiginosamente buscaron los desnudos mamparos del enemigo.

A las 05.56 de la mañana del 4 de julio de 1898, cuando ya alboreaba, el *Brooklyn*, el navío más poderoso de la *U. S. Navy*, recibió tres impactos en la banda de estribor por debajo de la línea de flotación. Sus pañoles, repletos de la munición que acababa de repostar para proseguir su bombardeo de El Morro, hicieron explosión simultáneamente. Literalmente se desintegró. Sus restos se dispersaron en un amplio radio y la nube de humo que le sustituyó alcanzó casi dos kilómetros. A su lado, lo que quedaba del *Infanta María Teresa* se volteó y se fue a pique en unos minutos.

Pero la situación general ya había cambiado. En apenas cuarenta minutos, tres buques pesados de la escuadra americana se habían perdido. Casi la mitad de sus efectivos de ese tipo.

El *Colón*, el *Vizcaya* y el *Oquendo* proseguían su huida hacía Guantánamo y La Habana.

Los restantes buques yankees perderían un tiempo precioso bordeando los buques perdidos o escapando de torpedos inexistentes, de cuya aparición tuvo mucha culpa Villaamil surgiendo entre la niebla matinal con su veloz Plutón.

La caza emprendida por el *Iowa*, el *Texas* y el *New York* —que se encontraba repostando a cierta distancia durante la batalla— no pudo impedir que la flotilla encabezada por el *Cristóbal Colón* lograra abrirse paso a cañonazos hasta La Habana.

***

Serían las siete y media cuando Aznar y los otros náufragos vieron llegar a su lado la estilizada forma de un destructor. El *Furor*, al mando de Joaquín Bustamante, remolcaba una ristra de lanchas de salvamento de factura norteamericana. El pequeño buque iba atestado de supervivientes del *Indiana* y del *Oregon*, muchos quemados o mutilados. Los náufragos del *Infanta María Teresa* fueron izados a bordo con dificultad, Bustamante avanzó por entre los sufrientes cuerpos al encuentro de sus camaradas. Al descubrir a Aznar se unió a él en un abrazo. Concas, agotado, casi desfallecido, no podía ponerse en pie. Bustamante se agachó junto a él.

—Joaquín, tenían ustedes razón, Villaamil y usted siempre tuvieron razón… —acertó a musitar Víctor Concas cerrando los ojos.

—Calle, amigo mío, debe usted descansar… —Bustamante le arropó, asegurándose de que no tenía herida alguna visible.

Volviéndose a Aznar le dijo:

—Sois los únicos supervivientes del *Infanta* que hemos visto, vosotros cuatro. Y hace una media hora escuchamos un combate seguido de una explosión. Me temo que hemos perdido también a Villaamil y a los suyos…

Aznar calló. Eran demasiadas emociones. Vivía cuando había esperado la muerte y ahora le temblaba todo el cuerpo. Se envolvió en la manta que le tendió su superior y amigo. El mar se deslizaba por su lado y lo vio pasar con los ojos perdidos.

A lo lejos podían verse numerosos buques auxiliares estadounidenses que acudían a las zonas de naufragio. Era momento de marcharse de allí. Joaquín Bustamante volvió al puente y ordenó volver a casa.

A media máquina, con una de las calderas averiada, el pequeño *Furor* regresaba a Santiago. La última batalla del siglo XIX y la primera del XX había terminado.

ANEXO II

El pensamiento estratégico naval en la era del imperialismo, Alonso, B. Ediciones de la Escuela Naval Popular, Madrid, 1942, pp. 85-93.

«El día 1 de agosto de 1898, tras las victorias navales de Santiago y Corregidor, la situación estratégica resultante nos era francamente favorable. De momento.

»En Asia la posición se encontraba consolidada: el desastre naval enemigo había sido casi absoluto y apenas contaban con unidades para la defensa de las Hawai o la costa del Pacífico. Su fuerza expedicionaria a Filipinas había llegado a tiempo de desembarcar y de asistir impotente a la destrucción de la flota del Comodoro Dewey; tras una penosa retirada, se encontraban atrincherados en la península de Batán, donde esperarían una ayuda que nunca llegaría.

»En el Caribe las cosas eran más complejas. Tras su escapada de Santiago, la Flota de Instrucción logró abrirse paso hasta La Habana, dejando un reguero de destrucción entre las unidades enemigas. Las pérdidas del *Infanta María Teresa* y del destructor *Furor*, siendo sensibles, suponían un problema menor. Al amparo de la baterías costeras, nuestros buques podían alejar la línea de bloqueo y hasta neutralizarla.

»En aquellos días difíciles, el capitán mercante Deschamps forzó las líneas yankees con el *Montserrat* varias veces, transportando víveres y

municiones; el hundimiento de dos cruceros auxiliares bloqueadores en una afortunada salida del *Colón* obligó a concentrar ante La Habana fuerzas enemigas que sólo podían ser retraídas del resto de la costa. Quizá lo mejor de todo fue el levantamiento del cerco de Santiago y la concentración de tropas en Oriente que, procedentes de toda la isla, arrinconaron entre Daiquiri y Guantánamo a la fuerza expedicionaria yankee. Un reembarque puede ser mucho más difícil de realizar que un desembarco; con miles de heridos y enfermos, bajo fuego, abandonando las impedimentas y en constante lucha hasta las playas, el asunto se le presentaba a Nelson Miles muy duro. A finales de julio, la situación del Cuerpo Expedicionario era terrible, sumando las bajas por enfermedad el 40% del total de efectivos.

»Pero el desnivel anterior a la guerra era tan favorable a los norteamericanos que incluso con los reveses sufridos poseían capacidad para recuperarse con facilidad y golpear de nuevo. Miles, generalísimo del Ejército de Tierra estadounidense había sustituido en el mando al general Shafter, muerto por enfermedad en plena retirada; la invasión de Puerto Rico, prevista hasta en los mínimos detalles, fue suspendida y las tropas a ella destinadas quedaron como reserva operativa en la base naval de Tampa, Florida. Alfred Mahan, asesor del presidente MacKinley, expuso el peligro que suponía continuar dividiendo las fuerzas en escenarios muy alejados y defendió la necesidad de concentrarse ante las zonas vitales del enemigo, buscar la superioridad y golpear.

»Las unidades navales supervivientes del combate de Santiago recibieron orden de proteger la cabeza de playa de Guantánamo y mantener el bloqueo de la isla con la ayuda de las destinadas anteriormente a Puerto Rico. La muerte del almirante Scheley en el *Brooklyn* y el posterior suicidio de Sampson marcaban el estado de abatimiento moral de la *Navy* en ese periodo.

»Con las unidades restantes disponibles, se formaron tres grupos: la división A, con el objetivo de atacar la Península, la división B, que actuaría contra el tráfico en el Atlántico y amenazaría las islas Canarias, y la división C, finalmente, que marcharía a Filipinas a través del estrecho de Gibraltar y el

canal de Suez. Dotar estas tres fuerzas implicaba renunciar a mantener un bloqueo completo de Cuba y a posponer un nuevo desembarco.

»Tras las pérdidas sufridas ante Santiago o en Corregidor, una derrota en cualquiera de los nuevos frentes abiertos les obligaría a adoptar una posición defensiva; confiaban, no obstante, en nuestra manifiesta debilidad y por ello lanzaron esa ambiciosa operación.

»Frente a este dispositivo disponíamos de tres cruceros en La Habana, más un destructor en Santiago; un puñado de corsarios auxiliares desperdigados por el Atlántico en busca de mercantes enemigos; dos anticuadas fragatas blindadas en la Península, amén de otros buques menores; y en Filipinas el escuadrón de Cámara, al que se sumaban las presas realizadas. Imposible, por tanto, hacer frente y triunfar al previsto contragolpe enemigo.

»El aislamiento internacional de España durante los primeros meses de la guerra envalentonó al enemigo. La complicidad británica fue grande, incluso decisiva en algunos momentos. Era sabido que Londres no aprobaría un ataque a las costas europeas, pero la situación táctica de los norteamericanos les aconsejaba una maniobra de diversión que facilitara el paso por Gibraltar de la flota destinada a Filipinas.

»El 10 de agosto la división B bombardeó Las Palmas de Gran Canaria. El 11, la división A, al frente del almirante Watson, se dejó ver en las costas de Galicia, bombardeando al paso el puerto de Vigo, el más cercano a Nueva York de toda Europa. La alarma ciudadana fue absoluta; el gobierno era incapaz de asegurar la defensa efectiva de las costas ante la inexistencia de fuerzas navales suficientes; la marcha a Filipinas de Cámara había dejado indefensa la Península. Ante la situación, y previas consultas, la reina regente nombró presidente del Consejo de Ministros al capitán general don Valeriano Weyler Nicolau, quien recibió plenos poderes militares y civiles y formó un gobierno de salvación nacional. Entre sus primeras medidas estuvo la firma de un amplio tratado de colaboración y apoyo con representantes de las Kábilas rifeñas —siempre temerosas de una ocupación del Riff por los marroquíes o por los franceses— y la recluta entre sus hombres de 100 000 soldados

mercenarios que irían sustituyendo a los españoles destacados en ultramar. Al tiempo de estas medidas en África, Weyler multiplicó en Europa las consultas con los embajadores de la Triple Alianza (Italia, Alemania y el Imperio austro-húngaro). La máxima que resume la *línea* Weyler en política exterior fue: “Habla con educación, pero procura hacerte acompañar por alguien con un gran garrote, conseguirás que te atiendan más fácilmente”.

»El 12 de agosto, la flota norteamericana bombardeó con dureza la base naval de El Ferrol. Aunque resultaron alcanzados varios buques enemigos, los destrozos causados en la ciudad por el tiro a larga distancia fueron considerables. El incendio resultante destruyó la población, si bien los daños en el arsenal fueron mínimos. El presidente Weyler informó a las cancillerías europeas de lo ocurrido y de su intención de asegurar la defensa del estrecho de Gibraltar para impedir el paso de la flota norteamericana. Inglaterra amenazó con ocupar las costas españolas en torno al Peñón si continuaban los frenéticos trabajos de fortificación y artillado que se realizaban en Cádiz, Sierra Carbonera, Ceuta, Tarifa y Algeciras.

»El 16, el emperador Francisco José de Habsburgo declaró que en una hora tan difícil Austria sabría estar al lado de España con quien tan profundos lazos históricos mantenía.

»El cruce de telegramas y notas diplomáticas era incesante. La situación derivaba con rapidez hacia la internacionalización del conflicto. Pero el ataque yankee a la Península, más la actitud británica de impedir toda defensa efectiva y su amenaza de completar la ocupación de las costas del Estrecho, alarmaron a toda Europa: era demasiado.

»La Triple Alianza realizó una declaración expresando su intención de cortar el paso a “toda flota hostil ajena al Mediterráneo” que intentara cruzar las Columnas de Hércules y reclamando de forma urgente el final de la situación bélica en el Atlántico que tan graves daños provocaba al comercio internacional. En Madrid, el presidente Weyler, con el aplauso de la opinión pública y el asombro y recelo de buena parte de las clases dirigentes, nacionalizó y ocupó todas las posesiones norteamericanas y británicas “que

supongan una amenaza contra la independencia de la patria y el esfuerzo bélico”. El júbilo popular por la noticia fue inmenso.

»El vendaval crecía por momentos. Los cañones pudieron haber tronado por toda Europa en agosto de aquel año, pero en realidad nadie quería una guerra generalizada. Inglaterra la que menos: la crisis estaba provocando un alineamiento continental contra ellos como nunca se había conocido, pues hasta Francia mantenía un enfrentamiento grave en Sudán con el expansionismo británico. En la aldea de Fachoda la tensión se acumulaba. Siguiendo órdenes de París, una fuerza mixta de ascaris, zuavos y legionarios bajo el mando del coronel Marchand había avanzado hasta la parte central de Sudán con la intención de proseguir hasta el mar Rojo y enlazar las posesiones del África Occidental francesa con las de Djibuti en la frontera etíope; aunque este último objetivo no se lograra, parecía claro que la segunda intención del despliegue era impedir que la Gran Bretaña convirtiera el centro del continente en un corredor propio sin interrupciones entre Port Said en Egipto y Ciudad del Cabo en Sudáfrica. La maniobra no había pasado desapercibida en el Foreign Office; Marchand y sus hombres se encontraron con un ejército británico a las órdenes de lord Kitchener dispuestos a cortar de raíz la incursión.

»El mundo entero se sobrecogió con las nuevas noticias: a la escalada entre la Triple Alianza, España y Estados Unidos se unía ahora la franco-británica. EL IMPERIALISMO ESTABA A PUNTO DE PROVOCAR UNA GUERRA MUNDIAL GENERALIZADA. Pero en el Quai d’Orsay el ministro Delcassé, una de las mentes más lúcidas de la Europa del momento, elaboró una estrategia para hacer frente a la doble crisis que podría ahogar a la república francesa. Una España acosada, atacada en su territorio continental, y atenazada por Inglaterra, podía arrojarse en manos de una renovada Triple Alianza. Con Madrid alineada a Roma, Berlín y Viena, la posición francesa quedaba en precario; si se sumaba a esto la disputa africana con Inglaterra, el resultado era igual a un aislamiento suicida. Retirarse en Sudán no sería un deshonor: lo importante era rescatar algún día Alsacia y Lorena del dominio prusiano; España e Inglaterra podrían, deberían ser

aliados de Francia en esa fecha que sin duda, a su juicio, llegaría más pronto o más tarde.

»Delcassé propuso al Elíseo una declaración pública exigiendo el cese inmediato de la situación de guerra entre el reino de España y la república de Estados Unidos de Norteamérica y anunciando la orden de retirada cursada a Marchand. Se aceptó de inmediato: era imprescindible impedir una escalada con Inglaterra y la deriva de España hacia la Triple Alianza, cuyo país más poderoso todavía ocupaba las sagradas Alsacia y Lorena.

»De esta forma, París se convertiría en la sede neutral para la negociación de un armisticio inmediato entre España y Estados Unidos. Medio mundo suspiró aliviado cuando Weyler aceptó de inmediato el ofrecimiento, garantizó el libre comercio y la libre circulación de mercancías en el Caribe y en Asia y se ofreció a facilitar la evacuación de los prisioneros y de las tropas enemigas en suelo español. Francia apareció ante todos como la campeona de la paz, amparando magnánima a España y dando una salida digna al conflicto.

»Inglaterra obligó a Estados Unidos a suspender las operaciones y a entablar negociaciones, al tiempo que retomaba su papel de garante de la seguridad de los mares y avisaba que, en adelante, no toleraría que ninguna potencia entorpeciera el comercio y la libre navegación. La "espléndida guerrita" diseñada por Roosevelt, Hearst y Mahan estaba a punto de acabar con un fracaso monumental. Muy debilitado el partido belicista, toda la preocupación de MacKinley fue la de salvar a los hombres atrapados en Cuba y en Filipinas, mientras la opinión pública se debatía entre los deseos de revancha y la exigencia de acabar la guerra. Los partidarios del aislacionismo crecían día a día.

»El 12 de octubre de 1898 se firmó el llamado *Tratado de París* que puso fin al conflicto. Todos los prisioneros y las tropas yankees destacadas en ultramar serían evacuadas de inmediato; asimismo, se pagaron a España indemnizaciones de guerra y, como aparente concesión a Estados Unidos —pues era la única salida a los conflictos civiles preexistentes—, Cuba y Filipinas recibirían una amplia autonomía.

»Durante la gran parada realizada con motivo de los primeros contingentes repatriados, las tropas, Montero Ríos, jefe de la delegación española en París, y el presidente Weyler fueron aclamados en Madrid en medio del delirio popular. La victoria frente a la repugnante agresión provocó una sensación de euforia y optimismo desmedido que impedía ver con claridad las profundas deficiencias estructurales que frenaban el desarrollo de España, pero al mismo tiempo ofreció a los regeneracionistas que apoyaban a Weyler un gran apoyo social.

»(…) Como consecuencia de la postura mantenida al final de la guerra, Gran Bretaña vio muy debilitada su posición en España. Ante la opinión pública, "la pérfida Albión" había intentado acuchillarnos por la espalda en un momento comprometido. Por ello, la ocupación de capitales y posesiones británicas en España consideradas como estratégicas (las minas de Río Tinto, los yacimientos de mercurio en Almadén, wolframio y otros productos clave para la industria militar) fue muy bien acogida. La fractura entre las clases dirigentes era inevitable: en torno a la regente se reunieron los germanófilos, intentando excitar un desmedido nacionalismo español de corte imperialista; la oligarquía afectada por el capital británico se situó en contra del régimen de Weyler, acusándole de "revolucionario" y, apoyando a este, una amplia alianza de liberales, regeneracionistas, autonomistas (catalanes, gallegos y vascos) y republicanos con Francia como aliado natural. El carlismo se vio prisionero de una profunda contradicción, pues su posición germanófila contrastaba con la popularidad de la regente.

»En torno al rey niño (don Alfonso XIII fue rey desde su nacimiento por motivos dinásticos, aunque estaba obligado a esperar a la mayoría de edad para hacerse de facto con el trono) se formó un núcleo probritánico duro que pretendía restaurar la situación previa a la guerra. Buscaron apoyos en medios militares y se aprovecharon de la fascinación por estos temas que alentaba el joven heredero. Con nuevos apoyos internos, Gran Bretaña recuperó paso a paso su situación; se llegó incluso a disponer la boda entre el heredero español y una nieta de la reina Victoria. Pero el clímax se alcanzó en abril de 1903 con el intento de golpe de estado protagonizado por el capitán general don

Fernando Primo de Rivera: su objetivo era deponer el gobierno progresista de Weyler, suspender la Constitución del 74 y sustituir a la austríaca reina regente por su hijo don Alfonso.

»(…) El rápido fracaso del pronunciamiento (considerado como el último acto del siglo XIX) se debió al enorme prestigio de Weyler y a lo forzado de la posición probritánica en el Ejército y la Armada. Deponer a la reina que tan gallardamente había defendido a la nación era algo condenado al fracaso de antemano. Tras la condena a muerte del primer marqués de Estella y de su sobrino, el coronel don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, un héroe de la lucha en Filipinas, el general Weyler dimitió convocando elecciones a Cortes Constituyentes. Antes de su inevitable fusilamiento por sedición, don Fernando Primo de Rivera declaró su deseo de que aquella muerte suya "*fuese la última derramada entre españoles*". Valeriano Weyler, desde su retiro mallorquín, defendió siempre la no concesión del indulto: "*Si no hubieran pagado con sus vidas su intento de abortar los libres destinos de la nación, habríamos tenido otros intentos de golpe de estado y quizás inevitablemente una guerra civil*". Al quedar comprometido con los golpistas, don Alfonso arruinó las posibilidades de supervivencia de la dinastía Borbón en España. Weyler declaró a quienes le pidieron que evitara la caída de la monarquía: "*El error de ese muchacho lo pagará su familia, pero no la patria. Las dinastías pasan, la nación permanece*". El 30 de abril de 1905, tras un rotundo triunfo electoral de la coalición liberal-republicana apoyada por los socialistas, se proclamó la Segunda República Española».

11

Mide-Saiáns, ría de Vigo, Galicia

Amanecer del 27 de julio de 2032, S/P

La sirena de cabo Estay mugía. Era compañía habitual los días en los que la niebla emboscaba el canal de entrada de la ría; los toques aquellos no eran muy contemporáneos que digamos, pero ya saben ustedes cómo son los del gremio de mareantes, nada como una buena sirena en caso de niebla espesa. Normalmente afectaba poco a los residentes; aquel día Luis Seoane se había acostado intranquilo, no pregunten la causa; tan era así que acabó por despertarse prontísimo. Por más que intentó conciliar el sueño en aquella madrugada que se le antojaba húmeda y fría, no lo consiguió y la insistencia rompedora del *avisabarcos* aquel no le ayudaba demasiado; optó por echarle valor, levantarse y ver qué había por la cocina. Si se ha pasado por lo mismo en una casa junto a la costa atlántica, son varias las acciones alternativas a seguir remoloneando en la cama. A saber: se puede encender la chimenea de la cocina; prepararse una humeante taza de café con leche; untar mantequilla y mermelada de mirambel en una barrita caliente de pan —aunque fuera del que haya quedado de ayer—, viendo cómo crepita la leña en el hogar. *Hum*… Desvelado como estaba, le pareció esa la secuencia más adecuada deseable y se afanó en ella gustoso.

Mientras la cafetera cumplía con su parte, se volvió hacia el hogar para encender el fuego; apenas se inclinó sobre la chimenea, se encendió a su

espalda el avisador del comunicador mural del salón. Si alguien le llamaba a las seis treinta cero cero de un domingo pretendiendo ver su rostro gentil, sólo podía ser porque algo grave había pasado en alguna parte o que algún amigo insomne deseaba charlar, como ninguno de sus cercanos poseía tal condición, que supiera, sentóse en una de las butacas, se atusó lo que pudo y activó la pantalla.

—Hola, Luis. Luis… ¿Eres tú? ¿Qué tal? —El rostro sonriente de Cecile Durand, su compañera del Jean Jaurès, miraba desde la pared. Intentaba verle, pero el salón estaba poco iluminado.

—¡Pero bueno, Cecile! ¿Dónde demonios estás? ¿Y qué ocurre para que me llames a estas horas?

La pregunta era casi retórica, por la pantalla se veía que se encontraba en su auto con el servo puesto. Parecía algo cansada, como si llevara horas despierta pero, sobre todo, deseosa de contarle algo.

—Mira, estoy en camino. Ya te contaré…, te aviso: prepárate. En una hora estaré contigo. Tengo que recogeros a ti y a Gorostiza. A Luken le pillaremos al regreso, en su casa de Compostela. Tenemos una reunión a las 14:30 de todo el Consejo del Politécnico en *Le Mirail* —le atajó ella.

—¿Pero…?

—¡Escucha! No te voy a contar nada ahora. Créeme, es lo bastante importante como para haberse dispuesto una reunión de emergencia.

Efectivamente. *Algo muy gordo había pasado en alguna parte* como para que el Consejo se reuniera de aquella forma precipitada y se enviaran voladores a recoger a sus miembros por toda Europa de aquella forma. El uso libre de tales artefactos era considerado innecesario y muy criticado; si Cecile volaba ahora desde Toulouse fuera de las vías prefijadas, dispuesta a darse *un saltito* hasta aquella casa de la costa en Galicia, sólo podía ser por causa de una alerta grave, pero…

—Cecile, ya no somos miembros activos del Consejo, lo sabes de sobra. ¿A qué viene todo esto? Imagino que debe ser importante… —Se dio cuenta de inmediato que también reclamaban a Gorostiza—. Espera, Luken está en la misma situación…

—No sigas. En una hora más o menos estaré ahí y te contaré lo que sé. Pon la baliza, arréglate y cuenta con que tus vacaciones se suspenden por el momento. —Sonrió. Cecile lucía maravillosa cuando sonreía, y además lo sabía—. Te dejo, que tengo que despertar ahora a nuestro colega físico. Besos. —Hizo un gesto con la mano, se inclinó sobre el tablero y la imagen se extinguió en el mural del comunicador.

Luis se quedó allí mudo como un tonto. *Pero ¿bueno, qué está pasando aquí*?, pensó.

Se preguntó a sí mismo si era telépata o algo por el estilo. No, no tenía por qué ser eso. Si muchas veces estamos preocupados por algo indefinido y luego tiene lugar una desgracia o suceso determinado, no tiene por qué tener nada que ver con la precognición sino más bien con la estadística. *Si se está preocupado todos los días, porque los años pasan y uno ya no es el que era, es previsible una coincidencia. ¿O no?*, se interrogaba.

Lo cierto es que aquella noche se había acostado pensando en algo en lo que Gorostiza también estuvo metido. Su amigo fue coordinador del Equipo de Física Aplicada del Proyecto Eridani; juntos trabajaron para el Politécnico Jean Jaurès durante la larga fase de preparación y diseño de aquel plan. El desgraciado fin del proyecto aún le obsesionaba. Tres años sin noticias del *Giordano Bruno* y sus cinco mil colonos; dos naves correo desaparecidas sin dejar rastro y una infinidad de sondas perdidas sin remedio en el gris hiperespacial. Si no fuera también por el espantoso drama humano que suponían tantos desaparecidos y el dolor de sus familias, aquello había sido el peor fracaso profesional de quienes componían la punta de lanza del programa interestelar de la Unión Europea.

El campo de Luis Seoane era la ingeniería social. De eso se ocupaba desde hacía años en la universidad. Cuando el Consejo de la Unión Europea autorizó el esfuerzo conjunto para la colonización piloto de Épsilon Eridani III, los diseños del Instituto de Sociología Aplicada Rosa Luxemburgo que él coordinaba fueron los más votados.

El doctor Luken Gorostiza por su parte provenía del Instituto de Física de Campo Kurt Landau; su equipo también fue reclutado por el Politécnico,

donde se fraguaría el proyecto completo. Para Luis fueron unos años de trabajo duro, pero los más gratificantes de su vida profesional. Y Cecile había estado a su lado.

En el Politécnico Jean Jaurès se citaban disciplinas muy diversas: desde Física Nuclear a Urbanismo, desde Ingeniería Aeroespacial a Psicología Social. Eran ámbitos de trabajo complementarios: sin la labor del equipo de Gorostiza, los colonos nunca darían el salto a las estrellas; con la del Rosa Luxemburgo se ayudó a los ingenieros a diseñar el espacio interior del *Giordano Bruno* y a proponer un modelo de colonia viable, capaz de sobrevivir por sus medios a siete con cinco años luz de La Tierra.

Algo tuvo que salir mal, no obstante. Fuera un error en las ecuaciones de Campo Unificado, un salto desafortunado o similar, lo cierto es que no se tuvieron noticias de la expedición tras su salida del sistema solar. Los intentos posteriores de retomar contacto resultaron infructuosos. Gorostiza siempre comentó que el problema no podía tener que ver con el buque, fuera la parte técnica o humana. Eso no explicaría los fallos repetidos de *todas* las naves enviadas después. *Tenía razón*, se decía Luis.

El café hervía ya en la maldita cafetera y si había algo que odiara era el café quemado. *¡Maldita sea! Derechito a la ducha*. Una hora se pasa en nada y si venía Cecile no querría esperar. Sería cosa de saltar al maldito cacharro y salir pitando por encima de la niebla hacia Compostela y luego a Toulouse.

Sí, tenía que ser algo relacionado con la pérdida del Giordano Bruno. *Era lo único que podía justificar que llamaran también a Luken*, se dijo Luis.

***

El volador descendió en vertical desde su cota de larga distancia cuando la baliza del barrio de Mide-Saiáns le autorizó el paso. Suavemente, sin ruido alguno, bajó y bajó hasta situarse a unos centímetros del gramón de la entrada

de la casa. Puntual, Cecile abrió la portezuela, una hora exacta después de su llamada.

Luis, sin mirar atrás, salió al jardín; la alborada había disipado parte de la niebla, pero el fresco y la humedad llenaron su pecho. Subió al aparato y se elevaron de inmediato. El monte de Canido emergía de los jirones de niebla y nunca el bosque que lo cubría le pareció más denso y oscuro; con un giro ágil, Cecile encaminó el volador hacia el nordeste, en dirección a Compostela; apenas pudo soltar un vistazo a las islas Cíes que cerraban el horizonte por el oeste, cuando entraron en vuelo automático y se perdieron en el cielo. ¿Quién sabe cuándo volverían a ver el mar de nuevo?

En unos minutos, en un apenas nada, o así les pareció, llegaron a la altura de su primer destino. Luken vivía en una zona de chalets en la carretera entre Compostela y Noia. Los vuelos individuales, ya se ha comentado antes, siempre fueron muy restringidos, pero la clave automática de Emergencia que emitía el aparato del Jean Jaurès les libraba de cualquier impedimento. La baliza de la zona dio luz verde y bajaron de nuevo, esta vez sobre la entrada de una bonita casa de granito rosa con tejado de pizarra. Se vio a Luken despidiéndose de Edurne —su esposa— y echando a correr hacia la máquina voladora. Como llegaron, partieron.

Cecile dispuso el servo en la ruta correcta y con un suspiro se volvió hacia sus pasajeros.

—Ya estamos en marcha, amigos. En una hora y media estaremos en *Le Mirail* —dijo desde su butaca vuelta hacia ellos. Sabía que ardían en deseos de preguntarle y agradecía su silencio.

Luken miró a su antiguo colega y amigo y supo que se estaba haciendo las mismas suposiciones que él.

—Nunca pensé que nos fuéramos a ver de nuevo así, a miles de metros sobre el Cantábrico camino de *Le Mirail* —comentó.

—Ni yo, lo confieso. Cecile, ¿significa lo que yo creo que significa que el Consejo nos reclame con esta urgencia a Luken y a mí? —preguntó Luis.

—Os prometí a los dos que ya hablaríamos, pero veo que habéis sacado conclusiones por vuestra cuenta como era previsible. Sí, hay novedades en

relación al *Giordano Bruno*, pero no conozco los detalles. En cuanto lleguemos deberemos ir al paraninfo del Rosa Luxemburgo; allí estarán todos los antiguos coordinadores de los equipos del Proyecto Eridani; supongo que el comisario Van Haar querrá contarnos algo importante —nos soltó.

En otras palabras, Cecile no sabía mucho más que nosotros, apenas que algo nuevo se había sabido y que el antiguo Consejo debía volverse a reunir con urgencia. Paciencia.

***

Le Mirail, el Centro Universitario de Investigación Espacial que la Unión Europea tenía en Toulouse, disponía de un barrio conocido como la Ciudad del Espacio (cariñosamente *La Villette*); albergaba los edificios de las facultades, los centros de investigación, las exposiciones permanentes de material, los alojamientos y las zonas de reunión. *Le Mirail* englobaba todo el esfuerzo del Politécnico Jean Jaurès y los múltiples departamentos e institutos que de él dependían; el Rosa Luxemburgo de Luis y Cecile o el Instituto de Física de Campo Kurt Landau de Luken eran sólo una parte.

El cielo estaba limpio sobre Toulouse; al sur, la llanura se extendía hacia el Pirineo, donde los neveros brillaban camino del mediodía. Como compitiendo con las lejanas cumbres, los domos gigantes que señalaban a lo lejos la zona de seguridad del Cosmódromo de Muret, se alzaban imponentes.

Se acercaron a *La Villette*. Aterrizaron en la terraza del edificio del Rosa Luxemburgo, entre varios otros voladores que seguramente habían trasladado hasta allí a responsables de otros programas. Las riberas del Garona quedaban al pie del edificio; había multitud de niños y niñas de una colonia cercana montando en piraguas y pequeños veleros; muchos llevaban las camisetas rojas de los trabajadores de las brigadas de choque que se habían puesto de moda el año anterior. Fue lo último que vio antes de entrar en el edificio.

Art Van Haar, el comisario holandés, destacaba entre la multitud de personas que atestaba los pasillos. Su pelo blanco y su vozarrón eran inequívocos. Su presencia allí significaba que habría, efectivamente, un pleno del antiguo equipo del Proyecto Eridani.

El paraninfo del Rosa Luxemburgo tenía múltiples usos: sala de reuniones y aula magna; amparaba a los estudiantes, a los docentes y a los investigadores en sus asambleas; en caso de necesidad era la vía de comunicación del instituto con el exterior: fuera hacia el control de misiones, el Consejo de la Unión o lo que se necesitase. Los comunicadores murales cubrían los frontales de la sala y su cúpula, asegurando la mutua conexión visual con cualquier lugar. Entraron por las gradas superiores justo en hora; más caras conocidas estaban ya allí; físicos, ingenieros, astrónomos, exobiólogos…, muchos de ellos se reencontraban también por primera vez en bastante tiempo. La gente se fue distribuyendo por las sencillas butacas. Luken se fue a sentar con varios de sus colegas; Cecile y Luis juntos. Los murmullos resonaban, pero la sala enmudeció cuando Van Haar se encaramó al atril de presidencia.

—Hola a todos y a todas… —el comisario hablaba en francés con ese toque *oc* del que tanto se enorgullecía—. Sé positivamente que ya conocéis la causa de esta convocatoria de emergencia —hubo risas—; pero no así lo ocurrido en detalle.

»Todo empezó hace ocho días —murmullos de nuevo—, cuando el personal de servicio en el observatorio del Roque de los Muchachos en las islas Canarias informó de una caída de todos los sistemas de observación en la unidad astrofísica. Minutos después, un artefacto se materializó, creo que es la palabra que utilizó la doctora Petersen para describirlo, a escasa distancia de los focos de emisión del radiotelescopio principal.

Estupor fue lo que estalló entre las gradas. Van Haar dio paso desde el atril al comunicador mural y este se activó mostrando el rostro grave de Lotte Petersen, una danesa simpática y estudiosa. Escrutó al auditorio desde su propio visor y en su buen castellano dijo:

—El comisario Van Haar ha empleado la palabra correcta. Un vehículo desconocido se materializó —se dio cuenta de que se hablaba en francés y sobre la marcha pasó a ese idioma—, se materializó ante nuestras propias narices. La sección de autodefensa se movilizó y montamos un dispositivo de actuación inmediata con el personal científico presente en ese momento. Bien, no les tengo que narrar paso a paso lo ocurrido, baste decirles que tenemos ahora con nosotros a Karine Meyer, primera oficial del *Giordano Bruno*; nadie mejor que ella para completar la increíble información que debéis conocer…

Entonces sí que la gente estalló. La incredulidad sustituyó al estupor, aquello no tenía sentido. Pero ¿no había partido la nave y se había perdido en un lugar remoto en las estrellas? Era imposible, pero Karine, la famosa y querida Karine Meyer, héroe de la Unión, estaba allí, en la pantalla, tan atlética y vital como siempre. Nos miró a todos desde la cúpula del paraninfo; se veían sus ojos enrojecidos, luchaba con la emoción.

Todos callaron, se daban cuenta del combate interior de la persona que aparecía ante ellos. Durante años se la había tenido por muerta. Ahora surgía de la nada, por lo que Lotte Petersen había asegurado, y la voz parecía fallarle. Pero si estaba allí, habría momento y ocasión de preguntar, de enterarse de lo ocurrido. Ahora que tenían ante sí a una superviviente del desastre del *Giordano Bruno*, el enigma de su desaparición se tornaba aún mayor.

—Camaradas, amigos y amigas. Hace una semana, llegué a la Tierra por un medio poco usual. Pero primero tengo que deciros que el *Giordano Bruno* logró establecer la colonia en el tercer planeta de Épsilon Eridani aunque se perdió la comunicación por sondas con la base. A mi partida todo el mundo estaba perfectamente, sin que hubiéramos sufrido bajas de ningún tipo. Durante tres años todo fue perfectamente…

En la sala se podía sentir la respiración de los presentes y los sollozos ahogados de uno de los científicos, padre de una de las astronautas desaparecidas.

—Como sabéis había instrucciones de no entrometerse en la sociedad de los nativos del planeta, y en ese tiempo los contactos fueron mínimos. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando arribó a la colonia un pequeño grupo de guías acompañando a un terrestre desconocido.

La cámara abrió su foco y se observó que al lado de Karine se encontraba un hombre joven, de unos treinta años, de pelo y ojos castaños. El corte de su mandíbula y su nariz tenía un cierto aire vasco-navarro. Estaba quemado por el sol todavía más que su compañera.

—Camaradas, una extraordinaria casualidad ha querido que entrásemos en contacto con un ser humano terrestre procedente de un universo paralelo al nuestro.

Voces y protestas comenzaron a alzarse entre el público. ¡*Qué broma es esta, pero qué está diciendo*…!, se oía. Van Haar tuvo que exigir silencio. Dio a entender que cuanto se afirmaba desde la pantalla había sido comprobado.

—Por favor. Todos sabemos que la acción del Campo Sánchez-Matteoti sobre el *continuum* espacio-temporal que permite el salto hiperespacial posee propiedades y efectos que nos son desconocidos en gran medida…

Aquello era completamente cierto, Gorostiza no se perdía ni una palabra.

—La presencia entre nosotros de esta persona, un náufrago de su propio universo, es la prueba absoluta de las posibilidades de desplazamiento horizontal interuniversos que el campo permite en situaciones excepcionales. Estos hechos fueron comprobados exhaustivamente y no hay lugar a dudas de lo que ahora os expongo.

La cámara pasó a mostrar el artefacto en el que habían llegado a Canarias ofreciendo una panorámica envolvente. Se trataba de una nave espacial pequeña, semejante a una lanzadera planetaria. Era de un blanco mate y presentaba daños estructurales. La cámara se centró en un punto cercano a lo que debía ser la proa. En letras grandes y doradas podía leerse: *U.S.S.F-Jefferson Davis 1*; al lado una bandera norteamericana, con sus barras y estrellas.

El estupor más absoluto recorrió la sala; nadie había podido reaccionar todavía cuando el hombre que acompañaba a Karine Meyer tomó la

palabra…

—Buenos días a todos.

Era Enrique Alberdi, oficial científico de las Fuerzas Espaciales de Estados Unidos de Norteamérica.

EPÍLOGO

Estas semanas han sido muy intensas. Habré tenido decenas o centenares de horas de reuniones e interrogatorios. He asistido a entrevistas con científicos de todas las ramas imaginables y me han tenido presente cuando desmontaron hasta la última pieza de la lanzadera del *Jefferson*.

Por algún motivo que desconozco, esta gente no parece tener un gobierno centralizado. Todo parece surgir del acuerdo entre lo que ellos llaman *los Consejos*. Lo único que parece unirles es la bandera negra con estrellas rojas que representa a la Unión. Pero después de haber convivido con los miembros de la Colonia establecida por el *Giordano Bruno* en EE III nada de esto me coge por sorpresa.

Luis Seoane y su compañera Cecile Durand —diría que son algo más que compañeros pero parece que le dan un uso muy flexible a este término— me han invitado a su casa de la costa de Galicia. Sigo estando a disposición del Consejo. Mi guardiana es Karine Meyer, así que por mí, perfecto.

Ni los colonos, ni, por supuesto, los habitantes de esta Europa consejista tan improbable, saben nada de la tercera posibilidad del Campo: los viajes temporales a voluntad. El coordinador de la *Central de Control de Flujo Temporal* me aseguró en Manila, supongo que hace muchos años, que me devolverían al universo al que resulté desplazado en un accidente. Si quiero regresar a mi mundo tendré que hacerlo por los medios propios de este en el que me encuentro.

Pero ahora estoy aquí, convertido en una singularidad viviente. Sospecho que mi presencia constituirá el estímulo que precisan los físicos consejistas

para poner las bases del salto temporal y los desplazamientos horizontales por el *continuum*, como dirían los agentes con los que traté. Nadie sospecha que, además de un náufrago dimensional, también he sido un actor destacado de su propia historia. Porque el *Punto Jumbar* de este mundo respecto del mío está en la guerra del 98.

—Pero Enrique, hombre, ¿qué haces ahí dentro? Sal a la terraza con nosotros. —Karine, que me vigila de cerca, viene a buscarme.

Salgo. La balconada de la casita de campo mira al mar. En nuestro frente tres islas montañosas cubiertas de bosque cierran la ría de Vigo. Es muy hermoso. En mi época Europa no es más que una zona destruida por la lluvia ácida y la contaminación masiva. Casi como medio planeta.

—Mira, Enrique, estamos a la altura de Nueva York —dice Karine. Luis, acodado en la baranda la corrige: señala el horizonte más allá de las islas, donde comienza el Atlántico.

—Bueno, más exactamente en el paralelo de Halifax.

—Pues el clima aquí es más benigno —respondo.

Comienzan a charlar sobre el efecto de la Corriente del Golfo y otras zarandajas. Pero estoy preocupado por otras cosas. La Central Temporal que será fundada dentro de ochocientos años en esta línea no me ha olvidado. He quedado en situación de disponible forzoso. Me pregunto qué dirían mis nuevos amigos si supieran que en alguna parte algo o alguien está tratando de hacer desaparecer su mundo de forma radical. Me reclutaron para impedirlo y parece que lo logré. En cualquier momento me pueden reclamar de nuevo.

Gorostiza ha estado revolviendo en la biblioteca de Luis Seoane. Le he notado muy raro conmigo estos días. Su mujer, Edurne, aceptó de inmediato la invitación de Luis y le ha traído casi a rastras. La mente de un físico de Campo es algo que se me escapa. Temo que sospeche algo.

—Alberdi, tu familia vive en Montana, en la Montana alternativa. ¿No? Son pastores de ovejas clónicas por lo que nos contaste. —Sin esperar a mi respuesta, continúa—: En nuestra línea también existió, en tiempos, emigración vasca a Estados Unidos. Hay muchas similitudes pese a las

historias diferentes. El punto principal de inflexión entre ambas parece estar en la Primera Guerra Imperialista…

—Quieres decir la Hispano-norteamericana de 1898 —le digo. Veo que tiene un libro en la mano. Está muy tenso.

—Sí, claro, camarada Alberdi. Pero dinos, hay algo en lo que he pensado mucho en estos días. La frase: «La salvación está en la caldera» ¿significa algo para ti?

Me miran todos. El libro es una antigua edición de algo que parecen ser unas memorias sobre la guerra Hispano-japonesa de 1912. El autor es un tal Camilo Molins.

No tengo ni idea de quién pueda ser.

Sospecho que estoy a punto de dar el primer paso de regreso a casa. ¿Ustedes qué creen?

PEDRO A. GARCÍA BILBAO, sociólogo y profesor en la Universidad Rey Juan Carlos, es un especialista en sociología militar y de la defensa. «La idea base de Fuego sobre San Juan surgió de lo hartos que estábamos algunos de la visión tradicional sobre la guerra del 98 contra Estados Unidos», «España pudo triunfar si los militares hubieran hecho bien su trabajo».

JAVIER SÁNCHEZ REYES, Dr. ingeniero, en la actualidad catedrático en la Universidad de Castilla-La Mancha, es un apasionado por la historia y las cuestiones estratégicas; su tatarabuelo fue teniente coronel de Infantería y

estuvo al frente de un regimiento de cazadores de montaña durante la guerra del 98 en Cuba.